Osvaldo Bayer

LOS ANARQUISTAS EXPROPIADORES

Y OTROS ENSAYOS



Osvaldo Bayer

Los Anarquistas Expropiadores, Simón Radowitzky, y otros ensayos.





Revisado, editado y compaginado por Sombraysén Editores.

Cualquier crítica, aporte o consulta, escribir a sombraysen@gmail.com



Los Anarquistas Expropiadores, Simón Radowitzky y otros ensayos

Osvaldo Bayer

I
Los Anarquistas Expropiadores

Combatidos y hasta estigmatizados por sus propios compañeros de ideas, los anarquistas que a sí mismos se llamaban expropiadores o para emplear otros términos- el anarquismo delictivo, tuvo en nuestro país un gran auge en las décadas del veinte y del treinta.

Recordar, historiar no es, por cierto, reivindicar. Explicar objetivamente como se desenvolvía la sociedad de apenas tres o cuatro décadas es difícil y más que eso, peligroso. Porque precisamente a veces se confunde objetividad con reivindicación.

Se admite, sí, o sin reserva alguna y es hasta lectura ineludible para los niños- la historia de un Robin Hood, por ejemplo, que quitaba (quitar, robar, expropiar; términos que a veces se diferencian sólo en la mayor o menor fineza con que se pronuncian) a los poderosos para entregar a los desvalidos. Pero, a siglos de su actuación, Robin Hood es hoy un personaje simpático, tal vez porque su existencia tenga ribetes de leyenda, o porque sea sólo el producto de la imaginación. ¡Existieron, y como! No todos ellos fueron Robin Hood aunque más de uno fue un Pimpinela Escarlata. Eran tremendamente crueles en la defensa de sus vidas porque sabían que el menor descuido, la menor conmiseración significaba el fusilamiento en la calle o en el paredón. Eran, sí, una especie de guerrilleros urbanos pero que no contaban con el respaldo de ninguna potencia extranjera que les enviara fondos y armas, o adonde poder refugiarse cuando las cosas se ponían demasiado peligrosas. Vivían con los segundos contados, sin treguas. Curiosos personajes que atacaban a la sociedad ("burguesa") a bombas y a tiros, pero que en sus periódicos censuraban agriamente a la dictadura de los bolcheviques defendiendo un vellocino de oro transparente e inmanente: la Libertad.

"No se los puede reivindicar", nos decía uno de los últimos grandes intelectuales anarquistas, Diego Abad de Santillán. Sí, agregamos, pero no se los puede ignorar. El movimiento anarquista expropiador fue muy importante en nuestro país, tal vez más importante que en la misma España, aunque tuvo una efímera duración de 15 años. Estuvo integrado por universitarios, obreros y algún que otro delincuente nato, pero que conformaron una galería de tipos humanos definidos. Aquí los veremos desfilar.

El 19 de mayo de 1919 tuvo lugar el primer asalto con fines

políticos en nuestro país. Y por la fecha y el ambiente en que se vivía no pudo haber sido organizado sino por rusos. Así es: el mundo social vivía atormentado por la Revolución Maximalista de Petrogrado y Moscú. En nuestro país, las filas anarquistas contaban con una profusión de apellidos eslavos que salían a relucir en los tiroteos frente a los sindicatos o en los atentados con bombas. Radowitzky, Karaschin y Romanov habían perturbado la tranquilidad de los porteños. Por eso, cuando los diarios dieron los autores del primer asalto político, los lectores deben de haber exclamado moviendo la cabeza. ¡No podía ser de otra manera, tenían que ser rusos!.

Es que en este primer asalto todo es insólito, pero aún más lo son sus protagonistas. Tal vez el relato de un mero cronista no llegue a dar el matiz justo en la descripción de estos personajes, del ambiente conspirativo, de la mística nihilista y de la aceptación religiosa del destino de sufrimiento que rodea a los dos desesperados políticos que rompieron a tiros la tranquilidad del barrio de Chacarita en ese atardecer de mayo de 1919. Son personajes exclusivos para un Dostoievsky. O tal vez también para la melancólica ironía de un Chéjov.

El asalto bien de época, por otra parte- comienza en tranvía. Había miedo en Buenos Aires. Hacía muy pocas semanas que a Hipólito Yrigoyen se le había ido la cosa de las manos y todo había terminado en la matanza de los talleres Vasena. El proletariado se había quedado con la sangre en el ojo. El "Peludo" tendrá que aguantarse 367 huelgas en ese año, dos más que todos los días juntos del año. Y mientras los intelectuales anarquistas siguen discutiendo entre sí la forma en que se desarrollará la vida cuando no halla más gobiernos, los anarco-individualistas aplican la acción directa y queman tranvías o hacen saltar panaderías por el aire.

Ya para ese entonces se había producido un nuevo desgarramiento en las izquierdas, que iba a repercutir en la vida sindical de la Argentina: una parte de anarquismo apoyará la Revolución Rusa, es decir, a los maximalistas (bolcheviques). Pero el resto del comunismo anárquico casi la mayoría- atacará tanto al capitalismo como al gobierno de Lenin por ser para ellos dictaduras iguales con formas distintas.

La polémica era durísima. Los anarquistas "prácticos" que apoyan a la Revolución Rusa- defienden su criterio desde las columnas de "Bandera Roja", mientras que los anarquistas comunistas

intransigentes los llaman oportunistas y traidores desde **"La Protesta"**, "El Libertario" y "Tribuna Proletaria".

De las filas del grupo anarquista que apoyaba a la Revolución Rusa salieron los dos personajes que serán protagonistas del asalto de mayo de 1919. Pero no lo harán por "oportunistas" sino por rusos: el fin de ellos era obtener dineros para sacar un periódico en idioma ruso y explicar a sus connacionales en la Argentina lo que estaba ocurriendo en la lejana "madrecita" Rusia.

El matrimonio Perazzo es joven y los negocios van bien. Tienen una agencia de cambios en Rivadavia 347, en el antiguo local de la Bolsa de Comercio. Cierran el local a las 19, arreglan sus cosas y regresan juntos a su casa, en el barrio de Chacarita. Para ello toman el tranvía 13 en el centro, que los deja a pocos metros de donde viven. Pedro A. Perazzo suele llevar, cuando se retira del trabajo, un maletín.

En los primeros días de la segunda quincena de mayo, la señora de Perazzo ha notado en el negocio que a través de la vidriera la miran extraños ojos de extranjero. Primero uno, más bien rubio, con cara de polaco, y luego otro, de ojos negros, brillantes. Se lo hace notar al marido quien no da importancia al hecho.

Esa noche del 19 de mayo el matrimonio Perazzo sale a las 19:30 del local y toma el obligado tranvía 13 rumbo a casa. Él lleva el acostumbrado maletín.

Durante el trayecto, la señora está inquieta. Esta segura que el pasajero sentado detrás de ellos es el desconocido con cara de polaco que los ha estado espiando últimamente. Se lo dice a su marido que la tranquiliza aunque no deja de estar alerta porque él ha notado otra cosa extraña: el tranvía es seguido por un automóvil que varias veces se ha aproximado y uno de sus dos ocupantes ha lanzado miradas hacia ellos.

Llegan a destino. Perazzo se tranquiliza. En esa esquina de Jorge Newbery y Lemos hay mucha iluminación y tránsito. Dos vías de tranvía cruzan por allí y a poco más de 50 metros pasa la concurrida calle Triunvirato.

Pero al bajar, su señora le tira de la manga del saco y se queda paralizada. El pasajero de cara de polaco ha bajado también en esa esquina. El tranvía sigue su marcha. El auto misterioso para allí mismo y de él baja el de los ojos negros y brillantes. El cara de polaco se abalanza sobre Perazzo con un revólver en la mano. La mujer sale

corriendo a los gritos. Perazzo se ha quedado tan paralizado que retiene aún más el maletín. El cara de polaco le pega dos o tres tirones pero no logra quedarse con el bulto. Entonces pierde la calma y empieza a tirar tiros a todos lados.

En eso llega un tranvía 87 con un bagaje definitivo para los asaltantes: dos agentes de policía en la plataforma. Al ver el insólito espectáculo y oír los tiros, los uniformados sacan sus armas y atacan al auto y al hombre rubio que ha disparado los tiros y que (ahora sí) ya ha logrado arrancar el maletín.

El otro asaltante, que ha bajado del auto, vuelve al mismo al ver que la cosa se pone fea y le grita al que acaba de arrancar el maletín a Perazzo que suba enseguida al vehículo. Pero este no lo oye; está tan nervioso que huye a pie mientras sigue tirando a cualquier lado.

Uno de los balazos va a dar en el pecho del guarda del tranvía 87 quien cae (pero no le pasó nada; luego, el gallego contará a los cronistas que lo que le salvó la vida fue el hecho de haberse puesto dos camisetas gruesas de frisa ya que el balazo luego de rebotar en el suelo le atravesó la chaquetilla, la primera camiseta y no tuvo fuerza ya para perforar la segunda). Otro de los balazos del enloquecido asaltante hiere en un pie a uno de los agentes. El de los ojos penetrantes y el chofer del misterioso automóvil han huido ante la imposibilidad de recoger a su compañero, quien perseguido por el otro agente toma por la calle Lemos, dobla por Leones y va hacia el norte por esa calle que es de tierra y oscura como boca de lobo. De allí desemboca en la calle Fraga pero, decididamente tiene mala suerte. En el numero 225 de esa calle viven dos agentes de policía, quienes al oír los tiros han salido a la calle con sus respectivas armas. Al ver venir al asaltante que ya ha arrojado el maletín en cualquier parte- se parapetan detrás de los árboles y le hacen fuego graneado.

El asunto ya se pone serio: una de las balas le rompe el brazo izquierdo al asaltante, quien enfurecido, va a buscar detrás del árbol donde se esconde el vigilante y le descerraja un mortal tiro en el pecho. Es el último tiro porque ya no le quedan más balas y se mete en un corralón de carbonería. El carbonero, curioso, había salido al portón a mirar y recibe un balazo en un ojo que dispara uno de los agentes perseguidores.

El asaltante, sin balas y mal herido se refugia detrás de unas macetas con malvones y helechos y allí caerá exhausto y será prendido

por sus perseguidores. Todo había terminado mal. Un verdadero "zafarrancho". Un agente muerto, el carbonero y el asaltante heridos graves -este último por la pérdida de sangre -, y el matrimonio Perazzo y un vigilante heridos leves. Total, para nada.

¿Quiénes eran los asaltantes? Ahí vendrá la sorpresa para la policía en la investigación. Investigación que será lenta y complicada a pesar del celo que se pone, principalmente porque ha muerto uno de los suyos.

El desconocido es curado un poco y llevado al interrogatorio que no debe ser muy liviano por cierto. Es alto, corpulento, de cutis blanco, pelo corto entre rubio y castaño, cara de eslavo. Viste ropas aseadas, aunque humildes. Tiene documentos a nombre de Juan Konovesuk, nacido en la Besarabia rusa, el 27 de enero de 1883. Pero luego es identificado su verdadero nombre: se trata de Andrés Babby, ruso blanco aunque de nacionalidad austríaca por haber nacido en la Bukovina, en la frontera entre los dos imperios. Tiene 30 años de edad. Hace seis que reside en la Argentina. Es tenedor de libros.

Después de horas y horas de interrogatorios, lo único que la policía ha sacado es una historia fantástica. Babby relata que estando en un banco de plaza, sin trabajo, se le aproximó un individuo conocido como "José, el alemán", de grandes bigotazos y de temible aspecto quien lo invitó a comer y luego le ofreció ganarse unos buenos pesos haciendo un "trabajo fácil". Tenía que seguir a un matrimonio en el tranvía y, al descender, debía arrancarle un maletín al hombre. Babby declara que no se atrevió a contradecirlo por el aspecto amenazador del proponente y que, ya en el tranvía, "José, el alemán" lo seguía en un automóvil desde donde le lanzaba furiosas miradas para obligarlo a cometer el delito. Ninguna otra referencia dice poder dar Babby sobre el misterioso "José, el alemán".

El asalto y el desarrollo de la pesquisa es la lectura obligada de los lectores porteños. Los diarios traen largas crónicas sobre las declaraciones de Babby y hacen conjeturas sobre "José, el alemán". Hasta se va creando una psicosis y todos creen conocer a un personaje con esas temibles características. Llegan por eso a la policía decenas de denuncias, principalmente de prostitutas y dueños de cafés.

La policía que no está muy convencida del relato de Babby-hace averiguaciones en todos los restaurantes alemanes. Pero tanto los propietarios como los mozos se ven en figurillas para responder porque

la verdad señor es que entre su clientela germana hay muchos señores de bigotes a lo Kaiser (aunque Guillermo II había perdido la guerra y el trono) y conspicuo aspecto.

Pero en la ayuda de la policía llega un anónimo que da la clave. Andrés Babby vivía en una pieza de corrientes 1970. Allí el encargado da una serie de datos precisos: sí señor, allí vive una persona de ese apellido en una habitación que comparte con el profesor Germán Boris Wladimirovich. La policía pide hablar con el citado profesor. No, imposible, el profesor se ha ausentado desde el 19 de este mes. Salió con valijas.

La habitación es allanada. La señora de Perazzo reconoce a Boris Wladimirovich como el hombre que la miraba con sus penetrantes ojos negros a través de la vidriera, el mismo que bajó del automóvil cuando Babby quitó el maletín de la mano de su esposo.

Ya está la pista. La policía intuye que el cerebro de todo esto ha sido Boris Wladimirovich. Y actúa rápidamente. Averigua por las amistades y da con los hermanos Caplán, que no tienen empacho en decir que lo conocen, que Wladimirovich al igual que Babby son anarquistas, y que el primero es muy amigo de un empleado del observatorio astronómico de La Plata, lugar adonde va porque es muy aficionado a la cosmografía.

Buen hallazgo, en el observatorio: allí están dos valijas de Boris Wladimirovich, llenas de publicaciones anarquistas, libros, cartas y escritos. El empleado amigo de Boris, que no sospecha en qué cosas puede andar metido su amigo indica a la policía que no sabe dónde puede encontrarse, pero bien lo puede saber Juan Matrichenko, un ucraniano que vive en Berisso. Los empleados de investigaciones buscan a Matrichenko y le señalan su preocupación por el paradero del buscado porque dicen- temen que haya sido raptado. El ingenuo y preocupado Matrichenko los consuela rápidamente: no, él lo ha recomendado a un amigo en San Ignacio, Misiones. El que puede saber bien qué día salió es el chofer Luis Chelli, porque Wladimirovich usa siempre sus servicios.

Dos pájaros de un tiro. Mientras se allana el domicilio del chofer, se telegrafía a la policía de Posadas.

A Chelli le encuentran material anarquista en su habitación y es reconocido por los Perazzo como el que manejaba el coche que intervino en el asalto. Todo aclarado.

Pero faltaba el plato fuerte de este primer episodio del anarquismo expropiador: la personalidad del principal protagonista del episodio.

En San Ignacio, Misiones, detienen a Wladimirovich. A los policías les parece extraño que ese hombre pueda ser un delincuente. Tiene la presencia de un universitario, de un intelectual. Maneras afables, mirada inteligente, rostro trabajado por algo que pareciera un íntimo sufrimiento. Allá en Posadas causa tanta sensación la captura que el propio gobernador de Misiones, doctor Barreiro, se hace llevar hasta la comisaría y conversa durante horas enteras con el anarquista. Y cuando llega la comisión policial de Buenos Aires al mando del comisario Foppiano, el mismo gobernador decide acompañarla a llevar al preso de regreso a la capital en el largo viaje en tren. Antes de partir, las autoridades policiales y provinciales se hacen sacar una fotografía para la posteridad. Todos sentados, en estirada actitud, y Boris Wladimirovich detrás de ellos, parado. El preso de nietzscheano aspecto, aparece cavilando, ajeno a todo ese despliegue, mientras los importantes funcionarios miran, tensos, el aparato fotográfico.

Mientras tanto, la policía ha averiguado bien la identidad de Wladimirovich. Es ruso, de 43 años de edad, viudo, de profesión escritor. "La Prensa" informa a sus lectores más detalladamente: *"Boris Wladimirovich presenta interesantes características. Es médico, biólogo, pintor y ha tenido figuración entre los elementos avanzados de Rusia. Está prontuariado en la policía como montenegrino y dibujante, pero es ruso, perteneciente a una familia de la nobleza"*. Boris a los veinte años contrajo enlace con una obrera revolucionaria y por esta causa renunció a su abolengo. Se sabe que ha sido un hombre de fortuna y la dilapidó por sus ideales.

Es médico y biólogo pero salvo el desempeño temporario de una cátedra en Zurich, Suiza, nunca ejerció profesión. El doctor Barreiro le ha escuchado en el viaje algunas disertaciones que le han llamado mucho la atención.

Boris ha sido socialdemócrata ruso y participó como delegado de esa nacionalidad en el congreso socialista de Ginebra, en 1904, donde tuvo su primera disidencia con Lenin. De este último dice que es un hombre inteligente, pero de Trotzky prefiere no hablar.

La policía sigue averiguando: Boris es autor de muchas publicaciones, entre ellas tres libros de sociología. Habla a la perfección

el alemán, francés y ruso y la mayoría de los idiomas y dialectos usuales en su madre patria. En castellano se expresa relativamente bien. Tiene un "hobby" artístico: la pintura, y antes de su fuga dejó en Buenos Aires 24 telas, entre ellas su autorretrato. Últimamente había dado conferencias libertarias en Berisso, Zárate y la Capital.

¿Pero por qué este hombre, miembro activo del movimiento revolucionario europeo, vino a dar a la Argentina?

Poco a poco se irán sabiendo más detalles. La muerte de su esposa y el tremendo fracaso de la revolución rusa de 1905 inciden en su ánimo. Su carácter de por sí melancólico. Comienza a encontrar consuelo en el vodka, bebida a la que se aficiona luego de sufrir un colapso cardíaco. Dona su casa en Ginebra a sus compañeros de ideas y de allí se va a París donde decide hacer un largo viaje para descansar y levantar su espíritu. Un amigo tiene un hermano que posee una estancia en la provincia de Santa Fe, en la Argentina, y le recomienda que viaje allí. Wladimirovich llega en 1909 a nuestro país, donde se vincula con los círculos obreros de nacionalidad rusa. Luego de descansar un tiempo en la estancia santafecina se va al Chaco donde residirá cuatro años y medio. Vive del poco dinero que le queda y se dedica al estudio de esa región recorriendo el Chaco desde el Paraná hasta Santiago del Estero y explora preferentemente el estero Patiño. Vive frugalmente aunque su afición a la bebida blanca sigue en aumento. En Tucumán le llega la noticia del estallido de la guerra mundial. Entonces regresa a Buenos Aires. Dirá "La Razón": *"en Buenos Aires será recibido con los brazos abiertos por los elementos avanzados que no podían olvidar a pesar de su larga ausencia, su actuación libertaria con respecto a su país de origen, que lo presentaba rodeado de una aureola de apóstol más luminosa aun después de su ostracismo. Y volvió a su tarea de propagandista dando conferencias, persuadiendo, predicando en los centros ya fueran numerosas o reducidas las asambleas, no importaba. Al estallar los disturbios de 1919, Boris fue a la Chacarita para organizar allí un comité revolucionario de ideas, se entiende, con una base seria, pero se encontró con un montón de gente que no obedecía a plan alguno y que demostraba una absoluta incapacidad para ello, que se limitaba a disparar aturdidamente sus armas en todas direcciones. Su desaliento fue enorme."*

Después de la semana trágica, Boris está obsesionado por la amenaza de los muchachos de Carlés de matar a "todos los rusos". "La caza del ruso" fue expresión popular entre los jóvenes de la alta y media burguesía porteña que se alistaron en la Guardia Cívica y en la Liga

Patriótica Argentina, en la sangrienta semana de enero, y se realizaron inicuos y criminales atentados contra los barrios de israelitas porque en general, en la Argentina, al judío se lo llamaba "ruso". Algunos exaltados creyendo estar iluminados por mandato divino hasta propusieron una "degollina de rusos".

Boris ha meditado largamente y él se cree en el deber de esclarecer a sus connacionales que viven en la Argentina. Esclarecerlos además en lo que significa la Revolución d Octubre. Que él cree que llevará a la libertad integral del hombre. Y por eso lo obsesiona tener una publicación. Para él es fundamental contar con un periódico porque como dirá semanas después (cuando le levanten la incomunicación) a los periodistas *"lo que viene de Rusia a la Argentina es la hez del pueblo, sobre todo hebreos, que forman en conjunto una masa incoherente, incapaz de formar un plan serio de carácter revolucionario y mucho menos, llevar a la realidad una gran teoría".*

Pero para publicar un periódico hacen falta fondos. Hay dos posibilidades: contar con los centavos de los obreros rusos y algún intelectual que deje de comer dos o tres días para ayudar a pagar la impresión del primer número, o si no, ir a lo grande. Y Boris, por su origen, está acostumbrado a no andarse con pequeñeces ni con mezquindades. Por ejemplo, él que sólo vive de alguno de sus cuadros que puede vender o de alguna clase de enseñanza de idiomas, cuando tiene dinero se va a almorzar al restaurante alemán Marina-Keller, de la calle 25 de Mayo, donde se siente un típico ambiente europeo y, además, hay vodka ruso legítimo. Por eso, cuando piensa en su plan del periódico considera que es necesario contar con fondos reales. y comienza a madurar un plan. Para ello conversa con el "negro" Chelli. Este es un chofer anarquista que varias veces lo ha llevado a su habitación cuando el vodka le hacía perder el sentido de la orientación. Chelli es hombre de acción que ha actuado con él en la semana huelguística de enero. De allí nace el plan, porque el chofer es quien tiene el dato de los Perazzo.

Wladimirovich contará también con Babby, su compañero de pieza. Un anarquista que lo admira y lo tiene como su maestro. Es capaz de dar la cabeza por Boris.

Cuando llega la comisión policial de Posadas, Wladimirovich se declara culpable, de instigador del asalto y de único responsable. Cuando lo carean con Babby, le dirá a su compañero de aventuras que

se olvide de su cuento de "José, el alemán" por cuanto él ya ha reconocido la autoría del hecho.

Involuntariamente, Boris originará un entredicho judicial. En efecto, su figura parece ser tan interesante, que durante su incomunicación es visitado por el ministro del Interior de la Nación y varios legisladores yrigoyenistas que quieren conocerlo de cerca. Y conversan largas horas con el intelectual anarquista. Al salir, el ministro del interior responderá a los periodistas que *"el detenido contestó serenamente a las múltiples preguntas que se le formularon"*. Esto hace hervir de indignación al juez interviniente que protesta por la visita del alto funcionario y de los diputados a quienes recuerda que el reo *"está incomunicado"* y por tanto, impedido de recibir visitas.

Es que los jueces argentinos son en esa época muy severos con todo aquel que sea anarquista o tan sólo huelguista. A un empleado de Gath y Chaves, por ejemplo, por incitar a la huelga en la puerta del comercio, le dan dos años de prisión. A obreros que golpean a un "carnero", ocho y diez años.

Y nada de mandarlos a un colegio de señoritas: Ushuaia es permanente amenaza para los que se descarrían de las normas que se ha dado la sociedad. Hipólito Yrigoyen es el presidente, pero deja en libertad a las instituciones para que se muevan por sus resortes naturales: ya sea el Ejército como en la Semana Trágica-; la policía en su lucha sin cuartel contra el extremismo político; la justicia con sus fallos ejemplarizadores contra todo lo que huela a subversión, y la Liga Patriótica -con Manuel Carlés, el almirante Domecq García, y los doctores Mariano Gabastou y Alfredo Grondona, al frente- en su vigilante defensa de la propiedad, comportándose como un organismo de seguridad y choque "de facto".

Por eso, los frustrados asaltantes las van a pasar mal. Mas que todo Babby, que ha matado a un agente de policía. El Jockey Club se ha apresurado a iniciar una colecta para la familia del *"policía muerto por una banda antiargentina"* y el primer día recauda 2010 pesos ¡de los de 1919!

"La Razón", que es un vocero inoficial de la Liga Patriótica, pone en duda la versión de Wladimirovich de que quería el dinero del asalto para propaganda escrita.

Sostiene que se supone que sus propósitos eran adquirir sustancias explosivas para fabricar bombas. "Crítica", por su parte, los

califica de bandoleros tipo Bonnot, recordando a la banda de anarquistas franceses que asaltaban bancos en Francia y Bélgica en los primeros años del siglo.

En primera instancia, el fiscal doctor Costa solicitará la pena de muerte para Babby, 15 años para Germán Boris Wladimirovich y 2 años para Chelli.

Luego de largos meses de reclusión en celdas aisladas en la Penitenciaría, el juez Martínez impone 25 años de prisión a Babby, 10 a Boris Wladimirovich y 1 a Chelli. En la apelación, el fiscal de cámara solicita meramente la confirmación de la sentencia del juez Martínez. Y entonces ocurre lo insólito. Los jueces de la Cámara de Apelaciones son más papistas que el propio fiscal e imponen la pena de muerte no sólo a Babby sino también a Wladimirovich.

El fallo fue largamente comentado y discutido. Los diarios anarquistas señalaron que se trataba de una "venganza de clase" de los jueces. En los círculos forenses no se dejaba de mostrar sorpresa por el fallo. Considerábase que el de Babby era justo porque había disparado contra la policía y muerto a uno de ellos. Pero Wladimirovich no había hecho uso de arma ninguna. El juez de primera instancia así lo había comprendido al señalar: *"los autores deben responder ante la ley por las consecuencias de los hechos realizados por cada uno; por eso, a Boris no puede inculpársele lo acontecido posteriormente que protagonizó Babby -la muerte del agente Santillán y la herida del agente Varela- desde que no fueron concertados ni aquel* (Boris Wladimirovich) *aportó su cooperación"*.

En cambio, la Cámara saca a relucir el siguiente argumento: *"El tribunal señala que los acusados formaron un complot, asociación criminal castigada por el artículo 25 del Código Penal. A Boris Wladimirovich, aunque no participó en el asesinato del agente Santillán, le corresponde la misma responsabilidad porque la ley considera que hay solidaridad absoluta en los delitos de los complotados, tanto que llega al extremo de equiparar los cómplices a los autores"*. Agrega *"respecto al hecho de haber sido menor la pena pedida por el fiscal manifiesta la Cámara que es prerrogativa suya aplicar la ley según corresponda, tanto en el caso de que el acusador recurra como en el caso de que el fiscal desista, pues ninguno de ellos puede limitar las facultades del tribunal"* suscriben el fallo Ricardo Seeber, Daniel J. Frías, Sótero F. Vásquez. Octavio González Roura y Francisco Ramos Mejía. Sólo los camaristas Eduardo Newton y Jorge H Frías disienten del fallo y votan por la confirmación de la sentencia de primera instancia. Esto último salva a

Babby y Boris de ser ajusticiados, ya que la cámara tendrá que decir: *"En vista de no poder imponer la pena de muerte a los reos en virtud del artículo 11 del Código de Procedimientos Criminal que exige la unanimidad del Tribunal para hacerlo, condena a Babby y a Boris Wladimirovich a la pena de presidio perpetuo"*.

Cuando le fue comunicada la pena a Boris, este, sin la menor afectación señaló: *"la vida de un propagandista de ideas como yo esta expuesta a estas contingencias. Lo mismo hoy que mañana. Ya sé que no veré el triunfo de mis ideas pero otros vendrán detrás más pronto o más tarde."*

Pero en la vida del ex profesor de biología de Zurich ya no habrá mañana. Meses después será conducido engrillado y esposado con un contingente de presos comunes a la lejana Ushuaia. Si alguna vez corrió peligro de ser enviado a Siberia, es posible que nunca soñó en que iba a parar con sus huesos a una región de igual desolación y a un penal cruel de un país tan distante.

Allá su salud, ya quebrantada, se resintió rápidamente. Los que lo conocieron en el penal señalaron que siguió haciendo profesión de sus ideas entre los presidiarios. Su fin se acercaba apresurado por la mala alimentación, el frío y las palizas que era el pan diario de aquellos oscuros años del penal. Pero antes de morir iba a protagonizar un hecho que otra vez llevaría su extraña figura ("La Razón" lo calificará de "curiosa, siniestra, novelesca silueta") a las páginas de los diarios: será el cerebro pensante de la venganza de los anarquistas contra el miembro de la Liga Patriótica, Pérez Millán, asesino de Kurt Wilckens, en la sangrienta secuencia que se sucedió luego de los fusilamientos en la Patagonia.

Wilckens, en un atentado, había muerto al teniente coronel Varela, acusado por los anarquistas de haber fusilado 1500 obreros y peones en la Patagonia. Encarcelado, Wilckens fue a su vez muerto mientras dormía en su celda por el nacionalista Pérez Millán, amigo del doctor Carlés, presidente de la Liga Patriótica Argentina. Pérez Millán fue hecho pasar por loco y enviado al manicomio de la calle Vieytes para protegerlo y al mismo tiempo zafarlo de la pena que le correspondía por su crimen. Boris Wladimirovich había quedado impresionado por la muerte de Wilckens y enterado de que a Pérez Millán lo habían internado por insano en Vieytes, comenzó a disimular un desequilibrio nervioso y la más completa locura después en el penal de Ushuaia. Sabía que a los locos de remate, de Ushuaia, los trasladaban a las celdas para delincuentes existentes en el manicomio de Vieytes.

Tanto hizo hasta que fue trasladado. El único inconveniente que encontró es que, una vez allí fue llevado a un pabellón distinto que Pérez Millán, quien tenía trato preferencial en una salita especial. Pero conseguido un revólver que le hicieron llegar los anarquistas porteños, Boris se lo entregó a Lucich, un internado que tenía entrada libre a todas las dependencias. Boris, con su poder de convicción, convenció a Lucich de que tenía que vengar a Wilckens matando a Pérez Millán. Así lo hizo Lucich. Para los anarquistas esta venganza era una cuestión de honor, de ahí que aquellos que conocían bien la intervención de Boris en la muerte de Pérez Millán- consideraron al ex noble ruso con una aureola de héroe del movimiento.

Los nuevos malos tratos recibidos a raíz de su actuación en el episodio Pérez Millán, le llevaron rápidamente a la muerte. Boris, en los últimos años de su vida estuvo paralítico de sus dos miembros inferiores, debiendo arrastrarse por el suelo para poder moverse en la celda: un personaje de Dostoievsky con un final dostoievskiano. Parece calcado de "Humillados y Ofendidos" o de "La casa de los muertos". Pero sigamos con la crónica de los anarquistas expropiadores.

Este primer e insólito asalto con fines políticos sirvió para el comienzo de una larga polémica que iba a desarrollarse durante toda la época en que el anarquismo tuvo vida activa en nuestro país: ¿debía apoyarse a quienes recurrían a la "expropiación" o al delito para sostener el movimiento ideológico? ¿o había que rechazarlos porque desprestigiaban la lucha libertaria? Los hombres de la línea intelectual (principalmente en **"La Protesta"**) y del anarcosindicalismo (en la FORA del IX Congreso) estarán rigurosamente en contra de la delincuencia política así como también contra la violencia en lo que atañe al empleo de bombas y atentados personales. Mientras que los grupos de acción, partidarios de la denominada acción directa (cuyo vocero será a partir de 1921 el periódico **"La Antorcha"**) y los gremios autónomos apoyarán moralmente a todo acto que vaya contra "los burgueses", por más delictivo que sea. Por otra parte, ya a partir del 21 y 22 los pocos anarquistas que habían apoyado a la Revolución bolchevique se habían decepcionado suficientemente de ella. Los asesinatos en masa de los partidarios de la bandera negra por parte de los comisarios de la bandera roja en la nueva República Socialista, levantada sobre las ruinas del imperio zarista, las deportaciones y las prisiones para los ideólogos anarquistas llegados a Moscú desde todas

partes del mundo, habían volcado a la inmensa columna proletaria ácrata y sus pensadores en contra de Lenin y sus hombres.

En nuestro país, todas las publicaciones anarquistas autenticas volcaban sus páginas tanto a atacar el régimen capitalista como el régimen comunista: son exactamente dos dictaduras iguales decían- sólo diferenciadas por la clase que predomina, pero que suprimen la libertad del pueblo. El único contacto que existía en Buenos Aires entre comunistas y anarquistas estaba dado en el Comité Antifascista italiano, integrado por exiliados peninsulares de todas las tendencias. Allí estaban liberales, socialistas, anarquistas y comunistas que organizaban actos conjuntos en los que hablaba un orador de cada tendencia. Pero aún esto originó graves disidencias entre los anarquistas italianos por cuento muchos de ellos sostenían que no podían compartir tribunas con los verdugos de sus compañeros de ideas en Rusia.

Y precisamente los anarquistas italianos que más se opondrán a la colaboración con los comunistas en el Comité Antifascista serán las dos figuras más preponderantes del anarquismo expropiador en la Argentina: Miguel Arcángel Rosigna y Severino Di Giovanni.

Los comunistas, por su parte, desde su periódico “El Internacional” atacarán todo acto de violencia con bombas o todo asalto o robo realizado por los anarquistas del grupo “expropiador”.

El 2 de mayo de 1921 tuvo lugar un asalto a la Aduana de la Capital. Los delincuentes se llevaron una suma muy importante para aquel tiempo: 620.000 pesos. Pero el asunto se descubrió rápidamente por una torpeza del chofer Modesto Armeñanzas y todos los asaltantes menos tres- cayeron en poder de la policía. En este asalto fue muerto un empleado aduanero. De los 11 implicados, tres eran realmente delincuentes profesionales y los demás, obreros que hacían sus primeras armas en el delito. Contra lo que sostuvieron algunos diarios, ninguno de ellos era anarquista, aunque el asalto sirvió para reiniciar la polémica entre los anarquistas mismos acerca de si era o no positivo cualquier clase de delito contra la “burguesía”.

Rodolfo González Pacheco saldrá a la palestra en “La Antorcha” pocos días después para decir en un editorial llamado *“Ladrones”*, lo siguiente: *“Desde que se comprobó que la propiedad es un robo, no hay más ladrones aquí que los propietarios. Lo único que está por verse es que si los que les roban a ellos no son de la misma data, de una autentica moral ladrona. Apropiadora.*

"Declaramos que no tenemos prejuicios respecto de unos ni de otros. Sobre todo, que un prejuicio de esta clase ampararía, más aún de lo que ya están, a los ladronazos clásicos. Porque estos gritan ¡ladrones!, de la misma forma como gritan ¡Patria y orden! Al solo fin de esconder, tras ese estruendo verbal, el producto de sus grandes robos. Es lo mismo que el salteador de caminos que te descerraja un tiro para asustarte y que una vez asustado, te desvalija.

"No, no, no. Vamos a casos concretos, a realidades. ¿Cuál es el fin del que roba…? Acaparar. O, cuanto menos, sacarle el cuerpo al trabajo y la esclavitud que es su derivado inmediato. Para librarse de ser esclavos se juegan la libertad. La pierden, generalmente, puesto que en ese jueguito los burgueses son maestros consumados, y además son ellos los que tienen el naipe y tallan. Y si gana un ladrón chico surge rico, propietario, es decir, llega a ser ladrón grande.

"Pero, a pesar de todo esto, y aunque todos son ladrones, estamos más con los ilegales que con los otros. Con los ladroncitos que con los ladronazos. Con asaltantes a la Aduana que con Yrigoyen y sus ministros. Valga el ejemplo."

Lo que lleva a la formación del grupo anarquista expropiador o delincuente en la Argentina es la necesidad de formar cuadros dentro de esa ideología para su autodefensa. No sólo es el Ejército que reprime las actividades anarquistas (semana trágica, huelga agraria de la Patagonia, huelgas portuarias en 1921, etc.) y la Policía (volcada en gran parte a combatir las tareas de agitación, detener a cabecillas, vigilar y disolver mitines, quebrar huelgas), sino y por sobre todo, la acción en todo el país de la Liga Patriótica Argentina comandada por Carlés. No hay semana en la que no se produzca, por esos años, un hecho de sangre protagonizado por obreros de ideología anarquista e integrantes de la organización en defensa de la propiedad organizados bajo el rótulo de Liga Patriótica.

No sólo en la Capital tiene fuerza la Liga Patriótica, sino también en el interior donde los propietarios de tierras y sus hijos se arman en legión -bajo el auspicio de Carlés- y hacen ejercitaciones militares para defenderse de los peones agrícolas que están en constante agitación. Los choques eran inevitables y uno de ellos, ocurrido el 1º de mayo de 1921, fue una verdadera tragedia. Ocurrió en Gualeguaychú. Ese día la Liga Patriótica realizaba un gran acto en oposición al que los obreros hacían en festejo del Día del Trabajador- con gran desfile de gauchos a caballo, colegios religiosos de la zona,

banderas argentinas de 50 metros de largo, señoritas que arrojaban flores al paso de la juventud de choque de la Liga, etc. el momento culminante fue cuando Carlés llegó con su levita negra y su sombrero hongo en un biplano directamente de Buenos Aires.

Terminado el acto de reanimación patriótica y de los derechos a la propiedad, la caballería gauchesca al comando del estanciero Francisco Morrogh Bernard se dirigió hacia la reunión obrera que se llevaba a cabo en la plaza de Gualeguaychú y que estaba presidida por una bandera roja y otra negra. Ver esas banderas y sentir la santa indignación patria en sus pechos fue todo uno en los hombres de Carlés. Y arremetieron contra la endeble tribuna proletaria y sus tres mil asistentes. Fue una carnicería. En un principio se habló de 5 obreros muertos y 33 heridos graves. Los diarios anarquistas triplicaron las cifras, los diarios serios las disminuyeron. "La Prensa" trataba de explicar el asunto diciendo que *"El 95 por ciento de las víctimas no son argentinas. Ello induce a pensar en el carácter de la reunión obrera que se realizaba y también a explicarse la violencia con que los oradores anarquistas se refirieron en sus discursos a los símbolos nacionales. Intervinieron solamente 20 o 30 miembros de la Liga Patriótica en el suceso. La policía manifestó en el primer instante* seguramente por precipitación- *que a los obreros no se les había encontrado armas."*

Un día después, el local de la Sociedad de Resistencia Unión Chaufeurs de la Capital, es atacado por dos automóviles en el que viajan jóvenes de la Liga Patriótica. Caen muertos dos obreros anarquistas: los hermanos Canovi. Y no pasan tres o cuatro días que en el puerto donde los carreros y estibadores han declarado la huelga- ocurre un tiroteo en el que caen un obrero anarquista y un miembro de la Liga Patriótica.

La violencia crece y desde las publicaciones anarquistas se exhorta a repeler por las armas todo ataque de la Liga y, si es necesario, *"atacarla en su misma guarida"*.

En esa década del 20 se hará cada vez más difícil arrear simplemente al obrero. Por lo menos, aquellos anarquistas se precian de llevar un arma y la verdad que no son mancos en hacer uso de ellas. Baste citar los hechos de Jacinto Aráuz, donde ocurrió tal vez por única vez en la historia un tiroteo entre policías y anarquistas dentro de una comisaría. En esa localidad había intranquilidad entre los trabajadores agrícolas porque se les desconocían los derechos y se suplantaba los

que osaban por peones traídos de otros lugares. El comisario de la localidad, no halló nada mejor para terminar con el problema que invitar a todos los disconformes a la comisaría "a fin de conversar y llegar a un buen acuerdo". Allá fueron trabajadores entre los que se encontraban varios delegados inspirados en las teorías de Bakunin- y fueron invitados a pasar al patio del local policial pero notaron con sorpresa que estaba todo rodeado por "milicos" con armas largas. El comisario no aparecía pero sí lo hicieron dos sargentos que comenzaron a llamar uno por uno a los obreros, los hacían pasar a un pasillo donde los desarmaban y a continuación eran entregados a otros agentes que los dejaban tendidos a garrotazos. Es decir, una manera expedita de solucionar un problema gremial.

Pero los anarquistas que estaban allí, en el patio, no eran por cierto niños de pecho. Pelaron sus armas y, a pesar de estar rodeados, la emprendieron a tiros. Se originó así una verdadera tragedia con víctimas de ambos lados. Desde ese momento, Jacinto Aráuz fue como un símbolo para los trabajadores de otras latitudes de la República. Era una especie de concretización del *"donde las dan, las toman"*.

Claro, a veces los anarquistas exageraban la nota en eso de ir armados. A veces, sus propias publicaciones tenían que darles consejos públicos. Como este anuncio de un picnic en Rosario publicado en "La Antorcha": *"Rosario, gran picnic familiar a beneficio de los presos sociales, en la isla Castellanos sobre el río Paraná. Hombres $1,20; mujeres y menores $0,50; niños gratis. Nota: advertimos que la subprefectura hará revisión en el embarque por lo que se recomienda no llevar armas"*.

O este suelto publicado en la primera página de "La Protesta": *"El picnic del domingo: la mala costumbre de hacer disparos de armas de fuego en el bosque de la isla Maciel durante el día y sobre todo al oscurecer, mientras se realizan los picnics de La Protesta acarrea serios peligros y siembra la alarma entre las familias que concurren al que para los anarquistas debe ser un lugar de sana reunión y franca camaradería. Hemos recibido varias quejas de concurrentes al último picnic e incluso de un pescador que tiene su domicilio en aquel lugar, que estuvieron expuestos a recibir una bala perdida durante uno de los tantos tiroteos. Es necesario que los compañeros eviten que se hagan disparos de revólver en el bosque y que llamen la atención a los aficionados a darle al gatillo, pues se siembra la alarma entre las familias que concurren a nuestros picnics y el día menos pensado puede ocurrir una desgracia. Se demuestra una absoluta falta de cultura con esos juegos peligrosos y corresponde a los anarquistas velar por el normal desarrollo de nuestros actos y*

sobre todo por la seguridad de todos los que nos dan pruebas de confianza concurriendo a los mismos. Recomendamos pues a los camaradas que no hagan disparos de armas de fuego en nuestros picnics y que traten de evitar que lo hagan aquellos concurrentes que no estén en condiciones de leer esta recomendación".

Parece ser que estos tiroteos amistosos eran una costumbre bastante arraigada porque el diario ácrata seguirá publicando la recomendación varios días seguidos.

Serán incontables los casos de refriegas de obreros de distintas tendencias en lugares de trabajo, de gestos de rebeldía de trabajadores contra capataces y patrones que derivaban por las vías del hecho (uno de ellos, el caso de Pedro Espelocín quien más tarde será un miembro activo dentro del anarquismo expropiador- que mata a un capataz, que estaba maltratando a un niño), y de asalariados que enfrentan a policías y a miembros de la Liga Patriótica. Largas son las listas de presos sociales condenados por la justicia, desde huelguistas hasta homicidas por cuestiones laborales o políticas. El Comité Pro Presos Sociales y Deportados sostenido por el aporte humilde de los trabajadores anarquistas no da abasto con sus funciones: no sólo tiene que pagar los gastos de abogados y trámites para los procesados sino que también toma a su cargo el mantenimiento de las familias de éstos. Pero no únicamente pasiva es esta comisión. No se reduce a conseguir esos medios como si fuera un Ejército de Salvación o una Sociedad de Damas de Beneficencia. Su misión oculta es la de conseguir la evasión de los presos. Y para eso es necesario contar con muchos recursos: hacer viajar a "compañeros de confianza", merodear las cárceles a veces meses enteros hasta compenetrarse de los detalles, alquilar casas, contar con automóviles para la huida y, por sobre todo, sobornar a los carceleros, empleados judiciales y hasta secretarios de juzgados para que influyan en las sentencias.

Quien maneja todo esto es el secretario del Comité Pro Presos y Deportados: Miguel Arcángel Roscigna, dirigente metalúrgico anarquista. Mientras los ideólogos de "La Protesta" y de "La Antorcha" señalan desde sus páginas que la libertad de los presos debe conseguirse solamente con movimientos huelguísticos o con la movilización de grandes masas del pueblo, Roscigna es hombre de acción y ducho en todas las artimañas para tener en jaque a la policía y a la justicia. Es un hombre cerebral, frío, planificador. Pero cuando hay que actuar, él es quien realiza las cosas, no sólo dirige sino que también

ejecuta. Ya lo ha demostrado en el caso Radowitzky: con paciencia y astucia hizo todos los trámites para ser nombrado guardicárcel en Ushuaia. Allá preparará todos los detalles para que esta vez la fuga no fracase. Cuando todo estaba preparado, en el congreso de la Unión Sindical Argentina (USA) integrado por dirigentes gremiales socialistas y sindicalistas, un irresponsable denuncia -para atacar a los anarquistas- que "Roscigna está de perro en Ushuaia". (Perro era el cariñoso calificativo que los anarquistas dispendiaban a carceleros y policías). La policía averigua y comprueba que Roscigna se halla en territorio fueguino. Es inmediatamente cesanteado y expulsado del penal. Antes de desaparecer y para que todo no haya sido en vano, Roscigna le prende fuego a la casa del director del presidio.

Después será quien organice la primera fuga del panadero Ramón Silveyra condenado a veinte años de prisión, de la Penitenciaría, y quien prepare los medios de la segunda fuga del mismo. Dos sucesos verdaderamente espectaculares y que decían a las claras que detrás de todo esto había un verdadero talento organizativo. Talento que luego lo demostró en la preparación de célebres asaltos y actos de acción directa (o terroristas, como quiera llamársele).

La guerra sin cuartel entablada entre las dos fracciones anarquistas, los "protestistas" y los "antorchistas" (que vendrían a representar la derecha y la izquierda dentro del movimiento) llega a tal extremo que la Comisión Pro Presos y Deportados se divide, tomando ahora cada uno de esos organismos sus propios detenidos. La comisión orientada por "La Protesta" y la FORA del V Congreso defenderá exclusivamente a los anarquistas presos por su ideología, mientras que la comisión antorchista lo hará con todos aquellos acusados de delitos comunes (es decir, los anarquistas expropiadores). Tal es el caso tan debatido de los presos de Viedma.

En 1923, en el territorio nacional de Río Negro es asaltada la diligencia del Correo, en un episodio realmente del Far West. La policía territorial detiene no lejos del lugar a cinco trabajadores rurales de ideología anarquista, que estaban juntando leña para hacerse un asado. Se los tortura bárbaramente, estaqueándolos, y los cinco reconocen ser los autores del asalto. Uno de ellos Casiano Ruggerone, enloquece por efectos de las torturas y fallece meses después en el hospicio de Vieytes. Los otros cuatro son condenados en conjunto a 83 años de prisión. Andrés Gómez, Manuel Viegas y Manuel Álvarez a 25 años cada uno y Esteban Hernando a 8 años.

La Comisión orientada por "La Antorcha" iniciará una gran campaña para lograr la revisión del proceso. "La Protesta" luego de una pálida defensa dirá en sus columnas de los presos de Viedma que *"son delincuentes vulgares que nada tienen que ver con la propaganda y las ideas anarquistas"*. Esto provocó un exacerbamiento de la polémica dentro del movimiento que iría a durar mientras el anarquismo tuvo vigencia en la vida obrera argentina. Una polémica que siempre fue constante en el anarquismo, desde Proudhon pasando por Bakunin, Reclus, Malatesta, Armand, Gori, Fabbri, Treni, Abad de Santillán: ¿llegar a la revolución por todos los medios imaginables, o mantener de los anarquistas el concepto de hombres puros, intachables, que llegan a la revolución a través del convencimiento de los demás de que es la idea humanística por excelencia?

Pero claro, las dos tendencias, a medida que se produjeran los hechos iban a caer en graves contradicciones. Por ejemplo, el caso Sacco y Vanzetti. El caso más famoso de una injusticia judicial que tuvo aún más trascendencia por la movilización obrera mundial- que en su tiempo el mismo "affaire" Dreyfus.

¿Qué ocurrió con Sacco y Vanzetti? Algo muy parecido que con los presos de Viedma, salvo que en este último caso no entraron a jugar eso que hoy se llaman "relaciones públicas" que Vanzetti y sus compañeros anarquistas italianos de Estados Unidos supieron emplear magistralmente logrando durante más de siete años una agitación popular en el mundo entero que tal vez no logre superarse. En el propio Estados Unidos esa agitación fue diez veces más grande que la que se realizó por la finalización de la guerra de Vietnam.

Todos se unieron; aquí no hubo banderías: anarquistas individualistas, anarco- comunistas, anarquistas expropiadores y partidarios de la violencia, socialistas democráticos, comunistas, liberales, el Papa y hasta los fascistas que *"recibieron con beneplácito la resolución del juez de suspender la ejecución de los acusados"*.

Cuando a Sacco y Vanzetti los detienen después de 15 días en que ha ocurrido el asalto de Braintree donde son muertos dos pagadores de una empresa- hacen declaraciones que los comprometen tangencialmente con el atraco. Hacen esas declaraciones aconsejados por un abogado que cree que así se salvarán de la deportación a Italia que se les aplicaría de inmediato de reconocer que son anarquistas. Es decir, aquí no hay tortura física como en el caso de los de Viedma, aunque sí un apremio, una tortura moral; o entran en una larga

discusión leguleya o los deportan. Y esa larga discusión leguleya la pierden luego de largos siete años, a pesar del apoyo moral de todo el mundo.

Con la muerte en la silla eléctrica de Sacco y Vanzetti, la justicia perdió una gran batalla. En ningún momento los jueces norteamericanos pudieron demostrar palmariamente la culpabilidad de los dos italianos. Sólo tuvo indicios, testimonios. Legalmente, sin valor ni resonancia. Es evidente que en la sentencia valió el carácter de anarquistas de los acusados. Como en el caso de los de Viedma. Sobre la culpabilidad o no de Sacco y Vanzetti nunca se podrá ser definitivo. Lo que sí es indiscutible que pertenecían a un grupo partidario de la acción directa. "La Adunata dei Refrattari", de Nueva York, órgano de los anarquistas italianos y que fue la publicación a la que en gran parte se debe la iniciación de la gigantesca campaña de agitación mundial, la que dio el grito de alarma: era un periódico manifiestamente partidario de la acción directa. Tanto es así que años después defendería las actitudes de Severino Di Giovanni y su gente en Buenos Aires cuando aquí los propios órganos anarquistas lo atacaban o callaban. Tal vez la palabra definitiva sobre el caso Sacco y Vanzetti la haya dado la minuciosa investigación que hizo el escritor y periodista Francis Russell, "Tragedy at Dedham", publicada en 1962 y elogiada como un trabajo serio por toda la prensa europea. Francis Russell opina que -juicio que también es citado por James Joll- Sacco era un "expropiador" convencido y actuaba de esa manera para allegar fondos para la causa, y es casi seguro que tanto él como Vanzetti quien siempre daba refugio sin preguntar al perseguido si era o no expropiador- fueron eliminados porque eran peligrosos agitadores.

Pero aquí en la defensa que hicieron los anarquistas de Sacco y Vanzetti hubo indudablemente una dualidad ¿Se los defendió porque eran inocentes o porque eran anarquistas? ¿Y si hubieran sido culpables de asaltar para allegar fondos para propaganda, para sus presos y para huelgas, se los hubiera defendido igual desde las columnas de la "prensa oficial" del anarquismo argentino?

La misma dualidad se iba a presentar con la epopeya delictiva de Buenaventura Durruti.

El 18 de octubre de 1925, tres individuos "a la manera del cinematógrafo", como dirá "La Prensa" se introducen en la estación de tranvías Las Heras, del Anglo, en pleno barrio de Palermo. Uno de ellos va enmascarado. Los tres sacan a relucir pistolas negras y amenazan a

los recaudadores que, en esa madrugada, acababan de hacer el recuento general de la venta de boletos. Dicen "arriba las manos" en marcado acento español. Exigen el dinero. Los empleados balbucean que ya está en la caja de hierro. Exigen las llaves. No, las tiene el jefe, que ya se retiró. Los asaltantes hablan entre ellos. Se retiran. Al pasar se llevan del mostrador una bolsita que acaba de dejar un guarda: contiene 38 pesos en monedas de diez centavos. Afuera hay un campana y más allá un auto que los espera. Desaparecen sin poder ser perseguidos.

El que ha dirigido ese asalto fracasado, que sólo les ha reportado 38 pesos en moneditas (evidentemente, algo deprimente para asaltantes que han actuado con absoluta precisión pero que les ha fallado el último detalle) es nada menos que Buenaventura Durruti, quien once años después se convertirá en el personaje más legendario de la guerra civil española, el guía indiscutido de los anarquistas españoles y de los anarquistas de todo el mundo que han ido a España a defender la República del levantamiento franquista. Durruti, el comandante de la Columna Durruti, el que salva a Madrid viniendo desde Aragón y derrota con tres mil milicianos mal entrazados, a todo un ejército disciplinado con oficiales de Estado Mayor, generales de uniforme que han estudiado tácticas y estrategia y tropa disciplinada.

Ese pistolero de las 380 moneditas de diez centavos será quien, luego de morir en el frente de la Ciudad Universitaria de Madrid recibirá las más importantes exequias que jamás haya recibido un líder obrero en España. James Joll dirá: *"La muerte de Durruti privó a los anarquistas de uno de sus más reputados y despiadados héroes legendarios; su funeral, celebrado en Barcelona, proporcionó el espectáculo de la última gran manifestación del contingente anarquista, integrado por doscientos mil adeptos, que desfilaron por las calles de la ciudad, lo que pudo hacer recordar una manifestación similar a la que presenció Moscú catorce años antes, cuando el entierro de Kropotkin dio a los anarquistas rusos la última oportunidad de exhibir en público su fuerza, antes de que los comunistas arremetieran contra ellos"*. Y por ironía del destino o por esas adecuaciones a las circunstancias que tienen que hacer los hombres de ideas, el intelectual anarquista, Diego Abad de Santillán uno de los hombres que con más fuerza atacó a los "expropiadores" en las filas de los libertarios actuantes en nuestro país- llamará en 1969 a aquel pistolero de los 38 pesos en moneditas, *"Buenaventura Durruti, el caballero sin miedo y sin tacha"*.

La policía porteña está desorientada. ¿Pistoleros con

pronunciación española? No tiene registrado a ninguno de esas características. Interroga a elementos del hampa y tampoco consigue nada. Nadie los conoce. Como el botín ha sido irrisorio, la policía sabe que pronto darán otro golpe.

Y esto sucede el 17 de noviembre de 1925, apenas un mes después del asalto a estación Las Heras. Minutos antes de la medianoche, el boletero Durand de la estación de subterráneos Primera Junta, en Caballito, ha terminado de recontar el dinero de la recaudación del día. Falta el último servicio de subterráneo que viene desde el centro para finalizar la tarea. Se acerca de pronto un desconocido que saca despaciosamente una pistola. Y le dice con acento español: "¡cállese la boca!" mientras otro irrumpe en la boletería y se apodera de una caja de madera donde habitualmente se guarda la recaudación. Todo apenas dura un instante. Los desconocidos se dan vuelta y van hacia la salida de calle Centenera. Pero el boletero Durand comienza a gritar con todos sus pulmones: ¡auxilio! ¡ladrones! Es entonces cuando uno de los asaltantes se da vuelta y hace un disparo al aire para amedrentarlo y que no inicie la persecución. Esos gritos y ese disparo han sido oídos por el agente que está de parada en Rivadavia y Centenera. Y ya corre para qué sucede mientras desenfunda el arma. Pero le ganan de mano. Hay otros dos desconocidos haciendo de "campanas" en las dos entradas del subterráneo y uno de ellos cuando ve que el agente tiene el arma en la mano y va al encuentro de los otros dos que han realizado el asalto y ya salen por la escalera, le descerraja dos balazos que dan en el blanco.

El agente cae al suelo como una plomada. Los cuatro asaltantes corren hacia un taxi que los espera en Rosario y Centenera. Pero el chofer no lo puede poner en marcha y, después de valiosos minutos de espera, los desconocidos se bajan del vehículo y echan a correr por la calle Rosario en dirección al Este y desaparecen.

El asalto ha sido en vano. Igual fracaso que en la estación Las Heras. El dinero de la recaudación no había sido puesto, como ocurría habitualmente, en la caja de madera, sino en otra, de hierro, por debajo de la ventanilla. La caja de madera no contenía ni siquiera una moneda de diez centavos.

Aquí ya las cosas cambian. Para la policía, los asaltantes de Caballito son los mismos de la estación Las Heras, por sus características físicas y por el acento español. Y en este nuevo asalto ha caído muerto un agente: el cabo Núñez.

La policía de Chile acaba de enviar a la Argentina las fotos y los antecedentes de una banda de asaltantes españoles, o mejicanos o cubanos, que el 16 de julio de ese año se llevaron 46.923 pesos chilenos del Banco de Chile, sucursal Mataderos. Los desconocidos, luego de apoderarse del dinero huyeron a gran velocidad en un automóvil, haciendo disparos al aire creando una gran confusión en ese populoso lugar. Un empleado del banco logró asirse al auto en momentos en que éste arrancaba. Uno de los asaltantes le grita que se baje, pero el empleado no ceja. Entonces lo bajan de un tiro.

Además de todos estos detalles, la policía chilena informa a sus colegas argentinos que la banda estaba integrada por 5 hombres, uno de los cuales embarcó en Valparaíso hacia Francia y los otros cuatro se han dirigido a la Argentina. En Santiago de Chile se ha descubierto la pensión donde vivían. La dueña de la misma declaró que *"eran cinco hombres educados, continuamente hablaban de luchas sociales y se llamaban a sí mismos revolucionarios españoles y que recorrían los pueblos de América en busca de fondos destinados a financiar el derrocamiento de la monarquía española"*.

Los cuatro que han pasado a la Argentina llevan documentos a nombre de Ramón Cascaño Caballero, mejicano; José Manuel Labrada Pontón, cubano; Manuel Serrano García, de Valencia, España y Teodoro Pichardo Ramos, mejicano.

Con las fotos en sus manos, la policía argentina cita a los asaltados de la estación Las Heras y de Primera Junta: sí, no tienen ninguna duda, son ellos. Se inicia entonces una investigación incansable. Se allanan pensiones, hoteles y casas que alquilan habitaciones en busca de extranjeros. Pero no hay resultado positivo alguno. Interviene también Orden Social que detiene a anarquistas de acción para obtener algún indicio. Pero no saca nada en limpio.

En todos los coches de subterráneos y en los tranvías son colocados carteles con fotos de los cuatro extranjeros a los cuales "La Prensa", después del asalto de Primera Junta, los describe así: *"todas las personas que vieron en la madrugada de ayer a los asaltantes coinciden en que se trata de individuos de buen aspecto; visten correctamente bien y nada en ellos puede hacerlos sospechosos. Más aún, su presencia es simpática"*.

La policía tiene dos tesis: o se han marchado de inmediato después del asalto, al Uruguay o Brasil, o al no obtener botín en ninguno de los dos atracos, están esperando para hacer otra operación. La segunda de las tesis se iba a revelar como cierta.

"Cuando los habitantes de la tranquila ciudad de San Martín se hallaban entregados al almuerzo unos, y otros refugiados en sus hogares a cubierto de las inclemencias del sol y del calor, un grupo de forajidos armados de carabinas se situó en la puerta de entrada de la sucursal del Banco de la Provincia, frente a la plaza principal". Así comienza "La Prensa" del 19 de enero de 1926 la descripción del famoso asalto al Banco de San Martín, que tan comentado fue en su tiempo.

Siete desconocidos (cuatro de ellos con antifaces) bajan de un doble faetón en la esquina de Buenos Aires y Belgrano, a dos cuadras de la comisaría. Cuatro se introducen en el Banco y los otros tres, con armas largas, se apostan en la entrada principal. Es un asalto muy curioso, con un matiz de bandoleros porque los tres que se han quedado afuera cuando ven que se aproxima algún peatón desprevenido lo apuntan silenciosamente con sus armas largas. Los desprevenidos creen al principio que se trata de una broma pero cuando ven que la cosa es seria salen disparando. Mientras tanto los cuatro que han entrado, trabajan rápidamente. Sortean los mostradores, revisan los cajones de los pagadores y van juntando todo el dinero que encuentran. Ni se molestan en llegar a la caja de hierro. Recolectan 64.085 pesos. Los empleados bancarios al ver entrar a los asaltantes obedecen cuando una ronca voz española grita:

Al que se mueve… lo bajamos!

Pero dos de los bancarios, que se han tirado tras el mostrador tratan de salir gateando por una puerta trasera. Es cuando uno de los enmascarados los ve y sin dudar los balea, matando al empleado Ruiz e hiriendo a otro.

Con el dinero obtenido, escapan con el automóvil. Los persiguen, pero cubren su retirada a balazos, no ahorrando pólvora.

La policía está ante un nuevo hecho. Esta vez la desorienta el número de asaltantes: siete más un chofer. Es decir que si se trata de la banda venida de Chile, ha encontrado aquí nuevos colaboradores. Están en medio de las investigaciones cuando salta la gran noticia en el Departamento Central de Policía. Hay un gran nerviosismo y se convoca a los periodistas a conferencia de prensa.

Se ha recibido respuesta de las autoridades policiales de Barcelona acerca de los cuatro asaltantes de la estación de tranvías Las

Heras, de Primera Junta y del Banco de Chile: no son ni mejicanos ni cubanos dice la policía barcelonesa- sino españoles y los cuatro nombres dados son falsos. Esta es la verdadera identidad:

Ramón Cascaño Caballero es en realidad Buenaventura Durruti, nacido en la ciudad de León, el 14 de julio de 1886, de profesión motorista.

Teodoro Pichardo Ramos es Francisco Ascaso, de Almudévar, Huesca, nacido el 2 de abril de 1901.

Manuel Labrada Pontón es Alejandro Ascaso, de Almudévar, Huesca, hermano del anterior, nacido el 17 de octubre de 1889.

Manuel Serrano García es Gregorio Jover Cortés, nacido en Valencia, en 1892.

Añade la policía de Barcelona que se trata de *"una temible banda de anarquistas que durante mucho tiempo actuó en Barcelona donde cometió numerosos asaltos, robos y asesinatos"*. Además, a Ascaso se lo sindica como el autor de la muerte del cardenal Soldevila, de Zaragoza.

Luego, con ayuda de las policías de Méjico y de Cuba se reconstruirá toda la trayectoria de este grupo anarquista español que comienza asaltando al banco de Gijón, en España, para obtener fondos en esa lucha que los libertarios españoles llevan contra la dictadura de Primo de Rivera. De Gijón pasan a Méjico donde realizan un asalto con éxito en Carolina, episodio en el que resulta muerto uno de los asaltados, de allí marchan a Cuba donde atracan también con éxito un banco. En La Habana embarcan en el vapor "Oriana" con el cual viajan hasta Valparaíso, Chile, donde llegan el 9 de junio de 1925. Allí trabajan en diversos oficios hasta que el 11 de julio asaltan el Banco de Chile en Santiago. Vuelven a trabajar como obreros hasta que a principios de agosto viajan por tren hasta Buenos Aires.

Está todo esclarecido. Ahora basta prenderlos. Aquí ya está en juego una cuestión de prestigio internacional. Al tener certeza de que se trata de anarquistas, las investigaciones se dirigen al sector ideológico que se sabe es partidario de la violencia y la expropiación. Además, se vigilan atentamente los lugares por donde Durruti puede abandonar el país.

Pero no tendrá la policía argentina la satisfacción de apresarlos. Aunque sí los franceses.

Cinco meses después del asalto al Banco de San Martín un cable de París informaba que la policía francesa había desbaratado un

atentado anarquista contra la vida de Alfonso XIII, rey de España, durante la visita que este realizaba a Francia. En efecto, dos anarquistas españoles, Francisco Ascaso y otro que se hace llamar Duretti, fueron apresados en un humilde hotel de Clichy con planos y armas que evidenciaban su propósito de realizar un atentado en gran escala contra el monarca español.

Esta información conmociona a la policía argentina, que desea vengar la muerte del cabo Núñez, caído en el asalto de Primera Junta, y se dirige a sus colegas de Francia pidiéndoles detalles de cómo han llegado Ascaso y Durruti a Francia, con qué pasaportes y que también traten de detener a Jover Cortés y al hermano de Ascaso.

Responden los parisinos que Francisco Ascaso llegó a Cherburgo el 30 de abril de 1926, por barco, lo mismo que Buenaventura Durruti. Días después los franceses logran detener también a Jover Cortés. Los tres llegaron con pasaportes uruguayos: el primero con el nombre de José Cotelo; el segundo, de Salvador Arévalo, y el tercero, de Luis Victorio Repetto. Los tres pasaportes han sido obtenidos en el consulado del Uruguay en Buenos Aires.

Para la policía argentina la cosa es pan comido: José Cotelo es un anarquista uruguayo que vive en Buenos Aires. Lo detienen pocas horas después. Cotelo reconoce que le 1º de abril obtuvo un pasaporte uruguayo a su nombre, pero que horas después lo perdió, posiblemente porque se le cayó del bolsillo. Una explicación tan ingenua no puede menos que indignar a los pesquisantes, que le dicen a Cotelo que él va a pagar todos los platos rotos por Durruti y compañía. Pero Cotelo se mantendrá en su ingenua respuesta. Los otros dos nombres, Arévalo y Repetto, pertenecen también a activos anarquistas -el primero es obrero panadero- del Uruguay que actúan en Buenos Aires. Pero estos dos últimos no pueden ser hallados. Cotelo, luego de centenares de interrogatorios infructuosos, es dejado en libertad por el juez, después de varias semanas de calabozo.

Pero en lo que no se da por vencida nuestra policía es en obtener la extradición de Durruti, Ascaso y Jover. Altos oficiales de la policía han llegado hasta el propio presidente Alvear para pedirle que ejerza su reconocida influencia en París donde ha sido largos años embajador- para obtener la rápida entrega de los tres anarquistas. Para acelerar los trámites se envían a París a los tres mejores hombres que tienen las filas policiales porteñas: Fernández Bazán, Romero y

Carrasco. Y la cancillería argentina solicita oficialmente la extradición al gobierno de Francia. Luego de largos trámites y vacilaciones los franceses acceden y comunican al ministro argentino en París, Álvarez de Toledo, que Durruti, Ascaso y Jover están a su disposición, se alista entonces un buque de guerra de la marina argentina, el transporte "Bahía Blanca", para traerlos a Buenos Aires.

Los anarquistas por intermedio de "La Antorcha"- denunciarán que el trasfondo de todo esto es una maniobra de los gobiernos argentino, francés y español. Dicen *"En la infame confabulación en que se juega la suerte de tres hombres, compañeros nuestros Ascaso, Durruti y Jover- como en toda partida en que intervienen tahúres en complicidad, hay, además de los que aparecen Francia y la Argentina- otro tahúr más siniestro que al parecer no participa en el juego, pero cuyas inspiraciones siguen y a cuyo servicio están aquellos. Este es España. Por guardar las formas, ya que no existe tratado de extradición, Francia no se lo concedió a España. Pero solidarios en todo, los gobiernos cuando se trata de perseguir subversivos, se le da inmediatamente satisfacción concediéndosela a la Argentina, con lo que el gobierno francés cumple un doble objetivo: obtiene de la Argentina a cambio de la extradición otorgada a despecho de todos los requisitos legales, un aplazamiento en el pago de la deuda de guerra por compras de trigo, y complace al mismo tiempo al gobierno español, quien confía obtener de la Argentina la extradición de los tres españoles, si no se les condena aquí, ya que existe entre ambos tratado de extradición"*.

El diario termina diciendo: *"Tutti contenti, pues"*.

Cuando a los tres jóvenes anarquistas les comunican que serán entregados a la policía argentina no se les mueve un pelo, pero son conscientes de que deben movilizarse de inmediato, no perder un segundo. Recurren a todos los medios: desde la huelga de hambre, de protesta, hasta los llamamientos de solidaridad y las cartas a todos los movimientos anarquistas del mundo. Con gran éxito, se inicia una campaña formidable por Ascaso, Durruti y Jover que en determinados momentos eclipsa a la que se realiza por Sacco y Vanzetti en época.

"Ascaso, Durruti y Jover, los nuevos Sacco y Vanzetti", escriben todos los diarios anarquistas del mundo. En nuestro país la repercusión es inmediata, se organizan mitines, se publica un folleto (en una semana se agotan 20.000 ejemplares y de inmediato se imprimen 30.000 más) en el que se sostiene que Ascaso, Durruti y Jover no estuvieron jamás en la Argentina y que eso de los asaltos son patrañas e inventos

para cubrir los fracasos de la policía argentina. En Francia, todos los rotativos salvo los de derecha- reclaman la libertad de los tres y señalan que es antijurídica la entrega a la Argentina. Los intelectuales franceses (liberales, socialistas, comunistas y anarquistas de toda laya) firman manifiestos por los *"tres esforzados que sólo buscan la libertad de su patria"*. En el parlamento francés el asunto tiene un eco inmediato y diputados socialistas presentan un proyecto de reforma de la ley de extradición.

El gobierno francés vacila. Tiene demasiados problemas internos para crearse otro nuevo. Busca entonces una "impasse" y dispone que no se lleve a efecto la extradición hasta que no se cumplan ciertos trámites legales. El primer "round" está ganado. Pero la policía argentina empuja a Alvear. Esta vez no quiere perder la batalla. Por su cuenta ha prohibido todo acto que en Buenos Aires se haga por los tres anarquistas. "La Antorcha", el Comité Pro- Presos Sociales y los gremios autónomos de panaderos, yeseros, pintores, choferes, carpinteros, obreros en el calzado los lavadores de autos y lustradores de bronce, el Comité de Relaciones entre Grupos Italianos (que orientan Severino Di Giovanni y Aldo Aguzzi) y el Grupo Búlgaro, no se amilanan por las amenazas policiales, y organizan mitines "relámpago". Y en ese sentido, los anarquistas son personajes un poquito estrafalarios. Aplican métodos realmente insólitos, por ejemplo, programan un acto en Plaza Once y lo anuncian. Por supuesto, la policía rodea el lugar con la montada y disuelve el grupito más insignificante. Entonces sale del subterráneo un anarquista y se apoya en las rejas de la salida del túnel hacia la plaza mientras otros dos, desde la escalera prestamente lo atan con cadenas a dichas rejas. El anarquista queda imposibilitado de moverse y es el momento en que comienza a hablar con uno de esos vozarrones tremendos, ejercitados en centenares de asambleas y actos públicos en donde no se empleaban ni amplificadores ni ningún sistema eléctrico para llegar al público.

-¡Aquí, venid a escuchar, aquí estamos los anarquistas para gritar la verdad sobre los compañeros Durruti, Jover y Ascaso!

Los policías corrían al lugar de donde partían las voces y descubrían el increíble espectáculo de un hombre crucificado con cadenas, que hablaba como una ametralladora. Mientras reaccionaban, pedían órdenes y se consultaban, el anarquista hablaba de lo lindo a los viandantes que miraban con ojos espantados y boca abierta.

El primer intento policiaco era siempre tratar de silenciarlo a

garrotazo limpio, pero como el anarco seguía con su prédica, aquello adquiría ribetes de espectáculo público no conveniente. Eso de pegarle a un hombre atado e indefenso le revolvía el estómago a cualquiera. El segundo intento era tratar de taparle la boca, cosa muy difícil porque el ácrata se zafaba y le salían entonces las palabras entrecortadas conformando un espectáculo más grotesco todavía que iba reuniendo cada vez más curiosos. Al final, la policía se la tenía que tragar y esperar pacientemente hasta llamar a un herrero del Departamento Central que tardaba como una hora en cortar las cadenas. Mientras tanto, por supuesto, el orador se decía tres o cuatro discursos tocando todos los temas: Ascaso, Durruti y Jover, Sacco y Vanzetti, Radowitzky, los presos de Viedma, atacaba a Alvear (a quien los ácratas llamaban "la buscona" o "cien kilos de manteca"), a los policías ("burros, coceadores, milicos salvajes), a Carlés ("el honorable sinvergüenza"), a los integrantes de la Liga Patriótica ("niños bien, crápulas invertidos"), a Leopoldo Lugones ("ave de pico ganchudo y plumaje pardo"), al comunismo ("cretinismo autoritario"), a los militares ("orangutanes idiotas"), etc., etc. ¡Como se ve, nadie se salvaba!

La defensa de Durruti y sus compañeros era evidentemente -o sin quererlo- la defensa del anarquismo expropiador. Del derecho que asistía a los libertarios de "expropiar" para hacer la revolución. Los anarquistas de la línea "antorchista" sabían muy bien que Durruti había estado en la Argentina y había dirigido tres asaltos. Por eso resulta un poco ambigua la defensa "moral" que se usó en este caso: se sostenía siempre que eran inocentes, que los tres eran incapaces de actuar en hechos delictuosos. Es decir, no se los defendía como revolucionarios, no se los justificaba en su acción sino que sencillamente se decía: son inocentes, son nuevas víctimas de la justicia burguesa.

Esto llama poderosamente la atención. "La Antorcha" estaba por la acción violenta pero no abiertamente sino defendiendo a los hombres que la practicaban haciéndolos pasar por mansos corderitos. Fue una línea que mantuvo durante todos los años violentos, hasta su desaparición en 1932. En la Argentina hubo una sola publicación que defendió sin medias palabras la expropiación y la acción sobre la base de la violencia: fue el periódico italiano **"Culmine"** que editó Severino Di Giovanni.

Y otra cosa que llama la atención es que mientras en Francia se

vuelca toda la intelectualidad liberal y las organizaciones políticas de raíz liberal en la defensa de Durruti, Ascaso y Jover, el propio anarquismo argentino tiene sus puntos de vista divididos: los moderados de "La Protesta" orientados por López Arango y Abad de Santillán dirán en un editorial a fines de 1926: *"La protesta contra la extradición de Ascaso, Durruti y Jover no entra en la égida de la ética anarquista"*. Con esto quedaba palmariamente sellada la guerra a muerte que el decano de la prensa anarquista de nuestro país llevaría contra todo aquel que dentro de la idea libertaria propugnara el asalto, el robo o la falsificación de dinero como medios para llegar al fin revolucionario.

En abril de 1927, el gobierno francés se sobrepone a las amenazas y protestas populares y resuelve confirmar la extradición a la Argentina de los tres españoles. Lo mismo hace la Cámara de Apelaciones de París. Júbilo en la policía argentina.

Todo se ha perdido. Al consignar la noticia, "La Antorcha" se dolerá: *"¡Carne a las fieras, señores gobernantes de la emputecida Francia que trafica con las vidas humanas!"*.

Pero no sólo se la agarran con Francia sino también con la Argentina. Y la misma "Antorcha" dirá de nuestro país: "*Un país bárbaro, incivil, sin garantías individuales o colectivas expuesto a que todos los abusos, todas las violencias de arriba tengan fácil e inmediato asidero en él, eso es la Argentina" Y más adelante: "La Argentina es un país inmensamente estúpido, sin relevante conciencia moral, sin el más mínimo atributo ni sentido de justicia. Aquí sólo hay un infame miedo que gobierna y un aún más infame miedo que obedece. La única garantía es la de la cobardía ambiente, de la memoria ambiente, de la crapulosidad ambiente*."

El ministro argentino en París, Álvarez de Toledo, comunica al gobierno francés que se hará cargo de los detenidos a la brevedad posible y que para ello un buque de guerra argentino arribará a Le Havre. Ni qué decir que la prensa anarquista de Francia y de la Argentina la emprenden contra Álvarez de Toledo y "La Antorcha" le saca los trapitos al sol acusándolo de haber cometido "irregularidades en la administración pública". Acusan a Alvear señalando que ha obtenido de Francia las extradiciones canjeándolas con una mora en el pago de las deudas de guerra que tiene Francia con la Argentina por compra de alimento.

El Comité Pro-Presos Sociales se prepara a defender a los tres

españoles en cuanto pisen territorio argentino. Ese organismo advierte a la opinión pública que el Socorro Rojo Internacional también se atribuye la defensa de Durruti y sus compañeros, cosa que nadie ha autorizado por cuanto los detenidos son anarquistas y nada tienen que ver con los comunistas. Y hace notar a los del Socorro Rojo que mejor harían en defender a los anarquistas presos en Rusia.

La agitación en Buenos Aires por Ascaso, Durruti y Jover es cada vez más intensa y se acopla a la campaña por Sacco y Vanzetti. Alvear se da cuenta de que cuando los tres españoles sean bajados atierra van a ser otro factor de perturbación en un ambiente laboral muy enrarecido como es el de ese 1927. ¿Conviene traerlos? ¿Con qué fin? ¿Solamente para dar satisfacción a la policía? Alvear es más vivo que esos norteamericanos que se han metido en el atolladero de Sacco y Vanzetti y se han ganado las iras de todo el mundo civilizado. ¿Vale la pena traer a los tres "gallegos" para juzgarlos aquí? No, evidentemente no. Ya es suficiente con los problemas que trae Radowitzky en Ushuaia como para meter otro factor irritante y dar nueva oportunidad a los anarquistas para que tiren más bombas, armen más manifestaciones y declaren nuevas huelgas. Alvear sabe que los anarquistas mienten cuando sostienen que Durruti y compañía son tres angelitos que nada hicieron en la Argentina, y que la policía tiene razón en querer cobrarse la muerte de un compañero. Pero, por otra parte, está el hecho de que la detención en Francia se debió a un delito eminentemente político y no común, como el de haber preparado un complot contra el enclenque Alfonso XIII.

Y todo se arregla de manera altamente diplomática: Francia le dará un mes de plazo a la Argentina para que proceda a embarcar a los reos. La Argentina demora la contestación y solicita que como en ese plazo no puede disponer de buque les envíe a los detenidos con escolta de la policía francesa. El gobierno galo se niega a ello y los días van pasando. Entonces se hace aparecer un clima de descontento del gobierno argentino para con el francés: si los presos no vienen es por culpa de Francia. Y viceversa: si los presos no se van es por la desidia del gobierno argentino. Los días pasan y el plazo se cumple. Todos quedan bien sacándoselos de encima: Ascaso, Durruti y Jover son puestos en libertad en París pero inmediatamente expulsados a Bélgica.

Por supuesto, gran jarana entre los anarquistas que lo festejan como gran triunfo. Y no ahorran palabras ni befa: dirá "La Antorcha" en

un artículo titulado *"El Rescate"* que *"la partida empeñada entre el pueblo de Francia y la Argentina y los respectivos gobiernos y policías ha sido resuelta por forzado abandono de éstos, favorablemente a la causa de la libertad y la justicia.*

Encubren los gobiernos su derrota en los acostumbrados pretextos necesarios para salvaguardar la Razón del Estado. El gobierno francés, so capa de aguardar la proyectada legislación sobre la materia, cedió a la opinión pública anulando varias veces la extradición. Y el argentino, temeroso a su vez de afrontar la presión popular del país y del mundo, que no dejaría de manifestarse vigorosamente, no insistió en la demanda, con lo que Ascaso, Durruti y Jover fueron puestos en libertad y ambos gobiernos y policías se dan el aire de no haber sufrido una derrota. Es como en el ajedrez, el abandono del juego ante el jaque mate inminente. Hemos rescatado a tres compañeros nuestros, sobre quienes se cernían amenazas terribles. Una emoción plena y jocunda nos encalabrina el cuerpo en la gloria triunfal de la alegría del reintegro a la acción y la de la derrota reaccionaria. Doble alegría en la que templamos nuestro coraje para proseguir la acción de hoy y de siempre por el rescate de todos los nuestros: Sacco y Vanzetti, Radowitzky… Mientras, los policías en el resquemor de la derrota se preparan, mordiendo iras, a hacernos pagar duramente el primer síntoma de debilidad, nuestra victoria y su fracaso. Esforcémonos en hacerles morder, con sus afiliados dientes de perros espumarajeantes de rabia, más frecuentes derrotas suyas, victorias nuestras, del pueblo".

Durruti y sus compañeros continuarán su lucha en otras tierras, pero no volverán más a la Argentina (aunque en 1933, la policía adrede o por equivocación- los hace aparecer dirigiendo el asalto contra el Banco de Londres en Flores). Pero aunque no volvieron, su influencia en el anarquismo expropiador fue decisiva.

En el asalto a la sucursal del Banco Nación en San Martín habían actuado junto a Durruti dos anarquistas de nuestro medio: Miguel Arcángel Roscigna y Andrés Vásquez Paredes. Y ellos dos iban a ser ahora los protagonistas del más sonado asalto de la década del veinte: el del Hospital Rawson.

¿Cómo se explica que Miguel Arcángel Roscigna, un obrero metalúrgico altamente calificado -era herrero de obra -, apreciado por su patrón debido a su contracción al trabajo, a su cumplimiento, al hecho de no faltar nunca pese a su agitada vida gremial e ideológica, se dedicará al asalto en banda? Tenía un hogar feliz -era muy buen padre- y una casa sencilla pero con todas las comodidades. ¿Entonces?

¿Quién era, cómo era Roscigna? Uno de sus compañeros, Gino Gatti, ha dicho: *"La vida de Miguel Arcángel Roscigna, vista ahora a la distancia, fue un verdadero poema épico, un canto a la solidaridad"*. Emilio Uriondo uno de los anarquistas más consecuentes con su ideología y formado al lado de Roscigna- lo ha calificado como *"el más inteligente de todos los anarquistas de acción, el más desinteresado, un hombre que en la vida burguesa hubiera podido vivir una existencia cómoda y sin sobresaltos, pero que prefirió abandonarlo todo para jugarse por la idea"*.

El mismo Abad de Santillán, enemigo de los expropiadores, nos dijo de Roscigna: *"Era un hombre capaz, inteligente, decidido, generoso, por eso nosotros lamentamos muchísimo cuando se vió envuelto en hechos que lo llevarían a su definitiva perdición"*.

Así como Severino Di Giovanni era un anarquista en el que su ideario estaba por encima de todo y que consideraba enemigo suyo a todo aquel que no fuera anarquista (y más, a todos los anarquistas que no participaban de la acción directa como él la entendía), Roscigna era cerebral y trataba de aprovechar los intereses encontrados de la sociedad para enfrentarlos. Pero en donde Roscigna no transigía era en dos cosas: en el trato con la policía (según ex oficiales de Orden Social, Roscigna, Nicola Recchi y Umberto Lanciotti eran capaces de aguantar cualquier clase de tortura sin doblegarse en ningún instante) y en el trato con los comunistas.

En mayo de 1925, Roscigna publicó un escrito titulado *"Anarquistas incongruentes"* en el que califica duramente a los ácratas italianos que forman parte del Comité Antifascista junto a socialistas, liberales y comunistas: *"No es admisible que en la actualidad quede un solo anarquista militando en la ignorancia de lo que es y de lo que aspira ser el partido comunista. Millares de compañeros muertos, presos y proscritos: he aquí el balance siniestro del gobierno que en Rusia ejerce una dictadura no menos liviana que la del fascismo en Italia"*.

Y más adelante señala: *"¿Es que los compañeros ignoran la tradición de oprobio y la obra nefasta desarrollada por esos malos pastores dentro de las organizaciones obreras rebeldes de este país? ¿Reconocerán acaso la labor de 'bomberos' desarrollada por los comunistas durante el inolvidable episodio de toma de las fábricas en Italia? ¿Ignoran la diaria masacre que, como una reeditada Cronstadt, se abate silenciosa e inexorable sobre todo lo que representa una oposición o simple discusión a las órdenes emanadas de los nuevos amos de Rusia, aun cuando ella la expresen los mismos creadores del*

comunismo que pretenden conservarse en un terreno de honesta consecuencia?". Finaliza pronunciándose contra toda alianza con quienes *"como antítesis de nuestros fines de libertad propagan solamente autoridad"*. Esta línea cerradamente anticomunista de la izquierda combatiente del anarquismo irá cambiando más tarde en un sector- por obra de Horacio Badaraco, un hombre de "La Antorcha", hoy injustamente olvidado.

En julio de 1927, los anarquistas vuelven locos a todos aquellos que tienen algo de norteamericano, por el asunto de Sacco y Vanzetti. Los atentados terroristas se suceden unos a otros. La policía cree que el inspirador de toda la campaña es el italiano Severino Di Giovanni, pero no deja de sospechar de ese otro anarquista de aspecto tan tranquilo que se llama Miguel Arcángel Roscigna. Este, el 24 de julio de ese año comete la torpeza de ir a dormir a su casa, en César Díaz 4585. Allí lo detienen los empleados de investigaciones de Orden Social. Ya saben que no le van a poder probar nada, pero quieren "probarlo un poco". Además, han recibido informes de la policía uruguaya de que Roscigna junto con Emilio Uriondo son los que pusieron la bomba a la legación de Estados Unidos en el Uruguay y los que prepararon un artefacto explosivo dentro de un libro -una verdadera obra de arte bombístico- para enviárselo al director de la cárcel de Ushuaia.

A Roscigna lo tienen varios días en Orden Social. Pero lo único que logran sacarle son mentiras: Dice con cara de inocente que ha abandonado las ideas anarquistas, que su actuación en las luchas obreras son cosas de la juventud pero que ya tiene 36 años y ahora se dedica al estudio de la avicultura porque próximamente instalará un criadero.

Con hombres así, indoblegables, la policía tiene dos salidas: o liquidarlos directamente (ley Bazán) o soltarlos y seguirlos para descubrir la madriguera sorprendiéndolos con las manos en la masa para que así ningún juez los pueda liberar por falta de pruebas.

Los hombres de Orden Social, dedicados a la caza de Di Giovanni no insisten con Roscigna. Grave error para ellos. Les va a dar un terrible dolor de cabeza. Los convertirá en hazmerreír de la población apenas dos meses después.

Cuando la justicia pone en libertad a Roscigna por falta de pruebas, éste cree que ha nacido de nuevo. Pero sabe que es la última. El subcomisario Buzzo se lo ha dicho claramente: "tenés dos

posibilidades: ir a criar gallinas a La Quiaca, meterte en un seminario y estudiar de cura o directamente suicidarte, así nos ahorrás el trabajo, porque la próxima vez que te encontremos en alguna calle de Buenos Aires te baleamos, te ponemos una pistola en la mano con cápsulas servidas y te caratulamos resistencia a la autoridad".

Pero Roscigna tiene otras preocupaciones: el problema de la atención de los presos anarquistas es un desastre, no hay plata que alcance. Por ejemplo se ha tenido que suspender por falta de fondos la vianda diaria que se les mandaba a Caseros y a la penitenciaría y que salía nada menos que cien pesos mensuales por persona. Eso se ha tenido que reducir a una ayuda de 10 a 8 pesos que se da por igual a todos los detenidos anarquistas, sean condenados, encausados o en averiguación en el departamento central. A pesar de esa reducción la sangría es tremenda, puesto que, además, hay que dar ayuda a las familias de los presos y a los fugitivos.

Por otra parte, Roscigna no se conforma con la parte pasiva de ayudar a los que están encanastados sino que lo seduce la liberación de los compañeros presos, así los tengan guardados en el lugar más inexpugnable. Y para todo eso -como ya dijimos- se necesita mucha plata. Si bien Roscigna es un optimista en todo, es hombre práctico; las cosas hay que hacerlas bien, a lo grande.

En ese sentido, al lado de Durruti ha aprendido mucho en los pocos meses en que anduvieron juntos: sí, hay que insistir con las listas de solidaridad haciendo que los obreros den todos sus centavitos disponibles para los compañeros que están entre rejas; eso habitúa a la fraternidad y crea una obligación moral revolucionaria, pero por otro lado hay que actuar y obtener los fondos en actos expropiatorios, sin ninguna clase de miramientos con los que están gozando de la vida mientras otros sufren…

Roscigna quiere preparar algo meticulosamente para que valga la pena hacerlo, es decir, que dé buena ganancia, sin mucho ruido. Para ello, cuenta con su incondicional amigo Andrés Vásquez Paredes, un joven español decidido, de ideas claras, inteligente. Tiene detrás de sí una vida muy activa en la lucha en el sindicato de pintores, experto en la fabricación de bombas, que ha sufrido cárcel por los atentados terroristas de 1921 en la campaña por Radowitzky. El mismo Vásquez Paredes fue quien facilitó la bomba al anarquista alemán Kurt Wilckens

con que mató al teniente coronel Varela. Pero si bien lo tenía a Vásquez Paredes, le faltaba un hombre fundamental: Emilio Uriondo, preso en la cárcel de Punta Carretas en Montevideo, por el atentado contra la legación de Estados Unidos.

La figura de Emilio Uriondo es un mentís para todos aquellos que dicen que el movimiento anarquista en la Argentina fue exclusivamente extranjero. Uriondo es criollo de pura cepa: Emilio Adelmo Uriondo, de los pagos de Magdalena. En él se conjunciona todo lo positivo de nuestro hombre autóctono: noble, que no se echa jamás atrás cuando están en juego los amigos o los principios de la lealtad, de una sola pieza, entero siempre. Pero sobre esa base tiene la viveza del criollo, esa intuición que lo hace ver quien es y quien no es. Su viveza la aplica con la policía, con la autoridad, porque como buen criollo es levantisco, rebelde a ultranza: a él no le gusta que lo manden ni que lo atropellen. ¿Quién les ha dado jinetas a los otros para que lo manden a él? Dios, la única bendición que les ha dado a los hombres es su libertad, palabra sagrada. Él necesita esa libertad porque es respetuoso de la libertad de los demás. Posee esa cultura nata del criollo, es fino, hasta delicado cuando habla, no necesita de palabras gruesas para expresarse. Y es aguantador. Es capaz de resistir cualquier dolor físico: sobre las anchas espaldas de su estampa de paisano bonaerense caerán muchos años de Ushuaia, muchos garrotazos, muchas lluvias y soles en interminables huidas a pie, de noche, por regiones desoladas y por montañas, muchos días de plantones en los interrogatorios de "sillas" con los torniquetes que van aproximando cada vez más las piernas a las manos por la espalda, como se hace hoy en el Congo, y que causa tanto espanto a los cristianos occidentales que miran las radiofotos en los diarios. Y tiene otra cualidad: es estudioso, autodidacta, posee una cultura política como pocos, no hace gala de ella, pero sabe muy bien lo que sostienen Bakunin y Marx, Kropotkin y Engels, Malatesta y Lenin. Y es un convencido de que a la teoría hay que acompañarla con la acción, porque si no, no sirve para nada. Por eso no le hace mella la campaña de los anarquistas intelectuales que se persignan escandalizados ante los hechos de un Di Giovanni o de un Roscigna.

Este Uriondo es el hombre que le falta a Roscigna para dar el golpe deseado, pero está preso. Debe buscar a otros. Necesita hombres de acción, y éstos son pocos. Se decide entonces por los hermanos

Moretti, dos hombres no muy claros en sus ideas pero que se han jugado más de una vez. Han sido protagonistas de la huelga contra la Energina, compañía petrolera. El movimiento de fuerza se originó por los expendedores en los surtidores de nafta que allí hacían "expropiación" de combustible. La empresa los descubrió y los echó. Y vino la solidaridad anarquista en un movimiento pleno de violencias que provocó hasta la polémica dentro del movimiento libertario. Allí surge la figura de Eliseo Rodríguez, anarquista español de perfiles nítidos, del que nos ocuparemos más adelante.

Roscigna tiene sus hombres: Andrés Vásquez Paredes, Vicente Moretti y Antonio Moretti, todos dispuestos a seguirlo a cualquier parte.

El 1º de octubre de 1927, a la entrada del hospital Rawson, en medio de la gente que viene y va, enfermos y familiares, hay tres hombres con vendajes en la cabeza. Posiblemente víctimas de algún accidente. A nadie le llama la atención que estén precisamente allí, en la puerta, tal vez esperando a alguien. Al que esperan es al pagador de los sueldos que debe estar por llegar.

Los tres vendados son Miguel Arcángel Roscigna, Andrés Vásquez Paredes y Antonio Moretti. A treinta metros de allí en dobles faetón espera Vicente Moretti. Roscigna sabe que el asunto va a ser difícil. Sabe que el policía que custodia al pagador es un hombre de gran puntería; ha sido nada menos que campeón de tiro. Por eso es fundamental el factor sorpresa. Roscigna odia el "zafarrancho", es decir, tirar por tirar y que corra sangre innecesaria.

Cuando llega el auto con el pagador y éste baja con la maleta en la mano acompañado por el policía, los tres vendados se les acercan y los amenazan con pistolas. Todo, luego, es rápido y desgraciado. El pagador suelta la maleta, uno de los anarquistas la toma y corre hacia el auto. Los otros dos hacen lo mismo pero uno de ellos, al darse vuelta nota que el policía ha sacado la pistola. En movimiento instintivo le gana de mano y en puntería: mientras corre ve desdibujado como el policía cae. Luego se enterarán por los diarios que se llamaba Francisco Gatto, era agente de la policía de la Capital y que falleció casi en el acto.

El botín ha sido muy bueno: 141.000 pesos. Pero antes de pensar que se va a hacer con esa cantidad nada despreciable, es necesario huir. Porque a pesar de varias pistas falsas, la policía no está muy descaminada. El director de investigaciones, comisario Santiago -gran

amigo de Yrigoyen y viejo enemigo de los anarquistas- ha dicho desde un principio que ésa es obra de anarquistas. Y el primero que detienen es al chofer Dositeo Freijo Carballedo, víctima obligada de todas las investigaciones: cuando ocurre un atentado con bombas o un asalto, al primero que detienen es a ese español que, si bien no es ningún santo, en este caso nada tiene que ver.

Roscigna comprende que ha llegado el momento de dejar Buenos Aires y el país y trasladarse al Uruguay, donde tiene muy buenos amigos. Para eso recurre al andaluz Bustos Duarte, un lanchero del Tigre, incondicional de los anarquistas, quién meses después será quien dará refugio en el Delta a Severino Di Giovanni cuando lo persiga toda la policía.

Bustos Duarte está dispuesto. Con él viajarán en el bote "E pur se muove"- Roscigna y los hermanos Moretti, Vásquez Paredes tomará otro rumbo. Dejarán el automóvil en un garaje de San Fernando que les recomienda otro vecino del Tigre, a quien todos conocen como el "Bebe Castro". Los tres prófugos cruzan el Delta y pasan la noche en un rancho que don Hilario Castro padre del "Bebe"- tiene en Palmira.

Pero el dueño del garaje de San Fernando es un hombre que trabaja a dos puntas. Luego de cobrarles sus buenos pesos para darle refugio al automóvil hace la confidencia a la policía. Se moviliza de inmediato toda la dirección de Investigaciones y de Orden Social. Van al garaje, descubren el auto del asalto, detienen al "Bebe" Castro y se dirigen a la casa del lanchero Bustos Duarte. Este no está, pero sí su esposa, quien, sorprendida responde con pelos y señales a todo lo que le pregunta la policía: reconoce a Roscigna y a los dos Moretti por fotografía, lo mismo que a Vásquez Paredes, agregando que éste no viajó en el bote con su esposo.

Para la policía está todo esclarecido. Solicita la colaboración de las autoridades policiales uruguayas y envía varias comisiones a Colonia, Palmira, Carmelo y Montevideo. Se movilizan todos los medios disponibles para la captura de los autores del asalto al Rawson. Mientras tanto Roscigna y los Moretti, luego de recorrer a caballo los montes cercanos a Palmira han alquilado un automóvil y emprenden viaje a Montevideo. Cuentan con el asesoramiento del "baqueano" Osores, un paisano oriental dispuesto a dejar el pellejo por los anarquistas.

Los comentarios a la prensa de los comisarios argentinos

Santiago y Zavala llenan de optimismo a todos los que esperan la captura de los tres. Les van pisando los talones y el detalle de la persecución sale en los diarios hora por hora; de Palmira se dirigen a La Agraciada, pasan por Drabble, hacia el Norte, llegan a Soriano y siguen hasta Mercedes. De allí toman el camino a Montevideo y pernoctan en Cardona, en un hotelito justo frente a la comisaría. De cada localidad que pasan llegan noticias de testigos. Y todo es reflejado por los diarios. Por ejemplo, "La Prensa" denuncia que en Cardona, en el lugar denominado La Lata, los prófugos estuvieron haciendo ejercicios de tiro. Dice así, en su edición del 16 de octubre de ese año: *"A Roscigna se lo considera el cabecilla de los malhechores, suponiéndose que tiene sobre sus cómplices una influencia moral grande, inspirada en su mayor audacia y decisión, como así también en sus condiciones de tirador diestro y temible, como demostró en la exhibición que hizo delante de algunas personas de La Lata (Cardona), ante las cuales, a una distancia de 30 metros y usando winchester, máuser y revólver, agujereó el fondo de un envase que no tenía más circunferencia que una moneda de plata uruguaya del valor de un peso. Este ejercicio lo encaraba Roscigna desde dos aspectos: como adiestramiento de una condición que le podría ser muy útil en cualquier momento, y como alarde de dominio absoluto en un 'sport'"*.

De San José se salvan por unos minutos apenas de caer en poder de la policía uruguaya que en todo es asesorada por la argentina. Llegan por último a Montevideo y lo primero que hacen es tomar un refresco en el café De Salvo, en avenida Millán y Vilardebó. Allí se despiden del baqueano Osores. Del café se dirigen caminando a la peluquería situada en las cercanías del mercado Agrícola, de la calle José L. Terra, donde se hacen afeitar y luego se pierden en las calles de ese barrio obrero, en que viven muchos ácratas. Esa es la última noticia que se tiene. Luego, pese a todos los esfuerzos, la policía no encontrará ningún rastro más. Todo el optimismo se derrumba. Y los diarios comienzan entonces a criticar duramente a la policía por su falta de rapidez. "Crítica" aprovecha para desatar una cruel burla contra los hombres del comisario Santiago, que dirige la pesquisa. A toda página titula, por ejemplo: *"En todas partes, en el Uruguay y aquí, la policía encuentra automóviles fantasmas"*. Y en un recuadro titulado *"En los dominios de Mark Twain"*: *"Mark Twain nos ha relatado la grotesca aventura de aquellos investigadores que, provistos de una lupa, siguen las huellas de un fugitivo elefante. Abstraídos en la búsqueda, con los ojos fijos en el suelo,*

examinan las marcas que, entre otras tantas del camino, van dejando las plantas del fabuloso paquidermo. De pronto, sus frentes chocan contra una mole imprevista, levantan sus ojos y se encuentran de narices con el elefante, recién perceptible para ellos a pocos milímetros de distancia y gracias a un casual accidente, no obstante su monumental volumen. Algo exactamente es lo que está ocurriendo con nuestra policía -la mejor del mundo -. Por ver mejor, no ven nada y cuando ven algo será porque los otros se dejan descubrir. Si alguna duda existiera sobre la eficacia teórica de nuestros detectives, quedaría desvanecida ante la inefable certeza de sus suposiciones. Pero ya en el terreno propicio, el malhadado, el pertinaz detalle, el minuto perdido, cualquier falla en le tiempo, el espacio o la distancia, pone entre los sabuesos y la presa una desconcertante lejanía. La mente del vodevilista bulevardier más afortunado no podría idear, por cierto, situaciones tan espeluznante y cómicas como las que nos ofrece, cotidianamente, la mejor la policía del mundo, en la más espectacular de las pesquisas".

Con sus ediciones dedicadas al asalto del Rawson y a dar detalles de la persecución de los prófugos en el Uruguay, "Crítica" hace una pingüe ganancia: su tiraje sube constantemente, la gente se devora las crónicas. Hasta pareciera que tomara el partido de los perseguidos, pero no es así. Eso lo sabe bien Roscigna, que comprende muy bien que no es otra cosa que periodismo amarillo: en el fondo "Crítica" azuza a la policía. A los cuatro anarquistas les convendría que nadie hablara de ellos y no salir todos los días en la primera plana del diario más vendido que trae páginas y páginas con dibujos de sus rostros. Pero Roscigna no es hombre de turbarse. Si se tratara de Di Giovanni, por ejemplo, este iría personalmente a la redacción de "Crítica" desafiando todos los peligros y le exigiría al director que terminara con la campaña so pena de meterle cuatro plomos en el cuerpo. Roscigna, no. El va a usar a "Crítica" en lo que pueda. Y le escribe varias cartas, que Botana hace publicar a toda página. En esas cartas que luego también envía Vásquez Paredes- abunda en testimonios, lugares y testigos falsos que desorientan aún más a la policía.

Pasan los días y Santiago, Zavala, Gariboto y todos sus empleados de investigaciones tienen que darse por derrotados y regresar. Sólo les queda esperar y tener confianza en esa insustituible arma de la policía: los confidentes. Esos seres que se encuentran en las capas sociales más variadas: mucamas, porteros, canillitas, choferes, empleados, abogados, médicos, parientes de militares, sacristanes,

mujeres santurronas, prostitutas, rufianes, toda la gama de colaboradores gratuitos que fue la "quinta columna" más eficaz que tuvo la policía para derrotar al anarquismo combatiente.

Pocos acontecimientos han interesado tanto al público en esos años como el asalto al hospital Rawson y la persecución de Roscigna y sus amigos. En el Uruguay el asunto llega al Parlamento y se propone un pedido de informes al Ministerio del Interior por el fracaso de la policía oriental. En nuestro país "La Prensa" echa la culpa de todo a la falta de coraje civil de la gente "de ahora" ya que durante el asalto *"nadie se jugó para impedirlo o capturar a los delincuentes"*. Y por supuesto un hecho de tal trascendencia llega al seno del anarquismo: mientras "La Protesta" toma distancia del asunto y *"de los Roscigna y de los Moretti"* -con la firma de Abad de Santillán- exhortando a los anarquistas *"a poner fin; aislar ese foco de perversión y de desviación de las ideas y los métodos de lucha; el anarcobanditismo es desgraciadamente una verdadera plaga"*: el otro periódico, "La Antorcha", que dirige González Pacheco dirá que todo es una patraña policial y que ni Roscigna, ni Vásquez Paredes, ni los Moretti tienen nada que ver con el asalto al Rawson. Para González Pacheco todo no es nada más que *"un siniestro propósito reaccionario, un complot policiaco contra el anarquismo militante"*, *"hay un siniestro móvil en todo esto, y tras él, un personaje igualmente siniestro: el policía Santiago. Hecho a una vida de infamias, este nuevo inductor de persecuciones y violencias contra el anarquismo cree factible jugarse la última carta en contra nuestra en tal forma. Va mal y ha equivocado el camino. No es por estos medios como se podrá desvincular del contacto de las clases trabajadoras a un movimiento que ha surgido de su seno y es el único horizonte moral en esta hora del mundo. Lo que no ha vencido ni la violencia, ni el terror, ni la muerte, tampoco podrá hacerlo un siniestro y a la vez burdo complot policiaco"*.

Y después en clara respuesta a los hombres de "La Protesta"-, el mismo González Pacheco tomará posición con respecto a los anarcos-bandidos: *"¿Son buenos los delincuentes o son malos…? ¿Qué puede importarnos eso a nosotros, compañeros…? Esta duda que debía plantearse al juez, y que nunca se plantea, tiene que ser superada por nosotros, absorbida en la llama pasional de nuestras vindicaciones: son víctimas. Sin caer en sensiblerías frente a los que hacen ilegalismo, podemos afirmar que son siempre mejores que los que lo castigan. ¿Tablas para valorizarlos…? Si alguna podría aplicarse, debía ser ésta: el llamado delincuente es más humano que el vigilante, éste menos perro que el comisario, este todavía menos bestia que su jefe y, en fin,*

este último nunca tan canalla como el presidente de la República o el rey del reino.

El que encarna el poder encarna el daño. Los demás son simples grados, eslabones de una cadena que termina en una argolla que aprieta el cuello del que cayó más abajo. Este hace el gasto de la bacanal de sangre y lágrimas en que los se ahítan, con su miserable vida aherrojada. Esta es la víctima; pero no sólo de la pena que le infligen los perversos, sino también de aquellos "hombres honestos" que no han deshonrado en ellos toda legalidad. Esta es la palinodia que hay que cantar frente a los delincuentes. Todo puritano, aunque se diga anarquista, es en el fondo un legalitario; como toda mujer que se envanece de la castidad de su alma es en el fondo una burguesa. Su capital de virtud, como el del burgués está hecho de las desventuras de sus hermanas. El delincuente es un despojado de su honradez; la prostituta es una desposeída de su amor virtuoso. Un anarquista frente a ellos nunca puede preguntarse si son buenos o malos, sino atraerlos al foco de sus reivindicaciones contra los burgueses y contra las burguesas. Reparto y reparto de todo. Menos virtudes legales; más militancia anarquista."

Roscigna, con el dinero del Rawson además de emplearlo para tareas de solidaridad con su causa- financiará falsificaciones de dinero argentino. La falsificación de dinero fue algo que subyugó a los anarquistas expropiadores que actuaron en la Argentina. Roscigna creía firmemente que a través del dinero falso se podía derrotar a la burguesía. Para ello contaba con una figura de ribetes novelescos: el alemán Erwin Polke, un técnico hasta ahora insuperado en el arte de la imitación gráfica. Polke era un hombre silencioso -anarquista individualista, gran lector del teórico Max Stirner- y solitario que vibraba solamente cuando le proponían alguna nueva falsificación. Jamás pidió participación alguna, se conformaba con poco y vivía como un monje. La única ganancia que obtuvo en su vida fue la cárcel, donde consumó una hazaña delictiva todavía insuperada: en la prisión de Punta Carretas, en Montevideo, llevó a cabo una de las falsificaciones de moneda argentina más notables. Para ello contó con la ayuda de un discípulo bastante hábil y descabellado: Fernando Gabrielesky.

Pero el capítulo de las falsificaciones tiene un lugar aparte de la expropiación violenta que estudiamos hoy. Digamos entonces que nuestro conocido Rosigna debió permanecer por un tiempo en Montevideo. Sabía que regresar a Buenos Aires era esperar en cada esquina la pena de muerte. La policía argentina, en especial

Investigaciones y Orden Social, iba a cobrarse bien el fracaso de la captura de Durruti, la muerte del agente Gatto en el hospital Rawson y el papelón de la persecución de Palmira a Montevideo.

El 11 de febrero de 1928, recobra la libertad en Montevideo Emilio Uriondo, acusado de poner una bomba en la legación de Estados Unidos en Montevideo. Roscigna y Uriondo se opondrán decididamente a un plan que han elaborado los dos Moretti junto a tres anarquistas catalanes.

Antonio y Vicente Moretti a los pocos meses del asalto al Rawson han hecho venir a Montevideo a sus compañeras e hijos y se han instalado en los altos de una casa de la calle Rousseau de Villa de la Unión. Allí viven una vida llena de estrecheces ya que subsisten del producto de la venta ambulante de corbatas.

En cuanto a los tres catalanes, son tres muchachos jóvenes del grupo Durruti a quién este les aconsejó alejarse de España por estar muy comprometidos. Sobre ellos pesa la pena de muerte. Son autores de más de cien atentados con bombas en Barcelona y son perseguidos por la policía militar por hacer propaganda anarquista en los cuarteles, lesiones graves a un general, dos coroneles y varios oficiales y haber huido de una prisión militar. Se llaman Tadeo Peña, Pedro Boadas Rivas y Agustín García Capdevilla. Han venido "recomendados" a Roscigna por Durruti. Y traen la invitación "especial" de Durruti para Roscigna, de trasladarse a Europa porque lo necesita como hombre de planeamiento de acción. Pero Roscigna no aceptará: le contestará a Durruti que lo disculpe pero que la lucha en la Argentina lo atrae demasiado como para poder abandonarla.

Los tres catalanes son muchachos inquietos, dispuestos a la acción: les queman las armas que llevan encima y no pueden "esperar" como les recomienda Roscigna. Para éste, cualquier acción "expropiadora" en el Uruguay es contraproducente. Ahora hay tranquilidad y desde allí se puede ayudar mucho a los prófugos de la Argentina. Además, está en pleno apogeo la campaña por la libertad de Radowitzky que tiene gran eco popular y no hay que empeñar el nombre de anarquista con hechos que tal vez puedan ser impopulares en ese preciso momento.

Pero los Moretti y los tres gallegos se lanzan por su cuenta y realizan un asalto que significa un verdadero "zafarrancho", y que a la postre resultaría la tragedia final de Roscigna.

El asalto a la casa de cambios Messina fue “a la Bonnot”. Es decir, no sólo la búsqueda del botín sino también soliviantar la tranquilidad burguesa con un verdadero acto de terror. Entraron tirando a diestro y siniestro y cubrieron su retirada descargando contra todo bulto que se meneara. Resultado: se llevan cuatro mil pesos uruguayos y hay tres muertos y tres heridos. Los muertos son el agenciero Carmelo Gorga, conocido hombre del turf oriental, el empleado Dedeo y el chofer de taxi Fernández, quien se negó a llevar a los asaltantes. El hecho tiene una trascendencia tremenda porque ocurre a pocos metros de la propia casa de Gobierno.

Como durante el asalto a los tres catalanes se les escapan algunas palabras en su rancia lengua española, la policía uruguaya colige que otra vez andan merodeando Durruti, los Ascaso y Jover Cortés. Para eso pide antecedentes en Francia. Pero también hacen grandes redadas de anarquistas: esta vez la policía tiene que hacer algo, todos los diarios lo exigen. El alma de la investigación es el famoso comisario Pardeiro, que tiene la misma fama que Velar en Rosario o Habiage en Avellaneda, es decir, que aplica los métodos que luego servirán para calificar a Leopoldo Lugones (hijo) y que llevarán a lo que es conocido como la “ley Bazán”.

Por una confidencia, Pardeiro llega a saber que el grupo asaltante del agenciero Messina se encontraría en los altos de la casa Rousseau 41 de Villa la Unión. Y no le han informado mal. A las 4 de la madrugada del viernes 9 de noviembre de 1928 es decir, a 15 días del asalto- 300 hombres del ejército uruguayo y de la policía, armados con ametralladoras y armas largas y con el apoyo de 50 bomberos con toda clase de escaleras se aprestan a tomar por asalto la casa. Le cortan la corriente eléctrica y llevan reflectores. El despliegue es tan perfecto que cuando los habitantes de la casa se despiertan ven por lo menos diez cabezas en cada ventana, apuntándolos.

Adentro están Antonio y Vicente Moretti y los tres catalanes. Pero también se encuentras Pura Ruiz y Dolores Rom, mujeres de los Moretti y dos niños de corta edad. Los anarquistas viendo que cualquier intento de resistencia supondría también la muerte de sus familiares, se rinden. Pero antes de hacerlo, Antonio Moretti toma una resolución extrema. No se entrega: levanta las manos, lleva su arma a la sien derecha y se suicida. Ya antes había expresado a su hermano que no caería jamás vivo en manos de la policía.

El comisario Pardeiro que es felicitado por el propio jefe de policía de Buenos Aires, el yrigoyenista Graneros, va a hacer todo lo humanamente posible para que Vicente Moretti largue el paradero de Roscigna. Pero aquél, aunque está muy deprimido por el suicidio de su hermano, sabe aguantárselas y en sus declaraciones puede leerse: *"si bien conozco a Roscigna no lo veo desde hace algún tiempo: él no tiene nada que ver con el asalto al Rawson ni con el asalto de Messina"*. Agrega que lo único que sabe es que Roscigna *"vivió durante 8 meses en una casa de Playa Malvin, honestamente"*.

Pero, el dueño de la casa de la calle Rousseau dice que dos noches antes vio entrar a Roscigna quien conversó con los Moretti y los catalanes. Quiere decir que el hombre que más interesa a Pardeiro está en Montevideo. Y prosigue la persecución. Ahora está entre la espada y la pared. Ya no queda refugio seguro. Y, mientras Emilio Uriondo se dirige al Brasil, Rosigna regresa a la Argentina.

Los dos han decidido volver para liberar a sus compañeros presos en la cárcel de Punta Carretas, el penal de Montevideo. Pero para llevar a a cabo esa operación tan difícil necesitan mucho dinero. Y están dispuestos a lograrlo por el único medio que pueden por su calidad de perseguidos: la "expropiación por medio de la violencia".

Roscigna cumplirá con su palabra y preparará la fuga de presos de Punta Carretas que, como todo acto que cometían los anarquistas tenía algo de novelesco, de inverosímil, de burlona ironía, de romántica aventura.

En la Argentina, mientras tanto, actuarán grupos anarquistas expropiadores muy importantes que tendrán breve actuación pero intensa y sin pausa.

Son años verdaderamente violentos, principalmente el último del gobierno de Alvear, los dos de Yrigoyen, los de Uriburu y los primeros de Justo. Todos aquellos que señalaban que el anarquismo violento había crecido debido a la pasividad de Yrigoyen se dieron cuenta de que estaban equivocados pues con Uriburu a pesar de los fusilamientos y de la tremenda represión los anarquistas siguieron saliendo a las calles, jugándoselas, metiéndose cada vez más en un callejón sin salida, perdiendo uno a uno a sus hombres.

Roscigna participará en febrero de 1929 en el asalto de los establecimientos Kloeckner y en octubre de 1930, en plena represión uriburista, junto con Severino Di Giovanni, en el atraco al pagador de

Obras Sanitarias, en Palermo. El botín, nada menos que 286.000 pesos, es empleado en un setenta por ciento para la ayuda de compañeros presos, gran parte de lo cual llevan Miguel Arcángel Roscigna y José Manuel Paz (un anarquista español a quien sus compañeros conocen con el mote de “el capitán”) a Montevideo para financiar una obra que ya ha comenzado.

En efecto, en agosto de 1929, un matrimonio italiano con su pequeña hija ha llegado a Montevideo procedente de Buenos Aires para instalarse allí. Dicen ser comerciantes y compran un terreno en la calle Solano García justo enfrente de la cárcel Punta Carretas. La policía averigua enseguida de quién se trata por cuanto se tiene especial precaución con los vecinos del penal. Pero está todo en regla: el nuevo vecino se llama Gino Gatti y piensa instalarse en un comercio de carbonería. Al poco tiempo se ha levantado una especie de galpón tinglado con vivienda que exhibe un cartel: “Carbonería El Buen Trato: venta de carbón de leña y piedra”.

El matrimonio Gatti es muy afable con todos los nuevos clientes. Él es muy correcto y gana la simpatía de los vecinos. Se lo ve salir todos los días, con el carro que le compró al antiguo carbonero Benjamín Dominici, a repartir las bolsas. Pero en las primeras semanas de marzo de 1931, los vecinos se enteran, que a pesar de que el negocio de carbonería marcha bien, el matrimonio Gatti ha decidido dejarlo para regresar a la Argentina. Todos lo lamentan y el carbonero Gatti se despide con su amable sonrisa de siempre. Pasan los días y, precisamente el 18 de marzo por la tarde un guardiacárcel de la prisión de Punta Carretas observa atentamente a los reclusos que gozan de su corto recreo diario en el patio. Tiene la sensación de que algo inusitado está ocurriendo pero no puede decir qué es. Se le ha dado la instrucción precisa de que vigile expresamente al alemán Erwin Polke, pero éste está jugando allí, en el medio del patio, al ajedrez. Tal vez eso mismo es lo extraño: pareciera que Polke se hubiera situado allí para que la atención de los guardias se volcara sobre él.

Minutos después se oyen gritos exteriores, pitadas y sirenas. Los gritos parten de vecinos de la carbonería “El buen trato”. Es que han visto salir a unos cuantos desconocidos por los fondos y han creído que se trata de ladrones que están desvalijando la ex carbonería de Gatti. Se agolpan enseguida policías y guardiacárceles y rodean el terreno. Es cuando aparecen dos nuevos desconocidos por la puerta del fondo, y al

verse rodeados, tratan de meterse de nuevo en el local. Pero ya es tarde. Los aprehenden y cuál no es la sorpresa de los guardiacárceles presentes al reconocer que se trata de dos penados de Punta Carretas, uno de ellos Aurelio Rom, anarquista, cuñado de Antonio Moretti. Al entrar en el local, la policía se encuentra con algo inusitado: un profundo pozo perfectamente iluminado que pareciera ir al centro de la tierra: es un cuadrado de dos por dos apuntalado con madera. Se baja con una escalerilla hasta cuatro metros de profundidad. De allí comienza un túnel de 50 metros de largo. "Es una obra técnicamente perfecta" dirán luego los ingenieros de la policía. Por él, una persona de mediana estatura puede caminar con absoluta comodidad, está realizado en forma de bóveda y tiene iluminación eléctrica, lo mismo que caños para su ventilación desde el exterior. Además cada veinte metros hay una campanilla eléctrica por la que se emiten señales desde la entrada.

La salida del túnel perfectamente calculada da a un baño del pabellón de la cárcel donde estaban los anarquistas.

Los realizadores del túnel son además de Gino Gatti, a quien desde entonces se lo llamará siempre "el ingeniero", Miguel Arcángel Roscigna, Andrés Vázquez Paredes, el "capitán" Paz y Fernando Malvicini (un anarquista rosarino, integrante del grupo de Severino Di Giovanni hasta el fusilamiento de este ocurrido dos meses antes en la Penitenciaría). El momento culminante fue, sin duda, el instante en que debían dar el último toque y hacer la salida en el baño de la prisión. Para ello, la noche anterior habían llegado a apenas 50 centímetros de la salida, y así lo dejaron, apuntalando el piso del baño y esa delgada capa de tierra con un gato de chata, es decir, esos poderosos artefactos que servían para colocar debajo de los pasados carros para cambiar ruedas. Cuando legó la hora del recreo de los presos, Roscigna y sus compañeros desde adentro del túnel, con el mismo gato de chata levantaron el piso del baño. En la cárcel los únicos que estaban enterados eran Vicente Moretti, su cuñado y los tres anarquistas catalanes presos desde el asalto a la casa Messina. El primero en ir al baño fue Moretti, quién se encontró no sólo con el agujero sino también con la escalerilla para bajar. Luego salieron los tres catalanes y detrás de ellos cinco presos comunes que aprovecharon la bolada. Nueve en total. Cuando se dispuso a salir Rom y otro preso común, fueron apresados.

Tres eran los coches que esperaban a los prófugos en la calle que daba a los fondos de la carbonería. De allí huyeron sin dejar rastros.

Roscigna había cumplido con su palabra: liberar a sus compañeros. Pero esa fuga de presos que tan perfectamente sincronizada había sido realizada y en la que no fue necesario gastar ni una bala, iba a ser la causa de la definitiva perdición de Miguel Arcángel Roscigna.

Apenas 9 días de libertad iba a gozar Vicente Salvador Moretti, y para peor, con él caerán sus liberadores.

Luego de pasar la noche en la casa del anarquista Germinal Reveira, en la calle Legionarios 2326, Moretti y los tres anarquistas catalanes toman distintos caminos. A Moretti lo espera Roscigna en un escondite que considera seguro: una casa en la calle Curupí, próxima a la avenida Flores, frente al hipódromo de Maroñas. En la habitación de delante de esa casa está instalado el comité del Partido Colorado Radical uruguayo. A ellos, el dueño de la casa, Roberto Dassore, les ha alquilado el último cuarto del fondo. Es un lugar ideal del cual pueden salir y entrar porque siempre hay mucha gente y su presencia pasa inadvertida.

Todas las mañanas, Roscigna sale a comprar el diario. A él le gusta siempre cambiar opiniones con la gente de la calle: para despistar ha cambiado su atuendo por ropas humildes: usa saco pijama y un pantalón barato, alpargatas y gorra. Cada vez que llega a comprar el diario, Roscigna le dice al canillita: *"Deme el pasquín burgués que habla de los asaltantes"*. Y se queda conversando con él. Esa forma de pedir el diario le llama la atención al vendedor de diarios que, ni corto ni perezoso se lo cuenta al comisario seccional. Este, al día siguiente destaca a dos empleados de investigaciones a esa esquina para ver de qué tipo se trata. Pero ese día no vendrá Roscigna. Otra circunstancia ganará de mano a la alcahuetería del canillita.

El 27 de marzo de 1931 anda la perrera por la calle Curupí: una simple jaula en un carro donde amontonan a todos los cuzcos sin dueño. El cazador de perros, armado de un lazo, es un ex- penado, José Sosa, que ha pasado varios meses en Punta Carretas por carterista y canflinflero. Ahí, frente al comité de los colorados radicales hay un miserable lanudo que no se deja atrapar y se mete en el caserón. El perrero Sosa se mete detrás de él. En el ancho patio está Vicente Moretti tomando mate y gozando del fresco de la mañana. Ante la imprevista aparición del perrero, Moretti se sorprende primero y después le grita: "Deje tranquilo al pichicho, amigo". Sosa simula protestar y se va con

las manos vacías pero contentísimo: acaba de identificar a Moretti, el evadido de Punta Carretas. Él lo conoce muy bien porque estuvo preso en el mismo pabellón. Y por eso deja el carro con los perros como está y corre a la comisaría. Allí, casi sin aliento el perrero habla de su gran descubrimiento: "¡es Moretti! ¡yo lo conozco bien!".

Los uruguayos son gente precavida: hasta concentran piquetes del 4 de Caballería del Ejército Oriental para tomar la casa de la calle Curupí. Pero no es necesario. Cuando a la casa entran 53 policías con armas largas encuentran a Moretti leyendo en el patio, ignorante de lo que ocurría. En ese ínterin, sale de su cuarto Roscigna. No está armado y ve que le apuntan. En un primer instante no sabe como reaccionar. El momento de la captura es un tema que se conversa siempre entre los anarquistas acosados por la policía. Y Roscigna solía repetir a sus compañeros las distintas reacciones en el momento de la muerte, que tuvieron dos anarquistas rusos en el patíbulo: el campesino Gabriel Michailoff y el estudiante Rissakoff, los dos autores del atentado contra Alejandro, zar de todas las Rusias. Michailoff era un campesino de 21 años, enorme como un oso, de larga cabellera y penetrantes ojos azules. Lo trajeron a la plaza Simeón para ahorcarlo delante de todo el pueblo. En medio del silencio de hombres y mujeres que habían concurrido hasta con sus hijos para ver el espectáculo, el verdugo levantó el lazo de la horca para ponérselo en el cuello, y el oso Michailoff con absoluta tranquilidad levanto la mandíbula como ofreciéndole caballerescamente su garganta. Pero ocurrió lo increíble.

Cuando el verdugo hizo funcionar el mecanismo y el pesado cuerpo del campesino cayó en el vacío, se rompió la cuerda y Michailoff se vino abajo. Pero se levanto, con el cogote medio dislocado y el cuello casi reventado por el que se le escapaba sangre para afuera y para adentro, y nuevamente, con toda dignidad volvió a ofrecer su garganta para la segunda cuerda. Pero no había caso, no eran cuerdas para el peso de Michailoff; nuevamente se rompió como un hilo de coser. El hijo de la estepa hizo un esfuerzo sobrehumano para levantarse nuevamente pero quedó en cuatro patas, cegado por la sangre que le llenaba los ojos, y respirando por medio de ronquidos por los borbotones que le estaban llenando los pulmones. Ocho hijos de campesinos como Michailoff pero con uniforme lo arrastraron como pudieron y medio sentado medio en cuclillas, le pusieron la tercera cuerda que esta vez sí, quedó soberana, tensa con su carga que pegaba sacudones como un gallo con el cuello retorcido.

El espectáculo iba atener su gran final con el estudiante Rissakoff. A éste lo trajeron bien atado con cuerdas que parecían haber cortado la circulación de sus largas manos, tan pálidas aparecían. Todo en él era palidez y en su cara se reflejaba el hambre de los estudiantes pobres de Rusia. Pero él no ofreció el cuello como Michailoff. Al contrario, comenzó una desesperada resistencia y pasó al ataque. No tenía otra cosa con que atacar que sus dientes y empezó una danza alocada, cómica, tratando de alcanzar con sus mandíbulas a todas las manos de los carceleros que procuraban sofrenarlo. Era imparable, parecía un lobo escuálido defendiéndose de una jauría de perros. Hasta que el más vivo de los policías dio el golpe maestro: lo agarró de los pelos y con otro que lo agarró de los pies lo tiraron al suelo donde le rompieron la cadera a patadas. Lo dieron vuelta y después, lo levantaron todo descangayado, como una cucaracha que le han pisado el abdomen y lo colgaron. Algunos les pareció que todavía en el último estertor, el estudiante Rissakoff seguía pegando dentelladas.

Roscigna tenía delante de él las armas que lo apuntaban y él mismo estaba desarmado: ¿valía la pena hacer lo de Rissakoff, intentar una resistencia inútil? Esto ya lo había probado Severino Di Giovanni dos meses antes. ¿O hacer lo de Michailoff? ¿Ofrecer elegantemente el cuello y quedar a la merced de ellos? Se decidió por esto último. Sabía que sería entregado a la policía argentina. Con él caen Vásquez Paredes, Malvicini y el "capitán" Paz.

La detención de Roscigna fue anunciada con toques de sirena por los diarios uruguayos. La policía oriental, no sabiendo que hacer para demostrar su hazaña los expuso a los cuatro: Roscigna, el "capitán" Paz, Malvicini, y Moretti en el patio de la jefatura, sentados en sillas, con las manos esposadas a la espalda. Todo el periodismo rioplatense se dio cita para mirar a los anarquistas. A Roscigna, que es corto de vista, le han quitado los anteojos. Cuando los periodistas le hacen preguntas, responde con deferencia y tranquilidad, con frases cortas. Pero donde se extiende es cuando habla de la policía, con profundo desprecio. Dice que son ***"los sirvientes mal pagados de los explotadores y los burócratas del poder"***. A manera de explicación de su modo de vida dice que ***"alguna vez se hará justicia a los anarquistas y a sus métodos: nosotros no tenemos a nadie que nos financie nuestras actividades, como la policía es financiada por el Estado, la Iglesia tiene sus fondos propios, o el comunismo tiene una potencia extranjera***

detrás. Por eso, para hacer una revolución, tenemos que tomar los medios saliendo a la calle, a dar la cara".

Con una celeridad pasmosa, a las pocas horas de la noticia de Roscigna llega el pedido de extradición por parte de la cancillería argentina. Es el comisario Fernández Bazán que ha hecho apurar las cosas y hay un Ministro del Interior don Matías Sánchez Sorondo que en ese sentido responde de inmediato por que siente una singular alergia por todo lo que sea anarquista, más todavía que por lo radical o yrigoyenista. Fernández Bazán, con su modo práctico de ver las cosas, sabe que gente como Roscigna no se cura más. Por más cárcel que le metan, así lo pongan bajo diez cerrojos siempre va a ser un peligro constante. A grandes males, grandes remedios. Valga el ejemplo de Di Giovanni, cuatro tiros y a otra cosa. Muchos años van a pasar hasta que nazca otro Di Giovanni. Mientras tanto, paz y tranquilidad.

Por su parte, Roscigna sabe que está en una situación muy difícil. Que si se accede a la extradición será entregado atado de pies y manos a la dictadura de Uriburu que lo fusilará sin remedio si llega a pasar el puerto. Él sabe bien los recursos que se gastan allí: se lo recibe bajo acta, muy ceremoniosos, y cinco metros más adelante *"el sujeto trató de resistirse quitando el arma a uno de sus custodios por lo que tuvo que ser muerto"*.

Así como a Roscigna no le tiembla la mano en el momento de actuar, sabe que enfrente, a Fernández Bazán tampoco le tiembla la mano. El anarquista piensa y encuentra una salida: se acusa ante los uruguayos de ser el autor de la evasión de presos de Punta Carretas y de haber robado tres automóviles para la huida de estos. Lo mismo harán Malvicini, el "capitán" Paz y Vásquez Paredes. Mientras dure el juicio no podrán ser remitidos a la Argentina. La justicia uruguaya los condenará a seis años de prisión. Lograrán así prolongar sus vidas por seis años. Pero más no. A Fernández Bazán no se le escapará la presa.

El anarquismo expropiados en la Argentina como vemos dio figuras muy singulares con personalidad propia. No está en discusión aquí la justicia, el delito de su acción. Eso ya lo ha juzgado la sociedad en que vivimos.

Dentro de ese medio, de ese sentido de mirar las cosas, personalidades con características propias en el anarquismo expropiador fueron, sin lugar a dudas Severino Di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna, Buenaventura Durruti y Andrés Vásquez Paredes,

Emilio Uriondo y Juan del Piano, Eliseo Rodríguez y Juan Antonio Morán, Gabriel Argüelles y Gino Gatti, y muchos otros.

Los anarquistas expropiadores en esa breve década de la violencia en la que actuaron fueron encerrándose en un círculo cada vez más estrecho que, visto desde la perspectiva de hoy, aparece como un esfuerzo vano, como un sacrificio inútil, con una violencia que sirvió más para destruirse a sí mismos que para hacer triunfar la idea: practicaron el asalto y la circulación de moneda falsa para atender las necesidades de su movimiento, para liberar a sus presos, para atender a las familias de los perseguidos; pero en esos asaltos y falsificaciones caía más de uno preso (cuando no era muerto) y entonces los que quedaban tenían que volver a recorrer el círculo sin salida, y de ahí en más. Salvo casos excepcionales que ya veremos contra todo lo que puedan afirmar las crónicas policiales o los anarquistas intelectuales o sindicalistas puros de aquella época, ninguno de ellos aprovechó para sí mismo el producto de lo "expropiado": los que no fueron muertos y pudieron sobrevivir la dura cárcel de Ushuaia volvieron a trabajar en sus antiguos oficios, unos como albañiles, otros como obreros textiles, otros mecánicos, cumpliendo rudas horas de labor pese a sus años. Es decir, lo que puede estar equivocado es el ideal abrazado por ellos y el método elegido pero no su honestidad en seguir hasta sus últimas consecuencias.

En ese círculo de actividades que iba cerrándose poco a poco tuvo vital importancia lo que ellos llamaron "vindicaciones". Los anarquistas expropiadores la llevaron a cabo contra sus enemigos naturales: los policías. Eliminaron así al comisario Pardeiro de un certero balazo en la cabeza, en un atentado que llegó a conmover a Montevideo (el hecho, decidido por Miguel Arcángel Roscigna, fue ejecutado por Armando Guidot y por Bruno Antonelli Dellabella), y desfiguraron para toda la vida de un trabucazo en la cara, al famoso "vasco" Velar, comisario especializado en la caza de anarquistas (el hecho fue decidido por Severino Di Giovanni y Miguel Arcángel Roscigna y realizado por Roscigna y Paulino Scarfó según los anarquistas o por Di Giovanni y Scarfó según la propia víctima). Esos dos casos fueron de los más famosos de una serie de venganzas contra policías. El más espectacular fue el atentado contra el mayor del Ejército José W. Rosasco, nombrado por el presidente Uriburu "interventor policial de Avellaneda" después de la revolución del 6 de septiembre de 1930 que derribó a Yrigoyen.

Por eso el teniente general Uriburu sabe lo que hace cuando nombra al mayor Rosasco con el insólito título de “interventor policial de Avellaneda”. Porque es Avellaneda, la zona esencialmente industrial y obrera, donde los anarquistas tienen sentados sus reales. ¡De allí vienen las huelgas, de allí viene todo! Por eso Uriburu le dice a Rosasco: hay que limpiar Avellaneda.

El mayor Rosasco hace su entrada en Avellaneda atando a dos chorritos, que lloran por su madre, a un banco de plaza y los hace fusilar. Y Rosasco está allí, presenciando, porque no es hombre de aflojadas, y cuando esa sangre de charco comienza a chorrear por el cuerpo de los punguistas, Rosasco, se refriega las palmas como para limpiarse de esa carroña que no merece vivir, y a otra cosa.

Rosasco no va a limpiar Avellaneda de las timbas y lugares de juego que monopolizan caudillejos conservadores de barrio sino solamente a sanear el aspecto gremial. En ese sentido cumple. Cuando Rosasco se pega una ducha, se pone los breeches, se calza las votas relucientes, se viste la chaqueta con las insignias de mayor, se pone la gorra, pega una rápida mirada al espejo y sale… ¡A temblar anarquistas! Hace unas redadas fabulosas: los celulares se amontonan en la entrada de la primera de Avellaneda y de allí los van bajando a empujones porque siempre son retobados: gallegos, catalanes, tanos, polacos, búlgaros y hasta un grupo de alemanes que han constituido una sociedad vegetariana, a los cuales no les tiene ninguna confianza.

Cada vez que explota una bomba en Avellaneda, nueva redada. Los tiene locos. Y cuando Rosasco quiere que canten, cantan. Aplica métodos infalibles. Allí en Avellaneda no hay jueces ni abogados que valgan. Los intereses de la Patria están por encima de la Constitución y eso que los liberales llaman las garantías individuales. Extranjero anarquista que agarra Rosasco no pisa más suelo argentino: Se lo manda a Sánchez Sorondo que le aplica la 4144, la ley de residencia. Y argentino anarquista que cae en sus manos va directamente por transporte naval a Ushuaia. Y por supuesto, Rosasco siempre juega con la pena de muerte instaurada por los hombres de septiembre: fusilamiento a quien se resista, fusilamiento a quien es sorprendido in fraganti.

Pero este apóstol de la fuerza y del terrorismo de Estado encontrará en la vereda de enfrente a otro que también emplea la violencia como método.

Se llama Juan Antonio Morán, marinero timonel de profesión, bien criollo, de Rosario, y esencialmente anarquista, de la punta de los pelos a los pies. La figura de Juan Antonio Morán es de perfiles nítidos. Con Uriondo hacen desmentir la afirmación de que el anarquismo activo en la Argentina fue protagonizado solo por extranjeros. Morán llega a ser dos veces secretario general de la Federación Obrera Marítima, en su tiempo tal vez la organización obrera más poderosa. Morán dirigió huelgas portuarias que se caracterizaron por su singular violencia.

Era el prototipo del dirigente anarquista de acción: no es de esos directivos que publican solicitadas en los diarios. Cuando es huelga es huelga y no admite carneros ni crumiros pero no manda a piquetes de huelga y se queda en el sindicato, no, sale él mismo a recorrer el puerto, y cuando sale se calza la pistola. Cuando los marítimos remisos en cumplir órdenes lo ven aparecer, dejan el trabajo de inmediato. Y si no bajan, los baja Morán. En una oportunidad, en un barco en la Boca, Morán ve desde abajo que hay un "carnero" trabajando. Saca la pistola, le apunta apenas encima de la cabeza y tira. El argumento es suficiente. El "carnero" baja y desaparece a la carrera.

El 12 de octubre de 1928, Morán se verá envuelto en un hecho gravísimo. Hay huelga. La Mihanovich emplea todos los medios para vencer a la Federación Obrera Marítima. Recluta "obreros libres" que son protegidos por cuadrillas de la Liga Patriótica de Carlés y por elementos de choque, muchos de ellos traídos del Paraguay. Los incidentes portuarios se suceden hora tras hora. El día indicado, por la tarde, Juan Antonio Morán está en la sede sindical, cuando dos marineros le avisan que en el bar de Pedro de Mendoza y Brandsen están los hombres de Mihanovich -hay mas de 30- capitaneados por los paraguayos Luciano Colman y Pablo Bogado. Y que Colman acaba de decir: *"lo estamos buscando a Morán para matarlo"*.

Morán oye en silencio el relato de los marineros y no dice nada. Segundos después va a la puerta del sindicato y cambia dos o tres palabras con el agente que en la esquina vigila la entrada de los marítimos. Cuando el agente se da vuelta, Morán se desliza sin ser visto y minutos después aparece en el bar donde está la gente de Mihanovich y va directamente adonde está Colman y le dice: *"sé que me andás buscando para matarme, aquí estoy, soy Morán"*. Ahí nomás comienza el tiroteo. Se intercambian más de 30 balazos. Cuando reina de nuevo el

silencio y la gente tirada debajo de las mesas y detrás del mostrador van levantando las cabezas se ven los resultados: Colman, muerto; Bogado, herido grave.

Cuando el agente de custodia en el sindicato oye los tiros, corre hacia el lugar del tiroteo. Morán vuelve a la sede sin ser visto y continúa su trabajo. El herido Bogado denunciará que el autor de la muerte de Colman ha sido Morán. La policía va a buscarlo y lo detiene. Pero la justicia no encontrará ningún testigo que lo acuse. Por eso, meses después saldrá en libertad.

Como hombre de acción, Morán buscó a los hombres de acción dentro del anarquismo y fue así como conoció a Severino Di Giovanni, a Roscigna, a todos los perseguidos por actividades "expropiadoras". Y ese dirigente sindical que durante el día presidía asambleas, o discutía con representantes patronales, por la noche se encontraba con aquellos y le parecía lo más natural planear asaltos o atentados con bombas y salir luego a llevar a cabo lo planeado. ¿Quién podía suponer que un dirigente marítimo tuviera esa otra actividad? *"Era audaz en extremo, decidido y capaz de afrontar cualquier situación por difícil que fuese"*, dirá "La Nación" poco tiempo después.

Cuando el mayor Rosasco comienza a diezmar a los anarquistas de Avellaneda y de paso le da con todo a los radicales, Morán comprende que la única salida es buscar a los "expropiadores", aquí no hay comunicados, protestas, recursos de amparo o habeas corpus que valgan, aquí se impone el mismo método de Rosasco. Del lado del interventor está el Estado, con todo su aparato represivo, está la sociedad, está el miedo de todo un pueblo que por las dudas se ha puesto a marcar el paso y enfrente de eso está ese grupito cada vez más pequeño de hombres a quien le faltan sus dirigentes principales: Severino Di Giovanni, fusilado; Paulino Scarfó, fusilado; Miguel Arcángel Roscigna, preso; Andrés Vásquez Paredes, preso; Emilio Uriondo, preso; Umberto Lanciotti, preso; Fernando Malvicini, preso; el "capitán" Paz, preso; Eliseo Rodríguez, preso; Silvio Astolfi, herido gravemente; Juan Márquez, muerto a tiros; Braulio Rojas, muerto a tiros, y sigue la interminable lista de los que han quedado fuera de combate.

Morán decide enfrentar a Rosasco. En ese enfrentamiento hay una sola cosa que puede favorecer a los anarquistas: el factor sorpresa. Y los expropiadores le dicen que sí a Morán. Vendrá un muchacho de La Plata, Julio Prina, estudiante de filosofía.

También estará con Morán el “nene” Lacunza, hijo único de un campesino de San Pedro, que ha hecho sus primeras armas con Di Giovanni y Emilio Uriondo en el asalto a la compañía de ómnibus La Central. El tercero que acompañará a Morán será, como chofer, el “gallego” González (toda una vida novelesca que culminó en 1944 cundo entró con un tanque de la división Leclerc en la liberación de París), y por último el “ingeniero”, uno de los personajes más interesantes del grupo, enemigo en sí de la violencia porque sostenía que a la burguesía se la podía derrotar con otros medios más ingeniosos, pero que, cuando los compañeros se lo solicitaban, era capaz de concurrir a la más peligrosa de las acciones.

En la noche del 12 de junio de 1931, el mayor Rosasco acompañado del secretario de la comuna de Avellaneda, Eloy Prieto, dejaban la jefatura para correrse a cenar al restaurante “Checchin”, a cuadra y media de la policía. Rosasco estaba muy contento, acababa de hacer una redada de 44 anarquistas, entre ellos a unos muchachos que repartían volantes: “Hay que matar a Rosasco”. ¡A decir verdad, a esos muchachos no les iban a quedar ganas de imprimir el cuento de la Caperucita Roja! Rosasco había llamado a los periodistas para denunciar otro complot anarquista desbaratado. Entraron al restaurante y pidieron el fiambre, que comieron con muy buen apetito. Cuando habían terminado el primer palto, paró un automóvil del que bajaron “cinco individuos correctamente vestidos”. Uno de ellos se sentó en una mesa cercana a la puerta y los otros cuatro siguieron hacia el fondo, como para pasar al patio. En ese momento el mayor Rosasco reía a carcajadas por una broma, cuando de improviso los cuatro individuos se pararon frente a la mesa. Uno de ellos se adelantó, tenía aspecto de criollo, era musculoso, un verdadero toro físicamente, y dirigiéndose a Rosasco le dijo: -Porquería…

Rosasco se fue poniendo de pie lentamente mientras sus ojos se salían de las órbitas. El desconocido -era Juan Antonio Morán- sacó, con la misma lentitud que el otro se iba parando, una pistola 45 y le disparó cinco certeros balazos, todos ellos mortales. De inmediato emprenden la fuga y, para cubrirla, Julio Prina reparte unos cuantos tiros que hieren levemente a un mozo y a Prieto.

Y aquí ocurre otro acto del drama. Al salir uno de los anarquistas trastabilla y cae estrepitosamente rompiendo el vidrio de una de las vidrieras. Sus demás compañeros lo aguardan ya en el coche,

creyendo que se trata de un accidente pequeño, pero no era así. El muchacho -es Lacunza- no se levanta, está muerto. Los anarquistas vuelven apresuradamente y recogen el cadáver del compañero, metiéndolo como pueden en el auto. Y parten velozmente.

Dos son las versiones existentes sobre la muerte de Lacunza: una sostiene que recibió un impacto de bala del propio Prina, al ponerse involuntariamente en el camino, pero creemos en la segunda: Lacunza sufrió durante el hecho un ataque cardíaco y cayó muerto instantáneamente. Lo corrobora el hecho de que no fueron encontrados rastros de sangre en el lugar donde se cayó ni en el trayecto hasta el auto.

Las exequias del mayor Rosasco fueron verdaderamente imponentes. Una verdadera demostración de poderío de las autoridades septembrinas: allí estuvieron las más altas autoridades de la Marina y del Ejército, volaron por encima del cortejo todas las cuadrillas de aviones disponibles en El Palomar; la Curia mandó su jefatura en pleno, la Sociedad Rural, el Jockey Club y el círculo militar enviaron emocionadas delegaciones; estuvo allí el nacionalismo católico y hubo representantes de la mayoría de las fuerzas vivas de Buenos Aires, Avellaneda y La Plata.

El asesinato había sido un verdadero reto de los ácratas sediciosos contra el gobierno nacional, contra el Ejército, contra la policía. Y hubo piedra libre en la investigación. ¡Pobrecito anarquista que cayó en esos días en manos de la autoridad! Al primero que agarraron en un allanamiento lo pasaron para el otro mundo sin más trámite. Se llamaba Vicente Savaresse, era del grupo Tamayo Gavilán y nada tenía que ver con el asunto Rosasco. La policía jamás pudo descubrir quienes fueron los autores aunque siempre sospecharon del marítimo Juan Antonio Morán. Y lo condenaron a muerte en ausencia. Esta es la primera vez que se publica la versión exacta del asesinato del mayor Rosasco y los nombres de sus miembros; han pasado casi cuarenta años y el hecho ya es historia. Develar lo que en ese momento fue un misterio insoluble ha costado al autor de estas líneas mucho esfuerzo y la verdad histórica exige que ahora se diga quienes fueron los responsables de un acto que ellos creyeron de justicia.

El 2 de mayo de 1931 la policía logra localizar a uno de los anarquistas que más la obsesiona: Silvio Astolfi, gran amigo del fusilado Severino Di Giovanni. Astolfi es un italianito muy rubio, despreocupado, que se toma la vida con soda pero cuando hay que tirar,

tira que da miedo. Ha participado en cien hechos, siempre con la misma despreocupación. Pero ese 2 de mayo las cosas se le pondrán muy serias al tano. Últimamente se había unido al grupo de Tamayo Gavilán y con él realizan ese día el asalto al pagador de Villalonga, en Balcarce y Belgrano. Un asalto que, como todos los de Tamayo, se singulariza por la cantidad de balazos que se disparan. Obtenido el dinero, los anarquistas huyen por Balcarce. Al volante va Silvio Astolfi, a quien le encanta manejar el auto a gran velocidad. En México y Balcarce, un agente alertado por los tiros balea el coche de los asaltantes y logra matar a un muchacho de apellido Mornan, de 18 años, que hacía su primera salida como "expropiador", y que iba sentado en el asiento de atrás del auto y herir en la cabeza a Silvio Astolfi. Éste, a pesar de que la sangre le baña la frente y el rostro sigue en el volante. Así huyen hasta la esquina de Villafañe y Ruy Díaz de Guzmán donde se quedan sin nafta. Bajan todos. Astolfi tambalea, tiene todo el traje manchado de sangre. El chileno Tamayo Gavilán lo quiere acompañar pero el italiano le dice: "sálvense ustedes, yo estoy listo". Y se sienta en un umbral. Luego se levanta y toma por Villafañe hasta Azara. En esa esquina se le aproxima el agente Máximo Gómez. Astolfi le saca la lengua y empieza a correr con las pocas fuerzas que le quedan. Y entonces comienza una increíble persecución. Toma por Villafañe hasta Diamante y de allí nuevamente hasta Ruy Díaz. Por cada dos tiros que le dispara el agente, Astolfi le responde con uno, para ahorrar proyectiles. Por Ruy Díaz llega hasta Martín García donde ve pasar un tranvía y se sube a la plataforma delantera. Con el tranvía llega hasta Caseros y Bolívar donde se sube a un taxi amenazando al chofer al que obliga a tomar por Caseros hasta Tacuarí. Allí dobla en Martín García y se baja a la altura del 669, edificio de una fundición de metales. En el momento en que se baja ve que llega detrás de él el agente Gómez. Entonces se parapeta detrás de los pilares de un portón y apoyando la pistola en el brazo izquierdo apunta al vigilante. Este vacila y retrocede y entonces Astolfi lo hiere en la región glútea. Aprovecha la oportunidad y extenuado, limpiándose con la mano la sangre que le tapa la vista el anarquista prosigue su carrera. Esta vez toma por Martín García y llega a la calle España en medio del alboroto de todo el barrio de Barracas que ve atónito correr a este muchacho que tiene el diablo en el cuerpo. Por España toma hasta Uspallata. En Uspallata y Montes de Oca comienza la parte más sangrienta de esta increíble maratón.

Por esta última calle vienen al encuentro de Astolfi los cabos Fernández y Montes y el agente Martínez abarajándolo con una seguidilla interminable de balazos. Astolfi toma Montes de Oca en dirección contraria hacia Ituzaingó, corriendo en zig-zag porque ya no le quedan casi balas.

Astolfi ya arrastra los pies, jadeante ve venir a otro taxi y nuevamente lo para, amenaza al chofer y trata de ganar distancia de sus tres perseguidores, pero estos también suben a un automóvil y lo persiguen originándose otro tiroteo en el que por lo menos se disparan 30 balazos. Y uno de ellos revienta el neumático trasero del taxi de Astolfi, que baja en el pasaje Pablo Giorello. Pero allí lo espera otro agente, que trata de pararlo a tiros. Astolfi se detiene, apunta y le da en la cabeza al representante del orden que cae muerto instantáneamente. Pese a eso, Astolfi sabe que en ese pasaje se ha metido en una ratonera y tienen que salir de allí enseguida. Pero ya son cuatro los que lo acosan. Ahora también está el agente Tranquilo Perna haciéndole fuego. Astolfi juega su última carta y se abre paso con las últimas balas por el mismo lugar donde lo esperan sus perseguidores. Del primer tiro mata al agente Perna y aprovecha el desconcierto para llegar al medio de la calle. Y es en ese instante cuando aparece un taxi cuyo chofer le dice: "Suba rápido, compañero Astolfi". Es un miembro de la Unión de Resistencia de Chauffeurs. La suerte lo ha puesto en el camino del perseguido. Huyen a toda velocidad perseguidos por un auto policial de la comisaría 16ª. Pero logran desaparecer.

Astolfi será llevado a la casa de Benedicta Settecase de Montaña, de allí a lo de Nicola Recchi, quien a su vez lo trasladará al refugio de Gino Gatti. Este lo llevará a La Plata donde lo curará de sus gravísimas heridas el doctor Delachaux, un profesional amigo de los anarquistas. Meses más tarde, restablecido, después de esta porteña odisea, lo llevarán a Montevideo, de donde partirá hacia Barcelona, recomendado a Durruti.

Pese a la represión y a la pérdida de hombres, el anarquismo expropiador se mostró fuerte todavía en los años 32 y 33, principalmente en La Plata, Avellaneda y esta Capital. En La Plata contaron con la constante y desinteresada protección de Antonio Papaleo, en cuya casa encontraron refugio los perseguidos.

Se sigue con el mismo ritmo, se asalta y se trata de liberar a los presos. En ese sentido, Eliseo Rodríguez logra fugar con singular

astucia desde el calabozo del sótano de la propia jefatura de policía de La Plata y Pedro Espelocín desde el hospital donde estaba internado con custodia. Rodríguez (quien rechaza un ofrecimiento para ser llevado al Uruguay, porque por otro conducto le han pedido intervenir en la liberación de un compañero) y Espelocín se unen a Juan del Piano (un obrero panadero de recia personalidad cuyas dos pasiones son el anarquismo y tratar de lograr una cura para su hijito enfermo de parálisis infantil) y a Gino Gatti y Armando Guidot. Actúan en Córdova y Rosario. Mientras tanto, los hermanos Prina de La Plata (Julio y Toni) actúan con Juan Antonio Morán, Daniel Ramón Molina (también marítimo), Julio Tarragona, Angel Moure, Pedro Blanco y Víctor Muñoz Recio.

Son dos pequeños grupos pero que se batirán hasta el final.

A fines de 1932, por iniciativa de Rafael Lavarello y la ayuda de Morán, Prina, Molina y Gatti se planea un nuevo túnel. Esta vez desde un departamento cercano a la penitenciaría para liberar a Emilio Uriondo y a otros anarquistas. Va a ser todavía mejor concebido que el de Punta Carretas. Su extensión será de 58 metros, hasta el lavadero del penal. Pero al llegar a los 23 metros de túnel, el trabajo debe suspenderse: todos los hombres complotados están siendo perseguidos de cerca por la policía y, además los medios escasean.

Después se suceden los golpes del implacable comisario Fernández Bazán. El 19 de enero de 1933 son muertos Tarragona y Molina, luego de matar a dos policías, en la localidad de Aldo Bonzi. El 16 de marzo en Rosario, es muerto Pedro Espelocín y son detenidos Eliseo Rodríguez y Armando Guidot. Un día después, en Córdoba, la policía logra capturar a Gino Gatti.

En esa época los hermanos Prina huyen a España y el 28 de junio, una brigada policial cerca una casa en avenida Mitre de Avellaneda y sorprende durmiendo a Juan Antonio Morán. Ahora sólo queda uno, Juan del Piano, a quien se sabe que dan refugio chacareros del sur santafecino. Y será allí, cerca de Firmat donde el 11 de agosto de 1933 se resistirá hasta la última bala siendo muerto por la policía.

Todo estaba terminado. Ya no quedan hombres afuera para liberar a los de adentro. Por eso el 7 de octubre de ese año, los anarquistas presos en Caseros intentan un golpe desesperado. Pacientemente se han ido proveyendo del exterior de explosivos, granadas de mano y pistolas. Con los explosivos han dinamitado un

muro y así, con granadas y a balazos piensan abrirse paso hasta la calle. El avance comienza a las 18:30. Adelante van Mario Cortucci (que fuera integrante del grupo de Di Giovanni) y Ramón Pereyra (del grupo de Tamayo Gavilán), más atrás vienen Gino Gatti y Álvaro Correa Do Nascimiento (un anarquista brasileño). Atraviesan rejas y pasillo en un tiroteo infernal. Cuando ya llegan al patio exterior, Cortucci recibe un balazo en la cabeza y muere y a Pereyra le estalla una granada que le vuela la mano izquierda. Los guardiacárceles se rehacen y atacan desde todos lados enfocándolos con reflectores y llegan ya los soldados del 3 de Infantería, que está enfrente del penal con ametralladoras.

Los anarquistas no pueden seguir avanzando y se van replegando a su pabellón hasta que se les acaban las balas. El intento ha fracasado. Los guardiacárceles han perdido 3 hombres, los anarquistas uno y otro herido grave… Pero, para ellos las consecuencias de esta acción desesperadas serán funestas. En su mayoría irán a dar con sus huesos a Ushuaia.

A comienzos de 1935 el país está tranquilo. Pero Fernández Bazán no está conforme. Sabe que todavía está con vida Juan Antonio Morán y Miguel Arcángel Roscigna, quienes aunque presos, siempre siguen siendo peligrosos. Morán está en Caseros y Roscigna en Montevideo.

En los primeros días de mayo de 1935 los jueces sobreseen por falta de pruebas en todos los casos a Juan Antonio Morán. Pero algo raro ocurre. A Morán lo habían sacado varias veces de la celda y ante él pasan varios desconocidos que lo miran detenidamente. Son empleados de investigaciones que lo están semblanteando.

El 10 de mayo le comunican a Morán que enseguida va a recuperar su libertad. Sus compañeros anarquistas de la cárcel le aconsejan que no salga del penal hasta avisar a un abogado. Pero eso sería demostrar miedo y Morán no lo tiene. Y firma su libertad, su sentencia de muerte. Las puertas de la prisión se abren, Morán respira hondo. Camina dos pasos y allí mismo es tomado brutalmente de la nuca, de los brazos y de las piernas, levantado en vilo y metido a un auto que parte a gran velocidad.

Dos días después, en un sendero de tierra de General Pacheco, un boyero encuentra el cadáver de un hombre. Tiene un solo balazo: en la nuca. Pero su cuerpo está horriblemente martirizado. Tardan en identificarlo: es Juan Antonio Morán, el anarquista. Se le aplicó el

método que luego utilizarían en gran escala, durante el gobierno peronista en 1974 y 1975, los comandos asesinos de las 3A.

El acto de su entierro será una manifestación de indignación obrera. Los oradores clamarán venganza con el puño en alto.

El 31 de diciembre de 1936 termina la pena que sufren Miguel Arcángel Roscigna, Andrés Vázquez Paredes, Fernando Malvicini y el "capitán" Paz. Esa fecha está subrayada en la agenda del comisario Fernández Bazán.

Ya está todo arreglado. Ha ido a Montevideo una comisión policial al mando del jefe de Orden Social, Morano. El Uruguay ha rechazado el pedido de extradición pero ya hay un arreglo tácito entre las dos policías. En Montevideo le aplicarán el edicto de "indeseables" y los expulsarán hacia Buenos Aires, pero en el mismo puerto de la capital uruguaya le entregan los "paquetes" bien atados a la comisión de Morano. En el vapor de la carrera no los dejan ni moverse. Y de la dársena, directamente al departamento central. Los jueces Lamarque y González Gowland que entienden en la causa del asalto al Rawson y del asalto a La Central van a tomarles interrogatorio al propio Departamento, porque de allí no los sacan. Cuando por falta de pruebas se los sobresee, empieza para Roscigna, Vásquez Paredes y Malvicini el camino sin retorno (al "capitán" Paz lo trasladan a Córdoba porque tiene una causa pendiente y será liberado después a punta de pistola de una comisaría).

Cuando el secretario de la Comisión Pro Presos, Donato Antonio Rizzo y la hermana de Roscigna van a inquirir al Departamento de Policía sobre el paradero de los tres anarquistas, un oficial les responderá que han sido trasladados a La Plata; en La Plata les informarán que está en Avellaneda, en Avellaneda que están en Rosario, en Rosario que están en la comisaría de Tandil, y así sucesivamente. Camino que seguirá la sacrificada hermana de Roscigna que siempre tiene la esperanza de volver a ver con vida a su amado hermano. Pero todo será inútil. Un día renace la esperanza con amplia fuerza: un pescador de la isla Maciel ha visto cómo han bajado de un celular en la comisaría del Dock Sud a tres hombres esposados: adelante iba Roscigna. Se avisa de inmediato a Apolinario Barrera, un hombre del diario "Crítica" que hace publicar a todo trapo un gran titular *"Roscigna en el Dock Sud"*.

Esta parece ser la señal para Fernández Bazán de que hay que

terminar con los traslados. Desde ese momento ya no se podrá encontrar el más mínimo rastro de los tres luchadores anarquistas. Los esfuerzos continuarán: hasta los grupos libertarios de Barcelona envían dinero para que se continúe con la búsqueda. Se tiene la certeza de que han sido asesinados, pero no se quiere abandonar la última esperanza. Hasta que pasados varios meses de la desaparición- un oficial de Orden Social se sincera con la Comisión Pro Presos y les dice con tono confidencial: "no se rompan más muchachos; a Roscigna, Vásquez Paredes y Malvicini les aplicaron la ley Bazán, los fondearon en el Río de La Plata".

Hasta hoy no ha podido ser dilucidado este oscuro episodio. Nunca fueron encontrados los cadáveres. Tal vez tampoco nunca se conozca la verdad. Roscigna, Vásquez Paredes y Malvicini fueron los tres primeros "desaparecidos" por el terrorismo de Estado argentino. Método que luego aplicarían por miles los militares, marinos y aeronáuticos durante la dictadura de Videla.

Juan Domingo Perón premiará los méritos del comisario Fernández Bazán nombrándolo en 1947 subjefe de la policía Federal y después accederá también a un pedido de éste: nombrarlo en la diplomacia. Que según el propio Fernández Bazán había sido siempre "su verdadera vocación".

Con la Revolución Libertadora se retirará y vivirá sus últimos años de soledad. Antes de morir pedirá que sus restos sean cremados (como tantos anarquistas que él combatió). Fernández Bazán será el único funcionario peronista que a su muerte haya sido elogiado por "La Prensa" de Gainza Paz que, en la necrológica hará también el elogio de la "Ley Bazán".

Llegamos al final de todo este capítulo amargo pero vivido por nuestra sociedad. El anarquismo delictivo existió en esa época evidentemente porque estaban las condiciones dadas para ello. Violencia contra violencia, justicia indiscriminada por la propia mano ante la injusticia social reinante. ¿Justificar a los anarquistas expropiadores? ¡No! Sólo exponer sus hechos. ¿Se justifican sus reacciones extremas? Eso, creemos, es algo inevitablemente personal: hay horteras y burócratas que pasan toda su vida aguantando injusticias y hay rebeldes tan susceptibles que reaccionan ante el más leve abuso del poder: están aquellos que pasan su vida marcando el paso y vistiendo uniformes y están los otros que no aceptan imposiciones si no están basadas en la lógica, que no siempre es compatible con la naturaleza humana. Lo hemos visto ya en esos dramones rurales de principio de siglo: está el peón que acepta los látigos de su patrón para poder medrar con paciencia y está el otro que ante el primer latigazo

saca su cuchillo, se hace justicia, y se hace matrero. Aquí hemos reseñado la trayectoria, sórdida y épica al mismo tiempo, de hombres que escogieron un duro y épico camino individual y lo transitaron hasta el final: hasta el abrupto y definitivo final.

La historia no les dio la razón porque las soluciones que busca la sociedad no podrán encontrarse por el camino individual.

II

Simón Radowitzky, el hombre de acción

Matar al tirano

Era el primero de mayo de 1909. Se anunciaron dos actos obreros: uno organizado por los socialistas de la Unión General de Trabajadores, el otro es el de la FORA anarquista que invita a la concentración en la plaza Lorea.

Gobierna Figueroa Alcorta y el país vive una situación interna bastante difícil. Desde hace siete años está vigente la famosa "Ley de Residencia" 4144, que sirve principalmente para expulsar del país a los dirigentes anarquistas extranjeros. También impide el ingreso al territorio de la república a todo extranjero considerado por el gobierno como agitador.

Después del mediodía la plaza Lorea comienza a poblarse de gente extraña al centro: mucho bigotudo, con gorra, pañuelo al cuello, pantalones parchados, mucho italiano, mucho ruso y bastantes catalanes. Son los anarquistas. El momento culminante lo constituye la llegada de la asociación anarquista "Luz al Soldado". En avenida de Mayo y Salta se detiene de improviso un coche. Es el coronel Ramón Falcón, jefe de policía. La masa lo reconoce y ruge: ¡Abajo el coronel Falcón! ¡Mueran los cosacos! ¡Guerra a los burgueses!

Falcón se yergue, es un militar de los de antes, un sacerdote de la disciplina. Mira a esa masa que a su criterio es extranjera, indisciplinada, antiargentina. Falcón habla brevemente con Jolly Medrano, jefe del escuadrón de seguridad, y se retira. Minutos después ocurre el choque.

Como siempre, las versiones serán contradictorias. La policía dirá que fue atacada por los obreros y los obreros dirán que la represión comenzó sin previo aviso. Pero lo cierto es que el resultado es una de las más grandes tragedias de nuestras luchas callejeras. Alguien dispara un tiro. Se desata el tiroteo. Ataca la caballería. Los obreros huyen, pero no todos. Hay algunos que no retroceden. Después de media hora de pelea brava la plaza queda vacía. El pavimento está sembrado de gorras, sombreros, bastones, pañuelos… y 36 charcos de sangre. Son

levantados 3 cadáveres y 40 heridos graves. Los muertos son Miguel Bech, español, de 72 años, vendedor ambulante; José Silva, español, de 23 años, empleado, y Juan Semino, argentino, de 19 años, albañil. Horas después morirán Luis Pantaleone y Manuel Fernández, español de 36 años, guarda de tranvía.

La conmoción es tremenda. Falcón hace detener de inmediato a 16 dirigentes anarquistas y clausura todos los locales de esa tendencia. El sector obrero también reacciona: los socialistas se unen a los anarquistas y declaran el paro general por tiempo indeterminado. Lo levantarán solamente si renuncia Falcón. A medida que pasan los días se va desinflando el paro general.

Pero eso sí, los políticos y las clases alta y media son sorprendida por la extraordinaria manifestación de duelo constituida por la columna de 60.000 obreros que acompañan al cementerio los restos de los compañeros caídos.

Desde la tragedia de plaza Lorea, en mayo de ese año, muchas son las amenazas que se ciernen sobre Falcón. Se ha ganado el odio de un importante sector del movimiento obrero.

El coche de Falcón toma la avenida Quintana. Lo conduce el italiano Ferrari. Al lado de Falcón va el joven Alberto Lartigau, de 20 años de edad. El coche dobla por la avenida Callao rumbo al sur. Y es en ese momento que dos hombres, -el chofer José Fornés, que conduce el automóvil detrás del coche de Falcón, y el ordenanza Zoilo Agüero del ministerio de Guerra- observan que un mocetón con aspecto de extranjero comienza a correr a toda velocidad atrás del carruaje del jefe de policía. Lleva algo en la mano. Al doblar el coche, el desconocido se acerca en línea oblicua y arroja el paquete al interior del mismo. Medio segundo después la terrible explosión. El terrorista mira para todos lados y comienza su huida hacia la avenida Alvear.

Después del primer momento de sorpresa, Fornés baja del coche y secundado por Agüero comienza a correr al desconocido, que le lleva unos 70 metros. Dan grandes voces y se le van engrosando más perseguidores, entre ellos los agentes Benigno Guzmán y Enrique Müller. El perseguido corre desesperadamente pero sabe que está acorralado. Y así a la carrera se dispara un tiro sobre el pecho y cae redondo sobre la acera.

Falcón siempre creyó que su cara y su mirada de halcón pararían la mano de cualquiera que atentara contra su vida. Ahora está

postrado en avenida Quintana y Callao, desangrándose por sus piernas rotas. Es trasladado en ambulancia al consultorio central. Pero ya es tarde, Falcón no aguanta el shock traumático y expira. Lartigau muere unas horas más tarde. Los dos serán velados en el departamento central. Pocas veces Buenos Aires asistirá a una expresión de duelo tan grande. Con delegaciones policiales de todo el país y del exterior. El Ejército argentino y la policía lo han tomado como una afrenta. Al terrorista lo levantan del pelo y de la ropa. Lo insultan. Le dicen "ruso de porquería" y algo más. Tiene los ojos bien abiertos, asustados, esperando recibir la primera patada en la cara. Está perdido y por eso no pide perdón sino que grita: "¡Viva el anarquismo! ¡Viva el anarquismo!". Cuando los agentes Müller y Guzmán le dicen "ya vas a ver lo que te va a pasar" responde en un castellano quebrado y gangoso: "No me importa para cada uno de ustedes tengo una bomba".

Pero la policía hace una excepción. No cumple con la ley no escrita de vengar la muerte de uno de los suyos. Aparece el subcomisario Mariano T. Vila de la comisaría 15 y ordena cargarlo en un coche de plaza y llevarlo al hospital Fernández porque el terrorista está perdiendo mucha sangre por el costado derecho del pecho. Con unas vendas provisorias el preso es enviado al calabozo de la comisaría 15 rigurosamente incomunicado. Los interrogatorios se suceden pero el terrorista no habla. Sólo ha dicho que es ruso y que tiene 18 años de edad. De ahí no lo sacan.

21 años de cárcel

Reina intranquilidad en el gobierno. Figueroa Alcorta establece el estado de sitio y a los diarios se les prohibe terminantemente cualquier información sobre el preso y sobre actividades anarquistas. Unos meses más tarde Figueroa Alcorta sancionará la "Ley de Defensa Social", que ampliaba las medidas de represión de la ley 4144, desterrando y encarcelando a todo extranjero o argentino nativo que hiciera propaganda anarquista por considerarla una incitación a la violencia y ultraje de la patria.

Luego de varios días de febril trabajo, la policía logra identificarlo: se trata de Simón Radovitzky o Radowitzky, ruso, domiciliado en el conventillo situado en la calle Andes 194 (hoy José Evaristo Uriburu), es herrero y mecánico.

El ministro argentino en París, doctor Ernesto Bosch, informa además lo siguiente: Radowitzky ha participado además en disturbios en Kiev, Rusia, en 1905 y que por ello fue condenado a seis meses de prisión. También señala que Radowitzky pertenece al grupo ácrata dirigido por el intelectual Petroff, juntamente con los conocidos revolucionarios Karaschin (el del atentado en el funeral de don Carlos de Borbón), Andrés Ragapeloff, Moisés Scutz, José Buwitz, Máximo Sagarín, Iván Mijin y la conferencista Matrena.

Identificado y reconocido el crimen por el reo, sólo queda esperar el día y la hora en que será fusilado. Porque eso de que tiene apenas 18 años no se lo cree nadie. El fiscal ve en Radowitzky a un criminal nato, como esos que asesinan para robar. No reconoce que es un hijo de la desesperación, nacido en una tierra donde reina la esclavitud y el látigo para el pobre. Finalmente el doctor Beltrán pide la pena de muerte para el anarquista. Sólo se le opone el "pequeño" inconveniente de la edad. Pero el doctor Beltrán encuentra la vuelta a la dificultad y hace calcular la edad del preso por "peritos médicos", determinando que Radowitzky tiene un poco más de 22 años. Es decir, está maduro para el pelotón. La prensa influida por los sectores poderosos de la población, pedía la pena de muerte. Así estaban las cosas hasta que un buen día apareció en escena un personaje singular. Dijo llamarse Moisés Radowitzky y ser el primo del terrorista. Traía un documento que iba a dar un vuelco de 180 grados al proceso. Era la partida de nacimiento de Simón Radowitzky. Un documento extraño, escrito con caracteres cirílicos. Los traductores del comisario inspector Vieyra afirman que ese documento viene a decir que Simón Radowitzky nació en la aldea de Santiago, provincia de Kiev, Rusia, el 10 de noviembre de 1891. Según lo cual Radowitzky tendría ahora 18 años y 7 meses.

Radowitzky se salva del fusilamiento. Pero es condenado a la muerte lenta: penitenciaría por tiempo indeterminado, con reclusión solitaria a pan y agua durante 20 días todos los años al aproximarse la fecha de su crimen. Pasará 21 años entre la basura de la sociedad, 19 de esos años en el presidio de Ushuaia, tristemente conocida como la "Siberia argentina". Una ironía histórica fue que, mientras la Liga Patriótica propuso convertir al 14 de noviembre, el día del atentado, como un feriado nacional, los anarquistas se reunían en esa fecha para reclamar por la libertad de su preso. Quedan interrogantes de los cuales Radowitzky no hablará jamás.

¿Quién lo inspiró a cometer el atentado? ¿Fue idea propia? ¿Fabricó él la bomba? ¿Acaso sus compañeros le ordenaron cometer el atentado porque era menor de edad y se podía salvar de la pena de muerte?

El 6 de enero de 1911, Buenos Aires se conmociona por una noticia. Trece penados de la Penitenciaría Nacional se han escapado por un túnel construido por debajo del murallón. Han podido escapar dos famosos anarquistas: Francisco Solano Regis y Salvador Planas Virella. En el verano de 1908, cuando el presidente José Figueroa Alcorta se disponía a entrar a su mansión, Solano Regis pasó corriendo dejando caer un paquete a su lado. El paquete resultó ser una bomba que no había estallado por la errónea proporción de los ácidos empleados. El anarquista fue condenado a veinte años de presidio. En agosto de 1905 Salvador Planas Virella, de profesión tipógrafo, trepa al carruaje del presidente Manuel Quintana, gatilla su revólver pero el arma falla. Es condenado a diez años de prisión.

Los once restantes fugados son presos comunes. Hay otro anarquista en la penitenciaría que no ha podido huir: Simón Radowitzky quien pocos minutos antes había sido llevado a la imprenta de la cárcel. Los anarquistas recibieron ayuda desde afuera y salieron por un túnel en forma de U, a la altura de la calle Juncal casi esquina Salguero. Después de esto, ningún director del penal quiere correr el riesgo de que los anarquistas planeen otra tentativa de fuga para salvar al compañero preso. Además, se ha observado una cosa poco común en el penal: Radowitzky concita la simpatía de todos: de presos y carceleros.

Ese mismo año se decide y se lleva a cabo el traslado del anarquista al penal de Ushuaia. Será la última vez en su vida que pise tierra porteña. El barco que trasladaba a los presos hacia Ushuaia se asemejaba bastante a una cámara de tortura, y el viaje duraba casi treinta días.

En mayo de 1918 Buenos Aires es inundada por un folleto editado por el diario “La Protesta” y escrito por Marcial Belascoain Sayós.

El folleto está muy bien informado y denuncia las torturas a que ha sido sometido Radowitzky, centrando su ataque en el subdirector del penal, Gregorio Palacios.

El 9 de noviembre de ese mismo año llega una noticia

sensacional: el 7 de noviembre se ha fugado Radowitzky de la cárcel de Ushuaia. Allá va Radowitzky metido en un pequeño cúter por el canal de Beagle hacia la libertad.

Es que los anarquistas de Buenos Aires son buenos amigos. Prepararon los planes para derrotar lo imposible y juntaron dinero. El hombre elegido para la proeza es un criollo de pura cepa: don Apolinario Barrera. Será ayudado por Miguel Arcángel Roscigna, quien años después, junto a Severino Di Giovanni, llegará a ser el representante más sobresaliente del anarquismo expropiador.

Los anarquistas viajaron a Punta Arenas. Aquí alquilan el cúter "Ooky". El 7 de noviembre, a las 7 de la mañana, un guardián cruza las líneas de centinelas del penal. Es Radowitzky disfrazado de guardiacárceles, que no ha sido reconocido. Barrera fue de la opinión que una vez alejados varias millas de Ushuaia, Radowitzky desembarcara en uno de los tantos refugios de la costa. Allí se le dejarían víveres para dos meses hasta que las persecuciones y búsquedas hubieran cesado. Pero Radowitzky no acepta y allí comete el error que le costará doce años más de prisión.

Convence a Barrera para que sigan navegando sin interrupciones hasta Punta Arenas. Al cuarto día de navegación entran al estrecho de Magallanes. Hasta que de pronto divisan en el horizonte el humo de una embarcación que se aproxima. Radowitzky intuye el peligro y pide que el cúter se acerque lo más posible a la costa de la península de Brunswick, tierra chilena. Así se hace hasta unos doscientos metros. Radowitzky se arroja entonces al agua helada y nada hacia la costa, en donde desaparece. El humo negro que se aproximaba era el de la nave de guerra chilena "Yañez", que ha ido para apresar a Radowitzky ante el llamado telegráfico de las autoridades argentinas. De Punta Arenas sale mientras tanto una partida de fuerzas de policía de la marina chilena: siete horas después, en el paraje conocido como Aguas Frías, apenas a 12 kilómetros de Punta Arenas, es localizado Radowitzky, extenuado y con sus ropas heladas.

Veintitrés días después de su búsqueda de la libertad, entra nuevamente Radowitzky en el penal de Ushuaia. La venganza de las autoridades es refinada: durante más de dos años, lo tendrán aislado en una celda, sin ver la luz del sol, y sólo a media ración.

El 19 de mayo de 1919 tiene lugar el primer asalto expropiador en la Argentina. El intento fracasa. Andrés Babby y Germán Boris

Wladimirovich son condenados a muerte, pero los jueces no se ponen de acuerdo, dictándoles finalmente la pena de presidio perpetuo. Wladimirovich es un personaje especial: nació en Rusia, es biólogo, sociólogo, pintor, habla varios idiomas y es autor de muchas publicaciones. El asalto fue con objeto de proveerse de fondos para fundar un diario de agitación. Años más tarde Wladimirovich será el cerebro pensante de la venganza de los anarquistas contra el miembro de la Liga Patriótica, Pérez Millán, asesino de Kurt Wilckens.

En el penal de Ushuaia, sin proponérselo, Radowitzky era un hombre muy peligroso: a él siempre recurrían todos los presos cuando eran castigados o tenían algún problema. Radowitzky siempre escuchaba a todos y era una especie de delegado de los hombres de traje a rayas. Pasan los años y el mito sigue creciendo. Los anarco-bolcheviques quisieron atraer a Radowitzky a su causa, ya que García Thomas, Viondi y Rosales habían tomado contacto con él, pero Simón permaneció en el movimiento anarquista tradicional.

El número 23 de "**Culmine**", publicación dirigida por Severino Di Giovanni, dice: ***"¡Radowitzky muere! Las últimas noticias que vienen de Ushuaia son alarmantes. La Siberia argentina no perdona. No debemos titubear más. Comencemos un serio trabajo de agitación que se extienda hasta los confines de la Argentina. Hay que intentar todos los esfuerzos para salvarlo de las garras asesinas de los dirigentes de esta 'gran' democracia republicana.***

¡Simón Radowitzky muere! El adolescente justiciero del policía Falcón, el feroz, madurado en mil servicios, ha sabido arder como pira de dignidad rebelde. ¡Que los verdaderos revolucionarios impidan que se acabe este símbolo!".

El director del penal de Ushuaia, Juan José Piccini es acusado por los anarquistas de haber torturado bárbaramente a Simón. Severino Di Giovanni junto a Paulino Scarfó le enviarán un dispositivo que al ser abierto estalla. El atentado, en sí, fracasa, pero la noticia sale en todos los diarios y causa gran revuelo.

Cuando asume Hipólito Yrigoyen su segunda presidencia las diversas organizaciones de trabajadores presionan para el indulto. Es entonces cuando se origina una discusión en distintos ámbitos acerca del delito de Radowitzky y su interpretación. Una descripción del hecho bastante acertada es la publicada por Ramón Doll en 1928. Doll califica al delito de Radowitzky con las precisas palabras de "*crimen*

repugnante y estúpido", pero añade: *"no es un crimen pasional o de un mercenario; es un crimen social, en la moderna guerra de clases. Es evidente que un juez pertenece siempre a la burguesía y que por lo tanto sus intereses, prejuicios, su comodidad misma lo llevaran a solidarizarse con su clase y no con los de la clase proletaria, de modo tal que a la intolerancia que debe tener para todo crimen dóblase lo que puede tener para el criminal que además es un adversario. El crimen de Radowitzky no es ni más ni menos horrendo que los crímenes que a diario se cometen en las luchas electorales argentinas"*.

Y sin embargo nadie que intervino en esos crímenes recibió ni la cuarta parte de la pena impuesta a Radowitzky. *"Obsérvese la actitud de la burguesía frente a los crímenes igualmente nauseabundos: un atentado anarquista y un asesinato nocturno. En el caso del asesinato por robo se comenta, se critica quizás apasionadamente pero siempre se termina dejándolo librado a la 'serena majestad de la justicia'; en el atentado anarquista, la burguesía toma parte en su represión, se producen razzias policiales, se agitan las guardias blancas"*.

En enero de 1930, Eduardo Barbero Sarzabal, cronista del diario "Crítica", se dirige al penal de Ushuaia y allí se las ingenia para conseguir una entrevista que dará lugar a un reportaje de gran impacto.

"Radowitzky aparece con su traje color cebra, azul y amarillo, con grandes números en el saco y pantalón. El 155. Dice a Crítica:

"- Me es muy grato poder hablar por su intermedio a los camaradas que se interesan por mí. Y me hallo relativamente bien. Tengo aún un poco de anemia a pesar de que desde hace un año no me infligen penas. Es que durante los meses de noviembre y diciembre hicimos 20 días de huelga de hambre como protesta por la actuación inhumana de un inspector llamado Juan José Sampedro, quién castigo a causa de un altercado sin importancia a un penado a quién lastimó. La protesta manifestada con la huelga de hambre dio resultados. Sampedro está suspendido.

- No deseo los choques entre los obreros. En estos episodios siempre hay un provocador policial que actúa de instrumento. Yo viví intensamente, aunque era muy joven, el dolor de la jornada trágica, la matanza de aquel 1º de Mayo que puso tristeza eterna en muchos hogares proletarios. Quise hacer justicia. Sí, diga usted a los camaradas trabajadores que no se sacrifiquen por mí. Puede expresar también que me hallo bien… que se preocupen por otros compañeros que sin estar en la cárcel o en ellas, merecen también ayuda, quizás más que yo.

- Hace poco recibí 500 pesos. Los he empleado entre los enfermos del penal. Uno está mal del hígado y requería especiales cuidados. El otro, pobrecito, llamado Andrés Babby, está loco. Los cuidados que les hemos propiciado con esta ayuda financiera determinaron la mejoría del primero. Ahora a Babby lo llevarán al hospicio.
- La biblioteca nuestra es pésima. Hacen falta más libros. Los pocos que tenemos los conocemos de memoria de tanto releerlos.
- En Buenos Aires tengo un primo llamado Moisés. Los demás miembros de mi familia están en Norteamérica. Me refiero a los que están unidos a mí por lazos de consanguinidad porque a los compañeros trabajadores que sufren la injusticia de la sociedad actual los considero también muy míos. Yo integro, pese al encierro, la familia proletaria. Mi ideal de redención está siempre latente".

Es sorprendente que a pesar de 20 años de no se le hayan borrado los conceptos fundamentales de su ideología. El reportaje, dado a toda página tiene amplia repercusión. Ya nadie duda que Radowitzky tendrá que ser indultado.

Ocho años antes, debido a sus principios antipolíticos, "La Protesta" había hecho una campaña contra el indulto a Simón. Finalmente el lunes 14 de abril de 1930 el "Peludo" decide firmar los decretos de indultos y las sextas ediciones de los diarios de ese día traen la gran noticia: **"FUE INDULTADO SIMÓN RADOWITZKY"**.

Los viejos dirigentes anarquistas se abrazan y pierden algunas lágrimas. Tal vez sea la más grande alegría que hayan tenido los anarquistas argentinos. Pero a pesar de que Hipólito Yrigoyen ha disimulado las cosas (ha debido indultar a 110 presos en el mismo decreto para que el nombre de Radowitzky aparezca perdido entre ellos), la reacción del ejército y de los cuadros superiores de la policía no tarda en sentirse. Y todo esto a pesar también de que Yrigoyen en una disposición muy oscura y enredada, crea una nueva figura jurídica que evidentemente es anticonstitucional: indulta a Radowitzky pero al mismo tiempo lo destierra. Si Radowitzky hubiese permanecido detenido todo ese año, es muy probable que la dictadura de José Félix Uriburu lo fusilara como a Severino Di Giovanni.

El 14 de mayo de 1930 llega a la rada del puerto de Buenos Aires el transporte nacional de la armada "Vicente Fidel López". A su bordo está Simón Radowitzky. Pero no lo dejan bajar y tiene que hacer un

trasbordo hacia Montevideo. El comisario de a bordo le comunica que tendrá que sacar pasaje. Ante tan ridícula imposición, Radowitzky no protesta, al contrario, saca de su bolsillo el dinero, proveniente del último envío de sus compañeros de Buenos Aires, y saca de tercera clase. El barco atraca en Montevideo. Suben funcionarios de inmigración. Pueden bajar todos los pasajeros menos Simón Radowitzky porque no tiene ningún documento para acreditar su identidad (la policía argentina nunca se los devolvió). Bajan. Los compañeros anarquistas que lo fueron a recibir se ocupan de los trámites. Luego de un par de horas, las trabas burocráticas son sorteadas. Ahora sí: se asoma a la cubierta: es Simón Radowitzky. Desde tierra gritan: "¡Viva el anarquismo! ¡Viva Simón!"

Después de los saludos y agradecimientos, Radowitzky hace las primeras declaraciones periodísticas y comete un error: dice que se quedará en Uruguay unos días y luego viajará a Rusia. ¿A Rusia? Los dirigentes anarquistas se miran. ¿Es que acaso no conoce la masacre de los marineros anarquistas de Kronstadt? ¿No se enteró que Lenin y Trotzky fusilaron a miles de anarquistas? ¿Ignora que los anarquistas son calificados de enemigos del Estado?

Es que Radowitzky sale de la cárcel con su intención ingenua de conversar con todos los dirigentes del proletariado y unirlos. No sabe todavía que entre socialistas, comunistas, trotzkystas y anarquistas hay mucha sangre y mucho odio de por medio y que ya es algo que nadie podrá unir. Terminados los agasajos, Radowitzky consigue un trabajo y hace varios viajes a Brasil. Pero en Uruguay se acaba el sistema democrático y empieza la dictadura de Gabriel Terra. Sin embargo, todo el año 1933 y gran parte de 1934 Radowitzky pasa casi inadvertido. Hasta que un caluroso 7 de diciembre de ese año, una partida policial lo ubica en una pensión de la calle Rabla Wilson 1159. Allí le dictan prisión domiciliaria.

Unos días más tarde, es visitado por el jefe de investigaciones de la policía uruguaya, señor Casas, quien le señala que deberá abandonar el país pues se le acaba de aplicar la "ley de extranjeros indeseables". Radowitzky acepta la intimación y contesta que abandonará el país lo más pronto posible. Pero sus amigos presentan su caso ante el brillante jurisconsulto Emilio Frugoni, quien le aconseja al anarquista no abandonar el Uruguay porque su caso servirá de precedente para muchos otros que sufren la persecución política.

Advertido de esto, el jefe de policía ordena la inmediata detención de Radowitzky, junto con muchos otros agitadores. Radowitzky es detenido y confinado a la isla de Flores, frente a Carrasco. Allí las condiciones son pésimas. Frugoni prosiguió con su alegato hasta que el 21 de marzo de 1936 llegó la ansiada libertad para Radowitzky. Sale de la cárcel pero le indican que deberá permanecer preso en su domicilio. Pero lo cierto es que ya no tiene domicilio, porque siempre vivió en pensiones.

Entonces la policía es terminante: deberá permanecer en la cárcel "hasta nueva orden". La "nueva orden" tarda en llegar seis meses. Con esto termina una etapa de Radowitzky, la de las cárceles.

Libertad y lucha

El desafío del nazi- fascista Francisco Franco el 18 de julio de 1936 a la República Española es tomado por los anarquistas de todo el mundo como una cuestión de honor. Madrid será el lugar de la cita. Y entre ese grupo de hombres venido de Argentina, Brasil y Uruguay está Simón Radowitzky. El ex penado de Ushuaia estaba casi siempre en Madrid, adscripto al comando anarcosindicalista. Radowitzky cree que la guerra civil española ha convertido en realidad su viejo sueño de ver juntos a todos los hombres de izquierda. Hasta que en 1939 es testigo de una lacerante verdad: en Madrid, en Valencia y en Barcelona comienzan los fusilamientos de anarquistas. Pero no son los fascistas de Franco. Son los propios comunistas que "para evitar indisciplinas" y forzar el comando único en sus manos, eliminan sin piedad a todo aquel que tenga olor a anarquista. Centenares de muchachos y hombres curtidos en todas las luchas son obligados a cavar su propia tumba y luego son fusilados por sus propios aliados. Así, sin juicio previo.

Al terminar la guerra son muy pocos los anarquistas que quedan. Apenas un grupito que logra pasar los Pirineos, llegar a Francia y embarcarse luego para Méjico. Allí Simón Radowitzky editará revistas de pequeña circulación, hará periódicos viajes a Estados Unidos para visitar a sus parientes, y a la vez intercambiará impresiones con organizaciones anarquistas de ese país. En Méjico, el poeta uruguayo Ángel Falco lo empleará en el consulado de donde era titular. Radowitzky cambiará de apellido y se llamará simplemente José Gómez

y compartirá su pieza de pensión con una mujer. Así vive entre el trabajo, las charlas y conferencias con los compañeros de ideas, y su hogar. Hasta que el 4 de marzo de 1956, a los 65 años, muere por un ataque cardíaco. Sus amigos le pagaron una sepultura sencilla.

Mató por idealismo ¡Qué dos contraposiciones! Lo malo y lo bueno, lo cobarde y lo heroico. El brazo artero, movido por una mente pura y bella.

III

Los Rebeldes de Jacinto Aráuz

¿Dónde queda Jacinto Aráuz? ¿Qué ocurrió el 9 de diciembre de 1921 en Jacinto Aráuz? Tal vez, la mayoría de las respuestas quedarían en blanco. Jacinto Aráuz es una población en plena pampa, sobre la llanura rica de espigas en el linde entre la provincia de La Pampa y la de Buenos Aires, allá, hacia el sur, donde para el oeste comienzan a ralear las poblaciones y para el este se va bajando a Bahía Blanca. En ese lugar, hace cincuenta años ocurrió un hecho insólito que tal vez pueda parecer anecdótico pero que nos servirá para pintar el estado de cosas que se vivían hace cinco décadas en el campo argentino, al término del primer gobierno de Yrigoyen. Y esto que pareciera anécdota conforma una cita insustituible para quien quiera historiar las luchas y la vida de los trabajadores de la tierra en nuestro país.

En los hechos sangrientos de Jacinto Aráuz se conjugan todos los factores sociológicos para la descripción de una época: las condiciones de trabajo en la cosecha, la vida de campo, el grado de educación gremial de la peonada, la influencia de las ideas anarquistas -principalmente a través de la FORA- en la lucha por sus reivindicaciones, los medios de represión gubernamentales, los cuerpos paralelos de represión de extrema derecha que toleraba Yrigoyen haciendo la "vista gorda" ante hechos de violencia, etcétera.

Nunca como en esos primeros años de la década del veinte estuvo tan agitado el campo argentino (hubo sí, en otros años movimientos tal vez de más importancia, pero no tan seguidos y constantes). El hombre del campo tuvo en nuestro país una actitud de vanguardia en la lucha de las condiciones de vida del trabajador, aunque parezca curioso. No le fue en zaga al obrero de la ciudad. Y los elementos que llevaron la agitación fueron, sin duda alguna, los extranjeros: italianos, españoles, alemanes, polacos, rusos. En su mayor parte de ideología anarquista.

Fue obra de la FORA del V Congreso casi exclusiva esa lucha por la mejora de los salarios y condiciones de trabajo. La central obrera anarquista había logrado algo que luego ningún movimiento político-gremial superó en nuestra historia: la formación de las "sociedades de

oficios varios" en casi todos los pueblos de campaña. Y lo que es más, casi todas con sus órganos propios de expresión o sus propios volantes impresos. Es a la vez curioso e increíble lo que hizo el anarquismo por el proletariado agrario argentino: hubo pueblos o pequeñas ciudades del interior donde el único órgano de expresión, el único periódico, era la hoja anarquista, con sus nombres a veces chorreando bondad, a veces oliendo a pólvora. Y los únicos movimientos culturales dentro de esas lejanas poblaciones fueron los conjuntos filodramáticos que representaban obras de Florencio Sánchez, Guimerá o Dicenta.

Por supuesto que la idea anarquista entró con el extranjero. De ahí que en forma tan inteligente para sus fines, Manuel Carlés con su Liga Patriótica Argentina exaltó lo nacional frente a lo extranjerizante, la bandera de la Patria frente al "trapo rojo", el hijo del país frente al "extranjero desarraigado y apátrida".Lo que hizo Manuel Carlés con suLiga Patriótica para detener principalmente en el campo la influencia de las ideas revolucionarias no tiene parangón. Fue una verdadera obra de titán lo que hizo este hombre para combatir a socialistas y anarquistas y defender la "*familia, la tradición y la propiedad*". Todos los que se beneficiaron de su obra han olvidado muy pronto lo que hizo Carlés enarbolando lo "*patriótico, lo nacional, la forma tradicional de vivir argentina contra lo extranjerizante y la inmoralidad de las ideas socializantes*".

Carlés que creó cerca de mil brigadas de la Liga Patriótica en todos los rincones del país, formadas por propietarios, estancieros, latifundistas, empleados públicos, militares, merinos y policías- se dio cuenta de que la única manera de parar al socialismo que venía con arrolladora fuerza en la mente de los inmigrantes que desembarcaban en el país, era de dividir, de enfrentar lo extranjero con lo argentino.

Y a fe de verdad, los anarquistas daban una gran ventaja en este aspecto. Sin importarles un pito de demagogia ni dar un ápice de sonrisas para el que estaba en la vereda de enfrente, seguían arrimando garrotazos desde las columnas de sus periódicos y desde las tribunas callejeras contra todo lo que fuera Patria, nacionalismo, ejército, clericalismo e Iglesia y por sobre todo, policía. Les gustaban frases como la de Karr: "***El patriotismo es el último refugio de los bandidos***", o cantaban con ritmo de milonga varios versos como estos:

"Somos los que combatimos
las mentiras patrioteras
porque son la ruina entera
de toda la humanidad,
porque la patria y sus leyes
son las que engendran la guerra
sembrando en toda la tierra
la miseria y la orfandad
"Somos los que aborrecemos
a todos los militares
por ser todos criminales
defensores del burgués,
porque asesinan al pueblo
sin fijarse de antemano
que asesinan sus hermanos
padres e hijos tal vez.
"Somos los que despreciamos
las religiones farsantes
por ser ellas las causantes
de la ignorancia mundial:
sus ministros son ladrones
sus dioses una mentira
y todos comen de arriba
en nombre de la moral.
"Somos por fin los soldados
de la preciosa Anarquía
y luchamos noche y día
por su pronta aparición;
somos los que sin descanso
entre las masas obreras
propagamos por doquiera
la Social Revolución.

Nada se salvaba, ni siquiera la bandera argentina. Por ejemplo en esta canción que entonaban las roncas voces obreras con música del tango "Pájaro Azul":

La bandera azul y blanca
por el suelo está rodando
Y en su sitio la Roja,
Y en su sitio la Roja,
allí está flameando.
Y es la bandera del pueblo,
la bandera más hermosa,
pues su insignia libertaria
pues su insignia libertaria
es del color de una rosa.

Y nos imaginamos la cara que pondrían los militares, los comisarios y las señoras y señores de pasar tradicional cuando escuchaban a todas esas multitudes de gorra, traste parchado y zapatillas, entonar ya en verdadero ritual sacrílego- estas estrofas con la música del Himno Nacional Argentino:

¡Viva, viva la Anarquía!
No más el yugo sufrir
coronados de gloria vivamos
o juremos con gloria morir.
Oíd mortales el grito sagrado
de Anarquía y Solidaridad
oíd el ruido de bombas que estallan
en defensa de la Libertad.
El obrero que sufre proclama
la anarquía del mundo a través
coronada su sien de laureles
y a sus plantas rendido el burgués.
De los nuevos mártires la gloria
sus verdugos osan envidiar
la grandeza anidó en sus pechos
sus palabras hicieron temblar.
Al lamento del niño que grita:
dame pan, dame pan, dame pan,
le contesta la tierra temblando,
arrojando su lava el volcán.
Guerra a muerte, gritan los obreros

guerra a muerte al infame burgués
guerra a muerte, repiten los héroes
de Chicago, París y Jerez.
Desde un polo hasta el otro resuena
este grito que al burgués aterra,
y los niños repiten en coro:
nuestra patria, burgués, es la tierra.

En los pueblos de campaña con estación de ferrocarril se juntaban tres organizaciones obreras anarquistas: la de conductores de carros, la de oficios varios (en la que entraban los peones de la cosecha) y la de estibadores, es decir, los que hombreaban las bolsas de los carros al depósito de la estación y de la estación a los vagones. Las tres organizaciones eran autónomas pero a su vez pertenecían a la FORA en un sentido descentralizado y de amplia libertad interna. Ya lo decía el pacto federal de la FORA: las sociedades (los sindicatos) serán absolutamente autónomas en su vida interior y de relación y sus individuos no ejercerán autoridad alguna. Además se reafirmaba este principio de libertad y descentralización en el punto 10, cuando se establecía con énfasis: "*la sociedad (el sindicato) es libre y autónoma en la Federación comarcal, libre y autónoma en la Federación Regional*".

Es decir la democracia a ultranza; los anarquistas eran extremistas en la defensa del derecho a discutir, a disentir, del derecho de la libre opinión, del derecho de no aceptar imposiciones de ninguna organización más poderosa. Todo lo contrario de la verticalidad del sindicalismo argentino que se corporizaría poco después en la CGT.

Y como para que no quedara ninguna duda sobre sus fines, la FORA establecía: "*Nuestra organización puramente económica es distinta y opuesta a la de todos los partidos burgueses y políticos obreros puesto que así como ellos se organizan para la toma del poder político, nosotros nos organizamos para que los estados políticos y jurídicos, actualmente existentes, queden reducidos a funciones puramente económicas, estableciéndose en su lugar una libre Federación de libres asociaciones de productores libres*".

Por eso eran tan peligrosos los hombres que engrosaban las filas de los sindicatos anarquistas: tenían tal sentido de la libertad individual y de la rebeldía que para encauzarlos hacia el camino de la obediencia al Estado, a sus símbolos y a sus fines, iba a ser necesario mucho garrotazo, muchas rejas, y tiros; y enfrentarlos con organizaciones represivas que

arrancaran de raíz esa levadura malsana y extranjerizante que poco a poco estaba entrando ya debajo de las creencias duras del hombre auténticamente argentino. Y si no que lo digan estas estrofas que cantaban auténticos payadores anarquistas en almacenes y pulperías de la pampa en esos atardeceres rojizos llenos de cantos de pájaros. Se refieren a la Semana Trágica y así dicen:

Fue la semana de enero
un festival policiaco
albedrío del cosaco
del milico, del bombero,
que en nombre de Patria y clero
masacraron por su cuenta.
Y el Mesías del noventa
y del cuatro de febrero
¡resultó más bandolero
que Rosas en los cuarenta!
Ayer los rusos sicarios
en nombre de sus caudillos,
segaron con sus cuchillos
tantos cuellos proletarios;
hoy, bandidos honorarios,
suplen a los mazorqueros
y en nombre del patriotismo
van sembrando el terrorismo
en los hogares obreros.
Chusma ignara, cuartelera,
que en la gran lucha social
ignora el valor moral
que entiende la clase obrera.
Horda nula, montonera
del cantón y del piquete
que rudamente arremete
a la pensante ralea
creyendo tronchar la idea
con un tajo de machete.
El gran Sarmiento escribió:
las ideas no se degüellan

a los hombres se atropella
pero al pensamiento no;
¿Acaso lo comprendió
esa chusma electoral,
esa recua comicial
que piensa en bancas con puertas
esas muchedumbres muertas:
la vergüenza nacional?
La revolución social
es sin patria ni frontera
es la revolución obrera
derrumbando el capital,
es la casa universal,
es el pueblo soberano
negándole a su tirano
derechos de explotación
buscando la redención
de todo el género humano.
Avance la masa obrera
del taller y de las trillas
armada con las horquillas
esgrimiendo una mancera
empuñe hojas de tijera
a falta de buena bala
y den golpes de piquetas,
abran huellas las barretas
y los garrotes de tala.

Además de la FORA con sus ideas gremialistas, de solidaridad y de destrucción del capital, además de los cuadros filodramáticos y oradores y conferenciantes anarquistas con su afán didáctico para las masas analfabetas y hundidas, hubo un personaje en el campo argentino que ayudó a las ideas de rebelión, de emancipación individual, de desprecio por los bienes materiales y que fue una especie de mensajero o lento chasque entre las poblaciones, entre las cuadrillas de trabajadores, entre las vías férreas: el linyera.

Prototipo del anarquista individualista, el linyera lanzó su protesta pasiva contra la sociedad, dejó crecer sus cabellos y sus barbas

y sin más bagaje que su atadito (la "linyera") salió a recorrer los campos argentinos, a vivir con muy poco y a disfrutar y a padecer en el contacto con la naturaleza. En su atadito llevaba un libro de versos, o alguna obra del príncipe Kropotkin o del desbordante Bakunin, y un número de "La Protesta" o "La Antorcha" que cambiaba en General Pico por "Pampa Libre", o en Bahía Blanca por "Brazo y Cerebro" o "En el camino", o "Tierra Libre" en Tucumán, o "La piqueta" de Rosario, "Abriendo cancha" de Colón (Entre Ríos), o "La Verdad" de la Agrupación Aurora Libertaria de Tandil, o "La acción obrera" de San Juan; o "El obrero granitero" de Sierra Chica, o "Libertad" de Laguna Paiva, o "el Croto" de Junín; o "La voz de Baigorrita" o "El látigo del carnero", o "La Social" dirigido por Federico Ritsche, hombre que entregó su vida entera al ideal libertario.

Los linyeras eran extranjeros y argentinos, los había alemanes, rusos, polacos, italianos. Soportaban los puntapiés de la policía con una resignación tolstoiana. El placer de los milicos era patearles los tachitos en los cuales se hacían la comida. Esperaban a que estuviera lista la comida de un grupo de linyeras para patearles los tarros y emprenderlas a puñetazos y patadas con esas extrañas figuras que parecían salidas de silenciosos bosques nórdicos. Al linyera argentino le faltó un Knut Hamsun para que lo pintara en toda su grandeza de alma y en su misteriosa búsqueda.

Pero vamos a hacer justicia con don Manuel Carlés y su Liga Patriótica Argentina. Él fue quien realmente enseñó a autodefenderse a patrones y propietarios. Si las ideas sociales y los partidos revolucionarios preparaban sus milicias obreras agrupándolas en sindicatos, en centros de estudio o culturales, Carlés formó las brigadas de la Liga Patriótica integrada por patrones, propietarios, pequeños propietarios y los hijos y familiares de todos ellos. A los argumentos del racionalismo socialista opuso la fe en los símbolos: Patria, bandera, propiedad, tradición. Al hombre revolucionario le opuso la mujer: en la mujer, tanto en la humilde como en la acaudalada, estaba la esperanza del porvenir de la Patria, ella es la que podía influir hora tras hora en el marido y en los hijos para que se apartaran de las malas ideas que sólo perseguían la disolución del hogar, de la familia, de la Patria.

Carlés no sólo agrupó a los poderosos sino que también organizó los "obreros buenos". Fue el primero que les aconsejó "de casa al trabajo y del trabajo a casa". De las brigadas de obreros buenos salían

los que iban a reemplazar a los huelguistas. Los obreros buenos rompieron muchos movimientos propugnados por la FORA (eran llamados "los patoteros d Carlés" o "crumiros"). Carlés sabía lo que hacía: premiaba a los obreros que más se destacaran en su lucha contra anarquistas y maximalistas y hacía de ellos los futuros capataces. Y también premiaba a los miembros de las fuerzas represivas que se habían destacado en su lucha con los elementos disolventes: así se condecoraba a agentes de policía, pesquisas, comisarios, bomberos, soldados, suboficiales y oficiales del ejército y de la marina.

Su labor fue incansable. Carlés viajó por todo el país con sus arengas que chorreaban colores azules y blancos y atronando los oídos de los paisanos de todas las latitudes con la palabra Patria. Era secundado eficazmente por damas jóvenes del barrio norte que les enseñaban a las obreritas moral y civismo.

Sus comunicados diarios en la prensa iban marcando los alertas ante las huelgas y las organizaciones obreras. Leamos, por ejemplo, el manifiesto de la Liga Patriótica Argentina del 1º de octubre de 1920: "*La agitación que va produciendo en las filas de los trabajadores de la campaña la ilusoria promesa de repartirles tierras, vacas y dinero ha tenido lógica repercusión entre los habitantes sensatos y laboriosos expuestos a la rapiña de locos y aprovechadores. No hay transeúnte a quien no se le invite a formar parte del gobierno comunista, donde ya las mujeres y los vagos se dan el título de comisarios del pueblo así sean ellas y ellos personajes desprestigiados por su moral pervertida. A la iniciación de los haraganes, los hombres de conciencia deben responder con altivez como cuadra a hombres que hemos vivido de la libertad ya que nuestro orgullo de hombres libres no conoció jamás la condenación del servilismo que ha destruido tantos pueblos. Los hombres de trabajo que quieren su bienestar personal y el progreso colectivo dentro del orden y la moral están en el deber de repudiar a los explotadores profesionales que al amparo de la ignorancia de algunos se dedican al saqueo y al pillaje*".

Como se ve, Carlés no empleaba palabras menores. Además tergiversaba -con mucha viveza- la realidad. Él sabía que los anarquistas no propiciaban ningún gobierno comunista. Todo lo contrario. Fueron ellos los primeros que alertaron contra lo que llamaban la traición a la revolución rusa por parte de los bolcheviques. Y así, mientras los grandes Estados capitalistas negociaban con Lenin y Trotzky y poco después el jerarca bolchevique Tchicherin, en Génova, asistía a un agasajo del rey de Italia y almorzaba con el delegado papal,

los anarquistas rusos hacían un llamado a sus compañeros de ideas en el mundo entero exhortándolos: "***No repitáis nunca nuestro error: no introduzcáis el comunismo de Estado. ¡Viva la revolución social del mundo! ¡Viva la solidaridad mundial del proletariado! ¡Abajo la burguesía y el Estado, comprendido el Estado proletario!***". Los proletarios rebeldes de Kronstadt eran masacrados por las tropas de Trotzky, quien fusiló proletarios como jamás había hecho ningún general burgués. Y el legendario Makhno, el líder campesino anarquista que se batía en lucha desigual contra los ejércitos zaristas y los bolcheviques al mismo tiempo, había declarado la guerra a muerte contra toda clase de Estado al grito de "¡Viva el soviet libre!".

Así están las cosas en el mundo y en la Argentina a fines de 1921, cuando Yrigoyen finaliza ya su mandato. A pesar de las grandes represiones obreras, la clase trabajadora ha tenido más libertad en el gobierno radical y se hicieron importantes leyes que mejoraron sensiblemente las condiciones de trabajo. En lo demás el "Peludo" pareciera inclinarse a la filosofía de que cada uno defienda lo suyo: si los poderosos no quieren perder sus ventajas, que se defiendan; si lo obreros quieren algo, que den la cara. Pero llegado el momento pone las fuerzas de represión del lado de los poderosos. No olvidar que es nada más que un gobierno de radicales…

Y en este episodio de Jacinto Aráuz se enfrentarán los obreros contra la policía y la Liga Patriótica (la escarapela de los reclutados por Carlés decía: "*El que no es amigo de la Patria es mi enemigo y lo combatiré sin descanso ni cuartel*"). Diciembre de 1921. Se está trillando ya la cosecha de trigo en la interminable llanura bonaerense- pampeana. Hermoso cuadro para poetas y para colegiales en vacaciones, pero no para los que tienen que hacer el trabajo.

El levantamiento de las cosechas se hacía con máquinas espigadoras. Es decir que, por medio de una lona conductora, la paja del trigo que acababa de ser cortada era llevada hasta el carro. El carro era conducido por un carrero y la carga era acomodada con pies y horquillas por un peón a quien se le llamaba "pistín". Cuando la carga estaba completa, el carro salía al trote rumbo a la parva. Ese trabajo, sumamente pesado, se hacía de sol a sol y los salarios eran miserables y ni que hablar de las condiciones de trabajo, que eran realmente inhumanas. Oigamos a un peón, que trabajaba en las cosechas de la zona de Villa Iris (relato corroborado por otros viejos trabajadores

agrícolas de distintas zonas del agro bonaerense): "***Lo más penoso no era el trabajo en las chacras, no importa lo agotador de la tarea, sino que lo inaguantable era el trabajo en las máquinas trilladoras, verdaderos lugares de esclavitud. Los horarios, por lo regular, eran desde las 4 de la mañana hasta las 11 de la noche, la comida se componía de un puchero de carne de oveja con una sopa de arroz y galleta dura. Los maquinistas eran los dueños de las trilladoras que hacían campañas de leguas y leguas de campo- respaldados por la policía y apañados por los políticos lugareños (casi siempre conservadores) eran la única justicia imperante. Si por el viento se podía gastar más la correa del motor, se hacía trabajar a los horquilleros contra el viento, es decir, que recibían en la cara toda la tierra y la paja que volaba***".

Hace pocos meses hablamos con Teodoro Suárez, dirigente obrero anarquista, protagonista de los desgraciados sucesos de Jacinto Aráuz y obrero de las cosechas durante muchos años, quien nos señaló que "la menor protesta de los asalariados en la cosecha era comunicada a la policía y detenidos los atrevidos que se dignaban protestar contra la esclavitud a que estaban sometidos.

La campiña argentina se violencia favorecida nos dice Suárez- por la presencia en los lugares de la cosecha de obreros rebeldes e idealistas que, en nombre de la FORA aconsejaban a los trabajadores a organizarse y defenderse de todos los negreros y explotadores. Ustedes son seres humanos se les decía a los peones- no son bestias de carga ni una clase inferior, son hombres que merecen respeto y deben luchar para vivir con dignidad: desconocer este derecho por parte de la sociedad es motivo de lucha para convertirla en otra mejor. "***Les decíamos a los trabajadores*** nos relata don Teodoro Suárez en su típico idioma anarquista***- que a la vez que luchen por el pan debían frecuentar bibliotecas, leer libros, combatir los vicios y pensar en el porvenir humano.***

Nuestra frase era: hagamos de nuestras organizaciones obreras universidades populares porque si bien la lucha económica es necesaria, más importantes son los valores morales y la conquista y defensa de la Libertad, tal como lo entiende y propaga la filosofía romántica del anarquismo. La organización de los productores se les decía a los sencillos trabajadores del campo***- es sumamente necesaria, pero para ser eficaz y poder llenar las aspiraciones emancipadoras que***

emanan de nuestras concepciones anárquicas deben de estar afincadas en los principios que dan imperecedera vida a la FORA".

Y se les remarcaba: "***Sólo tienen valor en el campo gremial aquellas organizaciones que nos se inclinan ante el déspota ni se dejan manosear por políticos arribistas o por grupos confusos y dictatoriales; nuestra organización ha de ser limpia y siempre al servicio de la libertad y la justicia***".

Pero volvamos al trabajo del campo. Además de los hombres que trabajaban junto a la trilladora, estaban los estibadores. Junto a las estaciones de ferrocarril de las localidades de zona de cosecha era donde más abundaba el trabajo: allí están los galpones y planchadas donde se almacena el cereal. Y es abundante porque no todos los peones podían resistir trabajo tan pesado.

Oigamos a un estibador de aquel tiempo: "***Las bolsas pesaban 80 kilos, se trabajaba corriendo cuando se cargaban vagones; las estibas tenían una altura de 24 bolsas; se subía por una escalera de madera denominada 'burro'. El trabajo de estiba se pagaba por día en los puertos, pero en la campaña no. En el campo se trabajaba a destajo y nadie sabía lo que ganaba por día ya que los capataces pagaban los domingos lo que ellos querían***".

Fue en el tiempo que la FORA presentó un pliego de condiciones a los cerealistas que es muy significativo: "***El peso de la bolsa será de sólo 70 kilos; los horarios serán de ocho horas diarias de trabajo de cuatro y cuatro, no se permitirá el consumo de bebidas alcohólicas ni el uso de armas en los lugares de trabajo; en lo que toca a la corrida de vagones, tapado de chatas, movimiento de 'burro', como movimiento de balanza, se cobrará extra; el trabajo no será al trote sino al paso normal de hombre***".

Estas condiciones de trabajo se lograron luego de duras luchas gracias a la acción de la FORA. Sobre esto nos dice el anarquista Suárez: "***La lucha fue tremenda: persecuciones, asesinatos, procesos falsos, torturas y cuanta infamia se pudo cometer por el sólo hecho de poseer un carnet de la organización forista. No obstante logrado el triunfo de la organización, los policías ignorantes y sumisos se desvivían para demostrar a sus amos su fiel servilismo, llenando los calabozos de obreros organizados y amantes de la libertad***".

Consignamos este último párrafo porque es típica de los anarquistas su aversión por la policía. Tanto es así que en el quinto

congreso de la FORA realizado en Buenos Aires se hizo pública una resolución por la cual se aconsejaba a los obreros "**a no dejarse conducir presos llegando a la violencia práctica para poner coto a los abusos policiales, debiendo las sociedades a que pertenecen prestarles ayuda material y moral**".

Esa resolución la cumplirán al pie de la letra los anarquistas en el caso de Jacinto Aráuz. Pero antes no podemos menos sobre esta aversión a la policía- que transcribir un pequeño suelto aparecido en el periódico anticlerical "El Burro" de marzo de 1919- en el cual se incita a los lectores a boicotear a la policía en los siguientes términos: "***Nuestros lectores deben repudiar al agente de policía, el rufián es más digno que el agente; ser policía es demostrar al mundo ser la escoria inmunda; su misión no es otra que ser un tritísimo alcahuete. Después de haber dado la nota triste con sus asesinatos al pueblo, hoy los tenemos convertidos en ladrones y salteadores***" .

En Jacinto Aráuz los obreros de la FORA habían logrado la firma del pliego de condiciones y además sumaron un nuevo triunfo: la eliminación de los capataces. Como buenos anarquistas no querían que los mandara nadie y la organización gremial se hacía responsable por intermedio del delegado de semana de que se hiciera el trabajo que solía hacer el capataz. A los capataces que no eran puestos por las casas cerealistas sino por los jefes de estación- los obreros les dijeron claramente: "Como sanguijuelas no los queremos; como compañeros pueden quedarse con nosotros". Es que el capataz tenía una ganga especial: por cada bolsa pesada cobraban un centavo, sin trabajar. Bolsa pesada es la que iba del carro a la balanza y de la balanza a la estiba. Es decir, había dos clases de bolsas: la que iba del carro directamente a la estiba era una bolsa que pesaba 70 kilos o menos (por ésta el capataz cobraba medio centavo) pero cuando el estibador sospechaba que la bolsa pesaba más que esa cantidad la llevaba a la balanza. Además de eso los capataces ganaban igual que los obreros: 6 centavos por bolsa "pesada" y 4 centavos por bolsa "derecha", es decir, la bolsa que iba del carro a la estiba.

La resolución de los foristas de Jacinto Aráuz de no permitir capataces produjo gran disgusto en el jefe de estación y en los candidatos a ese cargo, casi siempre "punteros" del caudillo conservador.

Se trabajaba tranquilo en Jacinto Aráuz. Eso sí, duro.

Hombrachones que cargaban sobre el lomo pesadas bolsas hora tras hora, llenos de tierra y sudor y que no sufrían de ninguna alergia pese a que las fosas nasales se les llenaban de esas briznas del trigo tan cantado por los poetas. Y a la noche tenían cita de honor: ir a escuchar al delegado de turno o algún orador anarquista viajero sobre la traición de los bolcheviques a la revolución rusa o la necesidad de eliminar todas las formas del Estado o la de educar a sus hijos en la negativa de cumplir cualquier clase de servicio militar o policial. Y no se tomaba alcohol, se bebía agua de pozo o de bomba.

Pero esa tranquilidad de aquel lugar era sospechosa. A principios de diciembre de ese 1921 comenzaron a circular rumores en el pueblo. Se hablaba de que la Liga Patriótica Argentina estaba preparando matones en Bahía Blanca. Y esas versiones se hicieron realidad. Un buen día apareció en Jacinto Aráuz un señor de apellido Cataldi. Llegó hasta el galpón del ferrocarril y preguntó por el delegado de semana. Lo llamaron a Machado un gauchazo nacido en el Uruguay- que estaba hombreando bolsas. Machado se presentó a Cataldi: "*Yo soy el delegado*".

Cataldi lo miró de arriba abajo y le dijo: "*Yo soy el nuevo capataz nombrado para esta estación. Si ustedes me reciben como capataz trabajarán conmigo, de lo contrario traeré cuadrilla para reemplazarlos*".

"*Vea, señor capataz* respondió Machado -, *lo mejor que puede hacer, ya que usted no es del pueblo, es irse y no aparecer más por aquí*".

Cataldi sonrió y, sin saludar, se fue.

A los pocos días, el sindicato anarquista de Jacinto Aráuz recibió una nota del superintendente del Ferrocarril Pacífico, señor Callinger, con oficinas en Bahía Blanca, que requería una delegación de la FORA para "*comunicarle con urgencia algunos problemas que interesan a esa organización*".

Ese mismo día se reunió la asamblea de estibadores y se dio lectura a la comunicación del superintendente del ferrocarril. Se resolvió enviar a tres delegados a Bahía Blanca. Allí, el funcionario les comunicó que había recibido quejas de los chacareros en el sentido de que los estibadores eran injustos con ellos pues le cobraban doble las bolsas del carro porque algunas pasaban del peso. Les propuso que si ellos dejaban sin efecto esa cláusula del pliego de condiciones, él no enviaría una nueva cuadrilla con capataz a Jacinto Aráuz.

Regresaron los delegados e informaron a la asamblea, que

luego de extenso debate decidió aceptar el temperamento propuesto por el funcionario del ferrocarril. La Sociedad de Resistencia de Obreros Estibadores de Jacinto Aráuz contestó por escrito al superintendente la aceptación de la propuesta.

Pero la suerte de la organización anarquista estaba echada. Lo que esperaba el superintendente era el rechazo y no la aceptación. Todo se había planeado para terminar con los anarquistas en esa zona. La victoria obtenida por los obreros al forzar la firma del pliego de condiciones había alarmado a las casas cerealistas, a los políticos conservadores y algunos radicales de la zona y, por supuesto a la policía. El plan era liquidar la organización sin más trámite. Para eso contaban con el visto bueno de Manuel Carlés y su Liga Patriótica que puso a disposición de los organizadores del plan una brigada de "obreros buenos" de Coronel Pringles a las órdenes del incondicional Cataldi, que las oficiaba de capataz.

Luego de enviar la carta a Bahía Blanca, los anarquistas se quedaron tranquilos pensando en que ya habían aflojado demasiado aceptando el pedido del superintendente. Además, aunque nunca habían confiado en la policía, veían que tanto oficiales como agentes se habían acercado a ellos y habían iniciado una especie de entendimiento cordial.

Pero el 8 de diciembre aparecieron por las calles de Jacinto Aráuz 14 hombres al mando de Cataldi provenientes de Coronel Pringles. Todos fueron alojados en el mejor hospedaje de la localidad. Los anarquistas volvieron a la realidad; ahora sí, sabían que si aflojaban lo iban a perder todo. ese día cumplieron normalmente las tareas, pero al anochecer, cuando el delegado Machado fue a entregar las llaves del galpón de la estación al jefe de la misma, este le expresó:

- Mañana se hace cargo de los galpones la nueva cuadrilla.

La noticia cundió de inmediato. Machado reunió a sus hombres y todos se desparramaron en distintas direcciones. A caballo y en sulquis se dirigieron a convocar a los compañeros de las localidades vecinas de Bernasconi y de Villa Alba (que hoy se llama José de San Martín), ambas en La Pampa.

Mientras tanto, dos o tres foristas, entre ellos Teodoro Suárez, salieron al paso al grupo de hombres de la Liga Patriótica y les inquirieron qué era lo que los traía por Jacinto Aráuz. Los recién llegados contestaron primero con evasivas pero luego confesaron que

venían a trabajar en la estación pero "que los habían traído engañados". Aunque ya no podían hacer nada porque no tenían dinero para regresar a sus hogares.

Los foristas les contestaron que no se preocuparan, que ellos les iban a juntar dinero para pagarles el pasaje de vuelta y más, todavía, si alguno de ellos quería quedarse a trabajar en Jacinto Aráuz podía hacerlo, pero a la par de los de la cuadrilla de obreros organizados. Por último se los invitó a participar de la asamblea que la Sociedad de Resistencia iba a realizar esa noche.

Pero, por supuesto, no concurrieron. La asamblea comenzó a las dos de la madrugada del 9 de diciembre de 1921. De ella participaron los trabajadores de Jacinto Aráuz, de Bernasconi y de Villa Alba. Todos los oradores estuvieron de acuerdo en una sola cosa: defender el lugar de trabajo "***ya que lo planeado era una desvergüenza y una provocación incalificable a los hombres de trabajo, y el tener ideas de bien, personalidad responsable y decencia, era un delito para los negreros de La Pampa***". Además, se calificaba a los hombres de la Liga Patriótica de "***carneros, matones y guardaespaldas***".

De allí, la cuadrilla de trabajadores se dirigió a tomar el galpón y, cuando se aproximó Cataldi y la gente de la Liga Patriótica no se les permitió la entrada. Los policías, mientras tanto, habían ocupado la playa de estacionamientos y cuando notó que se estaba por iniciar la refriega, comenzaron a dar grandes voces dirigidas a los obreros anarquistas:

- ¡Muchachos, no tiren, todo se va a arreglar!

Las armas que ya habían salido a relucir en todos los sectores volvieron a esconderse. Hasta el capataz Cataldi volvió a embolsar los dos revólveres que había mostrado en sus manos.

El delegado Machado resolvió entonces dirigirse a la oficina de la estación para enviar un telegrama (por el telégrafo ferroviario) al superintendente de Bahía Blanca, reclamándole por el cumplimiento de lo pactado. El jefe de la estación se negó en principio a transmitir ese telegrama, demostrando que estaba en el plan, pero la actitud resuelta de los obreros foristas determinó que cambiara de actitud. Al telegrama de Machado, el superintendente comunicó al jefe el siguiente cable: "***Clausure galpones, yo viajo***".

Esto tuvo la virtud de calmar los ánimos. Se aguardaba entonces la llegada del alto funcionario. Los anarquistas tenían confianza que se cumpliría con lo convenido.

Todos se desconcentraron y los foristas se fueron hasta el boliche de Amor y Diez donde se pusieron a asar un cordero. Eran las 8 de la mañana. El lugar donde se reunieron los trabajadores fue rodeado enseguida por la policía. Se notaba que había un tenso clima y que los efectivos policiales de Jacinto Aráuz habían sido reforzados por agentes de pueblos cercanos. El oficial Merino, que estaba al frente de la tropa, se llagó hasta la comisaría para comunicar a sus superiores el lugar donde se encontraban los trabajadores. Al poco rato llega el oficial de policía Américo Dozo y se dirige a los obreros que se disponían a comer:

- Señores, traigo órdenes del comisario Pedro Basualdo para que vengan conmigo a la comisaría y dejen las armas.

Los obreros se miran; están sorprendidos pero no intuyen todavía lo que se les tiene preparado. Es cuando toma entonces la palabra el obrero Carmen Quinteros, santiagueño de pura cepa y tan anarquista como Bakunin. Quinteros le señala a los compañeros que no era necesario desacatarse a la orden del policía pero que creía suficiente con que se enviaran tres delegados hasta la comisaría para ver qué es lo que quería el comisario Basualdo.

Pero el oficial Dozo insiste:

- Tengo orden terminante del comisario de que tienen que ir todos y desarmados.

El asunto pinta feo. Es entonces que se levanta el cubano Manuel Oyarzún a quien todos conocen como "el maestro". Es un hombre de la localidad de Villa Alba, muy respetado por todos los de la FORA; se puede decir que su palabra es siempre acatada porque tiene el matiz de la razón.

- ***Compañeros, estos señores parece que tienen mucha prisa en darle a nuestro problema un mero corte policial. Es necesario ser prudentes y que no parta de nuestro lado un motivo de choque con la policía que es lo que está buscando la patronal. Si rehusamos ir a la comisaría se nos puede acusar de desacato y vemos que la policía tiene órdenes de cumplir con lo resuelto por el comisario. Yo sé cual es el ánimo de los compañeros por la injusticia que se está cometiendo con nosotros, pero igual les aconsejo ir hasta la comisaría para saber de qué se trata.*** Pero Carmen Quinteros aclaró algo a los compañeros ya que en todos estaba latente aquella recomendación de la FORA de no dejarse conducir presos- y agregó a lo de Oyarzún:

- ***Estoy de acuerdo en ir todos a la comisaría pero no en calidad de detenidos. Vamos a ir acompañando al oficial voluntariamente y por eso debe retirarse la policía***.

El oficial Dozo percibió que los obreros habían mordido el anzuelo y sin perder tiempo dijo:

- *Así me gusta muchachos, miren*- y se levanto la chaquetilla para demostrar que no llevaba armas -; sargento, vaya con los agentes para la comisaría, los muchachos van a ir todos conmigo.

Con el oficial Dozo marcharon los obreros hacia la comisaría. El sargento con los vigilantes marchaba a prudente distancia escoltando al grupo, cosa que no les daba gran tranquilidad a los estibadores.

Así llegaron al patio de la comisaría. Allí era otro el cantar; la trampa estaba preparada. El grupo obrero se quedó en el centro del patio y fue rodeado por seis agentes armados. El oficial Dozo hizo como que iba a buscar al comisario Basualdo, pero volvió con armas y dirigiéndose a Machado le dijo:

- Pase usted, Machado.

Machado, pasó, creyendo que en su calidad de delegado de semana el comisario lo quería hablar a él. Pero se equivocó. Porque no habían pasado dos minutos cuando Dozo dirigiéndose de nuevo al patio señaló a Guillermo Prieto: ahora venga usted. Prieto pasó pero lo que vió lo hizo retroceder unos pasos mientras gritaba:

- ¡Compañeros! ¡Dan la biaba!

Lo que había visto Prieto era suficiente: a Machado lo habían rodeado entre el comisario Basualdo, el subcomisario, otro oficial, varios agentes y un particular y lo habían bajado a garrotazos. Prieto apenas pudo gritar porque también desapareció en el cuarto donde daban la gran paliza.

- Pase un tercero- gritó entonces Dozo a los anarquistas.

No se movió nadie. Y se escuchó al santiagueño Carmen Quinteros al mismo tiempo que daba un paso adelante:

- Aquí no hemos venido en calidad de detenidos. Que salga el comisario Basualdo para que nos diga qué se propone con nosotros.

En ese momento apareció el comisario Basualdo por un molinete; llevaba un Winchester con el que apuntó a Carmen Quinteros mientras gritaba:

- ¡Ahora vas a ver! ¡Agentes, métanle bala, no dejen a ningún anarquista vivo!

De un certero balazo, el comisario Basualdo degolló literalmente a Quinteros que cayó desangrándose.

- ¡A tiros no, Basualdo! se oyó gritar todavía a Jacinto Vinelli, secretario de la Sociedad de Resistencia de Estibadores.

Les habían ganado de mano. Al grupo de obrero les caían balas de todos los costados. Estaban cercados. Pero esos anarquistas no eran nenes de teta. No practicaban el "de casa al trabajo y del trabajo a casa". Quien más quien menos sacó su arma de fuego o su cuchillo. La sorpresa les ocasionó varios heridos pero se repusieron y se armó de lo lindo durante más de veinte minutos. ¡Cuidado con las fieras enjauladas!, y eso era lo que parecía ese grupo de hombrachones tirando a diestro y siniestro. Los policías cuando vieron que la cosa no era tan fácil de pegar cuatro tiros y que todo el mundo levantara los brazos rindiéndose, comenzaron a buscar mejor protección. Diez minutos más y los anarquistas tomaban la comisaría y hacían presos a los representantes del orden en este hecho único de la historia policial argentina: un tiroteo con anarquistas en el patio de una comisaría.

Pero a los discípulos de Malatesta se les acabaron las balas. Ninguno de ellos tenía más de un cargador o más que el tambor lleno del revólver. Y tuvieron que dejar el lugar. Algunos lograron detener dos automóviles que pasaban por el camino y desaparecer mientras otros trataban de buscar los bosques cercanos.

El patio de la comisaría presentaba un espectáculo escalofriante: los estibadores habían tenido una baja: Carmen Quinteros. La policía dos muertos: el oficial Dozo y el agente Freitas. Pero de ambos lados muchos heridos graves (de ellos moriría poco después otro oficial, Eduardo Merino y otro agente, Esteban Mansilla, y el estibador Ramón Llabrés, que había venido de la localidad de Villa Alba a dar su solidaridad a dar su solidaridad a los hombres de Jacinto Aráuz). En total, cuatro policías y dos anarquistas muertos.

Las cosas habían resultado mal a la policía. El comisario Basualdo no había pensado ni remotamente que los anarquistas iban a luchar tan fieramente. Pero ahora la situación cambiaba porque los trabajadores se habían quedado sin armas y él había pedido urgentes refuerzos a Bahía Blanca, Villa Iris, Villa Alba y Bernasconi. Además se alertaron las comisarías de General Villegas, General Pinto, Carlos Tejedor, Rivadavia, Trenque Lauquen, Pellegrini, Adolfo Alsina, Saavedra, Puán, Tornquist, Guaminí, Villarino y Patagones para que detuvieran a los prófugos.

Iba a empezar así la caza del anarquista. ¡Guay del que cayera en manos de la policía!

Las partidas policiales iban al mando del subcomisario Modesto Rivaldi, de Villa Iris; del oficial Roberto Randone, de Villa Alba; del subcomisario Luis A. Bianchi, de Bernasconi; del comisario López Osorno, también de Bernasconi; del comisario Hipólito Almeyra, de Puán; del oficial Pedro Gómez, de Darregueira y del oficial Velázquez de Guatraché. Luego llegarían el inspector Bacigalupi, de Santa Rosa y el comisario Antonietti, de General Acha.

La versión policial de lo sucedido señalaba que un grupo de peligrosos anarquistas, en número superior a los 40, habían asaltado de improviso la comisaría de Jacinto Aráuz pero que había sido rechazado por la abnegada defensa de los representantes de la ley que, aún, arriesgando sus vidas lograron mantener el local y hacer huir a los individuos de ideas extranjerizante.

Mientras los caminos eran cortados y se buscaba en los bosquecillos cercanos, el comisario Basualdo ocupaba su tiempo en allanar el local de la Sociedad de Resistencia, del que no quedó nada en pie: los muebles destrozados fueron a parar a la calle y no quedó vidrio sano, secuestrándose mucho material de "carácter subversivo". También fueron allanados sin contemplaciones los domicilios de los obreros federados no sólo de Jacinto Aráuz sino también de todos los pueblos vecinos. Había que aprovechar la bolada y dar el gran escarmiento. Y valía la pena porque según la policía, se hicieron hallazgos como para poner los pelos de punta a más de un tranquilo burgués. Por ejemplo, lo encontrado en el domicilio del secretario de los estibadores de Bernasconi, Alfonso de Las Heras "*alias el sordo, donde se hallaron cartas comprometedoras, banderas rojas, insignias subversivas y un frasco de estricnina*".

El subcomisario Bianchi fue quien más se distinguió en la persecución. Y precisamente fue quien logró detener a Alfonso de Las Heras quien había huido a pie, con Teodoro Suárez a campo traviesa. Los dos buscaron refugio en un puesto y allí fueron rodeados por una comisión policial al mando del comisario Bianchi. Los hicieron venir con las manos en alto, los rodearon y Bianchi en persona comenzó a golpearlos con un caño de hierro dándoles golpes en la cabeza, en las costillas y en los riñones. Las Heras cayó al suelo y Teodoro Suárez corrió hacia el auto policial para buscar refugio. Pero allí fue peor porque los acomodaron en el piso y los fueron pisoteando con las botas.

Los llevaron al patio de la comisaría que estaba lleno de charcos de sangre. Habían recogido los cadáveres de los policías muertos pero todavía estaba tirado el de Carmen Quinteros. Allí iban siendo concentrados los prisioneros. Cada uno que llegaba era atado de pies y manos con alambres y se lo dejaba a merced de los policías que habían quedado en la comisaría que se sacaban la rabia y el gusto a latigazo limpio. Luego fueron traídas las mujeres de los anarquistas presos que tuvieron que asistir a los castigos a que eran sometidos sus compañeros. Entre uno de esos castigos se contaba el siguiente: mientras un policía lo levantaba en vilo de los pelos al preso, otro vigilante le orinaba la cara.

El doctor Enrique Corona Martínez, brillante jurisconsulto que tomaría días después la defensa de los detenidos, describió las torturas sufridas por ellos y señaló que pocas veces se había empleado tanta crueldad en el trato de gente presa. A los heridos y a los golpeados no se les prestó atención médica en ningún instante hasta que llegó el juez federal del territorio, doctor Perazzo Naón.

Oigamos ahora el relato de lo que fue aquella noche en la comisaría de Jacinto Aráuz, de los labios de la criolla Zoila Fernández. Esta mujer a pesar de tener "ideas extranjerizante" era criolla de pura cepa. Era un tipo de mujer que curiosamente se dio mucho entre las que acompañaban a hombres de ideas libertarias. Eran "compañeras" y nunca negaron nada a los compañeros que iban en busca de descanso o de refugio: allí encontraban en todo momento alimento, ropa limpia, caricias. No pocas de ellas fueron criollas, otras judías y alguna que otra italiana.

Esas mujeres servían de horrorizado mal ejemplo de inmoralidad a Carlés y su Liga Patriótica que enseñaban a las "obreras buenas" lo que no debían hacer. Zoila Fernández tenía tres hijos y era compañera de Jacinto Vinelli, secretario de la Sociedad de Resistencia de Jacinto Aráuz. Este, con Machado, José María Martínez y Francisco Real habían logrado huir. Por eso, la policía fue a buscar a Zoila Fernández para que dijera dónde se hallaba su compañero (o su "concubino" de acuerdo a la jerga policial). Leamos el relato que hizo Zoila Fernández al juez sobre el mal trato recibido: "Poco después de las once me visitaron no menos de veinte policías, entre ellos el comisario de Villa Iris, los que entre insultos y amenazas me pusieron las esposas, dedicándose luego al saqueo de la casa. Destrozaron lo que pudieron en la mía, pasando de inmediato al local de la sociedad donde lo que no

pudieron llevarse le prendieron fuego. Como todo esto lo hicieron en presencia mía, les pedí me sacaran las esposas para llevar a mi hijito, que apenas tenía cuarenta días, pero mis ruegos fueron desoídos, conduciéndome a golpes a la comisaría. Allí contemplé el cuadro más horrible. Los charcos de sangre causaban una dolorosa sensación. Los heridos respiraban con dificultad y de vez en cuando hacían oír un quejido entrecortado. Cuando por la tarde los policías se habían repuesto del susto, me llevaron a la oficina, donde después de dirigirme toda clase de improperios me tomaron por la nuca y me llevaron hasta el patio para hacerme limpiar con la cara los charcos de sangre. (Testigos presenciales de este hecho nos relataron que Zoila Fernández gritaba histérica: '¡no me importa que me hagan esto, es sangre de machos, sangre de anarquistas!'). Luego fui conducida a un calabozo con la amenaza de que a la noche la pagaría, esta amenaza que yo la veía cumplirse, porque no hay espíritu más ruin que el del policía, y el recuerdo de mis queridos hijitos, a quienes no vería más, me estremecieron de espanto y pasé unas horas que me serán inolvidables mientras viva. Sin embargo estaba convencida que antes de ser ultrajada tendría la suficiente fuerza para hacerme asesinar. Felizmente las amenazas no llegaron a cumplirse gracias a un oficial, que habiendo sorprendido las provocaciones de los policías me hizo poner guardia. Más tarde, y por indicación del mismo oficial, logré que me trajeran a mi hijito, que se me moría de hambre y con él presencié las horribles torturas que les fueron aplicadas a indefensos obreros, que ni habían participado del hecho. Nunca vi crueldad más grande. Se les cruzaban las muñecas por detrás y se les ligaba con alambres de púa. El juez Perazzo Naón encontró a los presos en esas condiciones y, por orden suya, después de las declaraciones de práctica se nos puso en libertad a mí y a otra compañera, y a los presos se les quitó las ligaduras. Pero cuando el juez se fue a comer, los polizontes volvieron a ligarles las muñecas a los presos, aunque esta vez con alambres de fardo. Así permanecieron hasta el otro día en que fueron conducidos hasta Santa Rosa".

Así es, al día siguiente los presos, terriblemente golpeados y heridos fueron encadenados unos con otros y allí, antes de la despedida de Jacinto Aráuz fueron víctimas de nuevos castigos. El que más se distinguió en esta paliza de despedida fue un cabo de la policía montada de Bahía Blanca, de apelativo "Barullo". Pero, en el tren

especial que los iba a conducir a Santa Rosa, se hizo cargo de ellos un policía de ley, el sargento Zárate, quien dijo a sus subordinados: "*estos presos son ahora mis presos, mucho cuidado con tocarlos que ala postre quien sabe si son culpables*" y dirigiéndose a los presos: "*ustedes no traten de crear dificultades; Mientras estén bajo mi custodia nadie los va a tocar, se lo garantiza el sargento Zárate*".

Y cumplió con su palabra aun en el momento de más peligro. En Santa Rosa, los esperaba la Liga Patriótica. Al llegar los presos a la estación, un profesor del Colegio Nacional y un abogado arengaron a los presentes para que "*el pueblo se hiciera justicia por su propia mano*". Con ello caldearon el ambiente porque en Santa Rosa reinaba gran indignación por la muerte del oficial Dozo, perteneciente a una apreciada familia del lugar. A duras penas el sargento Zárate logró salvar a los presos de que los lincharan.

Nada menos que el dramaturgo Pedro E. Pico y Enrique Corona Martínez fueron los abogados defensores de los estibadores. Corona Martínez se fue a vivir a Jacinto Aráuz y allí se hizo pasar por corredor de comercio para reunir todos los antecedentes del caso. Fue él quien en un profundo alegato demostró que al comisario Basualdo se le había entregado una suma de dinero para que se prestara a la eliminación de la Sociedad de Resistencia.

Pero, esas fueron palabras que se llevó el viento. La única realidad fue que no solo fue destruida para siempre la organización obrera en esa localidad sino en muchas localidades vecinas.

No bien se tuvo la noticia en Buenos Aires, la FORA se puso manos a la obra. Hizo un llamado de solidaridad y los primeros que se presentaron fueron los obreros ladrilleros que sacaron 600 nacionales de su caja para ayudar a los presos de Jacinto Aráuz y para dar protección a los prófugos.

La FORA dará a conocer un indignado manifiesto titulado: "La barbarie policial en La Pampa" y que decía entre otras cosas: "*por la verdad y la justicia, el proletariado de la FORA debe aprestarse a la lucha. No es ya el simple encierro en los inmundos calabozos, ni las simples deportaciones ejecutadas por los comisariotes en connivencia con los señores de la Liga Patriótica y el comercio lo que se practica, sino el asalto, el crimen y la alevosía, bajo la inmunidad del código y de la fuerza*".

"*El cobarde y vandálico atropello continúa- perpetrado por las hordas policiacas contra un grupo de trabajadores, compañeros nuestros, en el pueblo*

de Jacinto Aráuz, es uno de los tantísimos jalones manchados con sangre proletaria por los lacayos incondicionales del capitalismo. Pero frente a las hordas criminales de los que usurpan la riqueza y el poder, frente a las venalidades de esa prensa que mide la verdad y la justicia según el valor de la moneda en que le gratifican su postura, como frente a la cobardía de los que antes de sentirse hombres un solo minuto de su vida, prefieren con su silencio complicarse en los crímenes más abominables, están centenares de trabajadores que no abandonarán a sus hermanos de infortunio".

"*La vieja FORA que en más de una ocasión hizo temblar a la canalla gubernamental, no abandonará a sus hijos a merced de la injusticia que se inclina siempre al lado de quienes la detentan. Por eso, contra la prensa celestina y mercenaria que desde el primer momento está empeñada en tergiversar los hechos para que se sepulte en las mazmorras carcelarias a nuestros hermanos de Jacinto Aráuz, damos hoy este manifiesto a los trabajadores del país y a los hombres de sentimientos sanos para que juzguen quienes son los criminales y quiénes los que deben ir a ocupar los calabozos*".

Termina diciendo la FORA: "*La ofensa inferida a los trabajadores de Jacinto Aráuz es la ofensa inferida a todos los trabajadores de la FORA. Recojamos el guante*".

Pero un hecho más importante vendría a ocupar a la FORA y a la opinión pública en general. Comenzaban a venir las noticias de la represión de las huelgas patagónicas por el teniente coronel Varela. Los obreros comenzaron a tener conciencia de lo que significaba la tremenda lección impartida por el ejército argentino a los obreros patagónicos. Las noticias de los fusilamientos en el lejano sur quitaron importancia a lo de Jacinto Aráuz aunque este último hecho marcaba la forma diametralmente opuesta de reaccionar de los obreros: en la Patagonia se entregaban sin luchar. En Jacinto Aráuz habían demostrado que había que luchar aún presos dentro de la comisaría.

Al delegado Machado y al secretario Jacinto Vinelli jamás pudo capturarlos la policía. El primero desapareció y nunca más se supo nada de su vida. Jacinto Vinelli siguió prófugo durante casi ocho años dedicándose en esos años al anarquismo "expropiador". El 21 de agosto de 1928 fue detenido en una farmacia con un fajo de billetes de diez pesos falsos, de la falsificación realizada por el anarquista alemán Polke.

De los protagonistas de los hechos de Jacinto Aráuz pese a la brillante defensa- seis fueron condenados a tres años de prisión:

Teodoro Suárez, español, con ocho años de residencia en el país; Manuel Oyarzún, cubano; José María Martínez, de Villa Alba, y Abelardo Otero, también de la misma localidad. A Otero luego le adicionaron un año más por un hecho huelguístico acaecido en Salto. Estos pasaron once meses en la cárcel de Santa Rosa y el resto de sus condenas en la cárcel de General Acha. El resto de los compañeros salieron a los tres y los once meses. Los policías fueron todos absueltos.

De los que sufrieron mayor condena, Teodoro Suárez se destacó posteriormente como dirigente obrero de la FORA. Luego de actuar largos años en Villa Constitución donde floreció una de las federaciones locales más fuertes, prosiguió en la Capital. En 1952 conoció nuevamente la cárcel y las torturas por haber sido el autor de un manifiesto de la FORA contra descuentos compulsivos a los obreros, ordenados por la CGT peronista. Se lo detuvo en la subprefectura de Boca y Barracas donde el oficial Méndez le rompió tres costillas a garrotazos y luego fue colgado de un gancho por las esposas junto a los obreros Oliva Cenaumont, Santana, Zacarías y Mayorga y a los imprenteros Loeda y Galepi. Habían pasado los tiempos y los gobiernos, pero seguía habiendo cárcel y torturas para los últimos anarquistas que seguían firmes en sus convicciones.

Al recordar el hecho de Jacinto Aráuz no podemos poner punto final sin recurrir a aquel ardiente escrito de Rodolfo Gonzales Pacheco, titulado precisamente "**¡Anarquistas!**", y donde entre otras cosas dice:

"El anarquista es un hombre de batalla. La pelea es su juego; es la arena en que mejor él destaca su bravura fatal, o es el mar, cuyas crestas amargas cumbrea jubiloso. La derrota o el triunfo no cuenta; son impostores que el anarquista supera y desprecia mientras marcha a cumplir su destino; su destino no es tan poquita cosa como una corona de flores o de espinas, sino mucho más: morir peleando, pelear para ser libre".

"Todo lo que no sea batalla, le viene chico o le queda ridículo al anarquista. Es un hombre de batalla y no de componendas o sutilezas. Con él no hay arreglo nunca. No pacta ni desiste; lucha y afirma. Tipo nuevo en la historia, generador de otra especie de hombres, macho ardiente y poderoso que avanza, bramando amor, a poseer la Vida".

"Y la batalla es su juego; es la luz que destaca su musculatura fornida y ágil. Su arena candente y su oleaje amargo. Lo que él cumbrea y donde él se clava".

"No ven mal ¡no! Los que le ven como a un insurrecto eterno, tenaz y diabólico. ¡Es él! Los que tiran a matarle, le conocen; los que le llaman peligroso, a él, al anarquista nombran. Timbre es esto y no calumnia; flechas bajo cuya lluvia canta, sin romperse, su talla de granito".

"¡Anarquistas! ¡Os hablamos con la voz de huracán de la Anarquía; Crespa, ruda, sostenida. La guerra con los burgueses es hoy, fue ayer y debe ser siempre, definitiva y a muerte. No peséis vuestras acciones en la balanza tramposa de los legalitarios, negros o rojos. Sólo un peso debéis sentir en vosotros; el peso que os clave al suelo, que os afirme en el destino y que os aplome, machos ardientes y poderosos, frente a la vida; el peso de los testículos!".

Casi cincuenta años han pasado. Y no en vano. La vida en el campo ha cambiado. No sólo por el adelanto de la técnica que ha terminado con el trabajo humano más sacrificado sino también por las leyes sociales que la humanidad ha sabido ir imponiéndose principalmente a partir de la finalización de la segunda guerra mundial.

Del inmigrante extranjero que iba a trabajar al campo se ha pasado en nuestro país al hijo de la tierra que se viene a la ciudad a engrosar los conglomerados urbanos. A partir de 1943 se le dan leyes sociales al hombre de campo que si bien no lo dignifican en su aspecto integral lo sacan del oprobio y de la dependencia más primitiva a la que estaba sometido.

Así como no en vano pasan los años de la humanidad con sus marchas y contra marchas en el aspecto social, así tampoco fueron vanas las luchas de esas "sociedades de resistencia" que pulularon en olvidados pueblos de nuestro extenso país. Nada se puede negar, como no se puede negar la acción de los parlamentarios socialistas que desde sus bancas lucharon por las primeras leyes sociales en nuestro país leyes que firmaron presidentes conservadores y radicales- y como los estatutos de las diversas ramas del trabajo que impuso Perón.

En este trabajo se ha tratado de dar el clima cierto de aquellos años. Por ejemplo, el odio tremendo de los anarquistas a todo lo que vistiera uniforme, en este caso la policía, odio que los llevaba a no diferenciar a la policía en función política de la policía en función social. Y, debemos reconocer, que en algo les cabía la razón porque fue culpa de todos los gobiernos en este país el usar a la policía en la represión de las ideas. Al mismo policía que ordenaba el tránsito o ayudaba a un

accidentado se lo usó para allanar un sindicato o apresar a un intelectual o reprimir una manifestación política. Cuando al gobernante de turno se le quemaban los papeles recurría a la sirvienta para todo servicio: la policía. Es así como luego se generalizaba el concepto y no se sabía diferenciar entre un comisario Basualdo que la emprendía a tiros con peones de campo y un sargento Zárate que los protegía de ser apaleados y linchados. Así, nuestra policía a tenido que apalear a radicales en tiempo de conservadores; Apalear socialistas y anarquistas en tiempos de radicales; apalear antiperonistas en tiempos peronistas y apalear peronistas en tiempos antiperonistas. Eso ha sido tan peligroso para la institución policial como el otro aspecto en la que es culpable nuestra sociedad: se ha glorificado y batido palmas a los "policías de acción" esos que descargan sus armas antes de preguntar, en vez de poner alto el ejemplo de esos comisarios concienzudos que se han conformado con ser fieles ejecutores de la justicia y que han tenido en cuenta siempre que es preferible dejar escapar a diez culpables y no matar a un inocente.

Finalizado este pequeño capítulo para la historia de las ideas anarquistas en nuestro país nos queda por decir que, a pesar de tener en la década del veinte y aun del treinta varios momentos de esplendor, la influencia libertaria y la acción de la FORA fue decayendo sensiblemente hasta pasar a límites mínimos después de la guerra civil española y la guerra europea y, aquí, por la influencia del sindicalismo estatal peronista. Su campo actual está circunscrito al terreno de las ideas, que será valioso si el anarquismo se conforma en la tarea anónima pero gigantesca marcada por Malatesta: "**A los anarquistas les compete la especial misión de ser custodios celosos de la libertad, contra los aspirantes al poder y contra la posible tiranía de las mayorías**".

IV

La influencia de la inmigración italiana en el movimiento anarquista argentino.

Dos preguntas han preocupado permanentemente a los estudiosos del movimiento obrero argentino: ¿Por qué el éxito del anarquismo en la Argentina? Y como contraposición: ¿Por qué su decadencia después de tres décadas y su rápida desaparición a partir de 1930 y su casi total absorción por el peronismo desde 1943-, es decir, ¿cómo explicar el cambio de movimiento antiautoritario descentralizado en movimiento autoritario verticalizado?

No es el tema a debatir esos interrogantes pero sí lo menciono porque precisamente la influencia de la inmigración italiana en la Argentina actuó en forma directa tanto en el auge como en la decadencia del movimiento obrero anarquista en la república del Plata.

Sin ninguna duda dos figuras del anarquismo italiano: Errico Malatesta y Pietro Gori tuvieron una influencia definitiva en la formación y consolidación del anarquismo organizado argentino. Sin la larga estancia de Errico Malatesta (1885-1889) y de Pietro Gori (1898-1902) es muy posible que el movimiento no hubiera crecido tan aceleradamente ni se hubiera cohesionado, cayendo en nuevas divisiones y en discusiones destructivas, características constantes en el movimiento socialista libertario mundial.

Con Malatesta llega a la Argentina un gran propagandista y un hombre de talento organizativo. La importancia de su accionar quedó marcada por tres características esenciales: su internacionalismo (por ejemplo, su contacto con anarquistas españoles y criollos a su arribo a Buenos Aires es inmediato); su predisposición a ver en los obreros y sus organizaciones el mejor medio para predicar su ideología, y su tendencia organizativa y combativa. Son precisamente estas tres características las que sirven para delinear el rumbo del anarquismo argentino, que fue importante sólo en cuanto a su arraigo en el movimiento obrero.

Con razón dice Diego Abad de Santillán que la llegada de Malatesta contribuyó a retardar la formación del socialismo en la Argentina y su desarrollo.A este respecto, es fundamental la fundación del sindicato de Obreros Panaderos. Malatesta, al redactar el estatuto

de la organización marcó toda una línea que iba a servir de norma para otras organizaciones obreras combativas. Paralelamente y siempre refiriéndonos a la parte organizativa- también iba a ser fundamental, casi tres lustros después, la presencia en Buenos Aires del abogado italiano Pietro Gori, en la formación de la Federación Obrera Argentina (FOA), la primera central obrera, cuyo congreso inaugural se llevó a cabo en el salón Ligure, calle Suárez 676, del barrio predominantemente genovés de la Boca. De los 47 delegados obreros, más de la mitad 26- tenían apellidos italianos: Colombo, Magrassi, Ponti, Montale, Moglia, Larrossi, Cúneo, Garfagnini, Ferraroti, Cavallieri, Barsanti, Berri, Di Tulio, Rizzo, Negri, Oldani, Mosca, Bernasconi, Lozza, Barbarossa, Grivioti, Patroni, Basalo, Mattei, Bribbio y Pietro Gori.

Entiéndase bien: la importancia de Malatesta y Gori radica en que precisamente estos dos pertenecían a la tendencia organizacionista y no a la del individualismo anarquista. Si esta última corriente hubiera tenido la ayuda de las personalidades como la de esos dos viajeros, es posible que el socialismo libertario no hubiera alcanzado tanto arraigo en el movimiento obrero. Esto en cuanto a organización; pero hubo otra característica que sirvió de catapulta a la ideología anarquista dentro del movimiento obrero: fue el éxito de la primera huelga de los panaderos, en enero de 1888. Los fundadores del sindicato de los obreros panaderos fueron Ettore Mattei y Francesco Morno, dos italianos de Livorno (Novara) y quien redactó el estatuto y programa de la organización fue Errico Malatesta. El papel de este y de Mattei fue fundamental porque en vez de hacer una sociedad mutualista lucharon para que fuera una auténtica sociedad de resistencia, la que además llevaba el calificativo de “cosmopolita”.

Un año después de su fundación se realiza la primera huelga de ese gremio que llama la atención por su combatividad a pesar de la dura represión policial. El éxito queda como antecedente para otros movimientos del mismo carácter el de zapateros, por ejemplo, orientado también por Malatesta, autor de manifiestos del movimiento de fuerza- y que va definiendo toda una conducta que hace de los anarquistas hombres confiables en la orientación de la táctica obrera de esa época.

Por supuesto que las características combativas de las huelgas y el eco que encontraban las sociedades de resistencia se debían a diferentes circunstancias sociales y económicas de esa Argentina en

expansión. Si bien el obrero allí a fines de siglo- percibía un salario medio inferior en un 32% al obrero estadounidense, 12% al obrero francés, 9% al obrero inglés y 3% al obrero alemán, era superior de todas maneras al que percibían en Italia y España. Pero esto, que de alguna manera hubiera tranquilizado a cualquier emigrante de esos dos países tenía también sus aspectos negativos sociales y espirituales: la inseguridad del nuevo país, la falta casi absoluta de leyes obreras, con grandes crisis económicas a corto plazo y la esperanza defraudada de muchos que habían hecho el sacrificio de dejar lugares de origen y familia con otras expectativas, no ya la de "hacer la América" rápidamente y poder regresar y gozar de una vejez tranquila sino para por lo menos no fracasar y no sufrir hambre como allá.

En el periodo que abarca la última década del siglo XIX y los primeros años del presente lapso en que se conforma definitivamente la organización del movimiento obrero argentino- debe tenerse en cuenta este aspecto emocional de las masas de obreros inmigrantes en un país que realizaba una tremenda y rápida transformación. Y es aquí donde vamos a encontrar las primeras respuestas al porqué de la difusión del anarquismo en la Argentina con preponderancia sobre el socialismo.

A todas esas masas inmigrantes, el socialismo les proponía obtener carta de ciudadanía argentina para poder votar y elegir a sus representantes; el anarquismo, en cambio, predicaba la acción directa, la negación de un Estado -reservado a los hijos del país en cargos electivos y basado en el fraude y el caudillismo parroquial -, y la defensa de sus intereses en lucha directa contra el patrón con las tres armas básicas: la huelga, el sabotaje y el boicot. El partido Socialista le ofrecía una interpretación científica y determinista a largo plazo; el anarquismo no aceptaba discutir con el Estado, pero sí con el patrón que lo explotaba. En tanto el Estado con sus instituciones todavía no se había desarrollado lo suficiente para tomar a su cargo las relaciones laborales, la solución anarquista aparecía como la ideal para toda una masa insegura, apresurada para obtener los frutos de su trabajo. Nada iban a lograr por el largo camino de las elecciones y el parlamento esos hombres sin voto, en un país gobernado por la oligarquía. Si bien los socialistas obtendrán en 1904 la primera banca socialista de América en el Congreso y precisamente ese diputado representaba al barrio genovés de la Boca- la decepción fue muy rápida: ¿Qué podía hacer ese único representante frente a todo un aparato al servicio de los intereses de la clase alta?

El otro aspecto del anarquismo argentino en esos años es su popularismo: el proletariado y de este sus capas más bajas- entienden su idioma directo. Varios autores socialistas que vivieron esa época han detallado casi con asco el aspecto de las masas anarquistas que concurrían a las concentraciones del 1º de mayo o alas asambleas. Lo mismo que ridiculizan a los oradores anarquistas. Ese fenómeno se reproducirá luego con el peronismo: los socialistas volverán a emplear las mismas palabras de arrogante censura para juzgar comportamientos del nuevo proletariado argentino que surgía en 1946.

No por nada el origen del socialismo en la Argentina se debe en mayor medida a los socialdemócratas alemanes exiliados a raíz de la ley antisocialista de Bismarck. Fueron los primeros en enseñar las teorías marxistas, en organizarse con local propio y en editar un vocero, el Vorwärts ("¡Adelante!"). En este aspecto hay una diferencia notable: mientras los periódicos anarquistas italianos a los pocos números ya traían páginas en español y por su parte, "La Protesta Humana" órgano de los anarquistas organizacionistas locales, traía un suplemento en idioma italiano, mostrando a las claras el espíritu de integración y de entendimiento entre los diferentes pueblos de esa Babel del Plata que era Buenos Aires, los alemanes socialdemócratas prosiguieron durante muchos años su vocero exclusivamente en alemán. No quiere decir esto que los alemanes no buscaran la discusión y el intercambio de ideas; lo hicieron y con mucha paciencia, pero no pasaron de ser reuniones académicas y un tanto eruditas para la masa trabajadora que buscaba febrilmente reivindicaciones ya y un mudo más justo. (Es notable leer en el "Vorwärts" repetidas quejas contra la falta de disciplina de los "pueblos románicos", palabras para designar como denominador común a italianos, españoles, portugueses y a los argentinos descendientes de europeos meridionales). Se les atribuía una mentalidad incapaz de comprender un cambio organizado de la sociedad. Los desesperados socialdemócratas alemanes cayeron más de una vez en un no deseado racismo ante los repetidos incidentes con los anarquistas italianos, españoles y argentinos. Pero no sólo los socialdemócratas alemanes sino también los primeros socialistas argentinos, como Juan B. Justo, miraban con nostalgia modelos de desarrollo como Australia, Nueva Zelandia y Sudáfrica, con corrientes migratorias sajonas y no románicas.

En cambio, el anarquismo parecía ser, con su espontaneismo y

su negación de la autoridad, el que interpretaba cabalmente la idiosincrasia de los denominados "pueblos románicos". A estas características hay que agregar el especial sentido misional que tuvo en parte- el movimiento anarquista, su total desprecio por cargos públicos y títulos en contraposición con el jerarquismo que tuvo el socialismo "autoritario", mismo en su aspecto organizativo. En las organizaciones anarquistas tanto en las políticas como en las sindicales, al no haber cargos ni rentados ni ad honorem- llevó a facilitar el plano solidario de considerarse "todos iguales", sin distinción de grados de inteligencia, habla, raza u oficio. Les bastaba un mero secretario de actas, o administrativo o un "responsable". Con todas las ventajas que acarreaba la democracia de base, este sistema comenzó a flaquear en cuanto se complicó la sociedad, se acentuó el intervencionismo estatal y aumentó la represión, que necesitaba rápidas respuestas y no largos debates.

El sentido de la "solidaridad", casi en un concepto evangélico, fue realmente notable en las organizaciones bonaerenses de trabajadores agrícolas. Las "sociedad de resistencia" anarquistas crecieron como hongos en los pequeños pueblos de la extensa pampa. Fueron organizaciones ejemplares donde además de lo gremial se hizo una amplia vida educacional y cultural, con conjuntos filodramáticos, con cursos nocturnos para aprender a leer y escribir, con conferencias de esclarecimiento científico. El trabajador "golondrina" de nuestros campos fue italiano en su mayor parte. Venían a recoger la cosecha para volver a Italia y regresar al año siguiente. Este trabajador vendía su fuerza de trabajo al mejor postor. Y debió afrontar problemas difíciles de resolver por sí mismo ante actitudes patronales. Es explicable que recurriera entonces a quien pudiera aconsejarlo, aunque ese consejero estuviera rotulado como "agitador anarquista". En la pampa argentina surgió un personaje típico, el llamado "linyera". Y no por nada esa palabra es de origen italiano. Según algunos autores proviene de "linghera", el bolso donde estos vagabundos políticos llevaban todos sus enseres, principalmente volantes y periódicos anarquistas. Eran figuras tolstoianas que viajaban en los trenes de carga, trabajaban en el campo y enseñaban las ideologías de la rebelión social.

Malatesta llega al Plata con los antecedentes de su actuación revolucionaria en Benevento, en 1874, y por su posición junto con Cafiero- en el Congreso de Rimini, durante el cual la Federación

Italiana de la Asociación Internacional de Trabajadores se volcará al ala bakuninista. Un año antes de la llegada de Malatesta, 17 obreros italianos entre ellos el panadero Marino Garbaccio, el ebanista Michele Fazzi y el grabador Marzoratti- constituyeron el círculo Comunista Anarquista, representante de la Asociación Internacional de Trabajadores. Recibían y distribuían "La Questione Sociale", que publicaba Malatesta en Firenze; "Il Paria", de Ancona, y "La Révolte" de París.

Ettore Mattei escribía lo siguiente sobre el arribo de Malatesta al Río del Plata: "**La propaganda del comunismo y la anarquía fue más intensa después de dos o tres meses de la llegada a Buenos Aires (en febrero de 1885) del camarada Malatesta, se constituyó con gran entusiasmo un Círculo de Estudios Sociales, situado en la calle Bartolomé Mitre 1375, en el cual éste y otros camaradas dieron las primeras conferencias públicas comunistas anarquistas publicándose entonces en italiano 'La Questione Sociale'**"

Todo esto hace el núcleo principal de la actividad de Malatesta en lo político. Lo fundamental es que cumple lo que ya se había propuesto en Firenze: la fundación de grupos afines para la actividad ideológica y propagandística, con publicaciones, conferencias y polémicas con representantes de otras ideologías. Para concretar, suscribimos el párrafo de Gonzalo Zaragoza Ruvira, quien señala: "**El italiano (Malatesta) insistía en dos puntos esenciales: unidad de la familia anarquista y acercamiento al ala socialista, y fomento del movimiento huelguístico. Decía que en la Argentina, debido al escaso número de trabajadores, las huelgas habían terminado victoriosamente; de ahí que éstas debían continuar, y el obrero, por la práctica, debía irse formando una conciencia revolucionaria**".

Tanto Malatesta como después Pietro Gori propugnaron siempre la idea de la unidad, la humildad de la discusión con otras ideologías y despreciar el sectarismo. La visita de Malatesta también por eso es importante: porque ya ausente de la Argentina permanece constante su personalidad humana a través del relato de quienes lo conocieron en ese lapso de pocos años y así se explica que hasta su muerte la prensa anarquista argentina haya publicado casi absolutamente todo lo que escribió este combatiente durante su estancia en Italia y en el exilio. Su constante fue la temperancia. No hay nada mejor que lo retrate que estas palabras escritas cuarenta años

después en "**Pensiero e Volontá**" del 1º de abril de 1926: "**Entre los anarquistas hay los revolucionarios que creen que es necesario abatir por la fuerza a la fuerza que mantiene el orden presente, para crear el ambiente en el cual sea posible la libre evolución de los individuos y de las colectividades, y hay educacionistas que piensan que sólo se puede llegar a la transformación social modificando antes a los individuos por medio de la educación y la propaganda.**

Existen partidarios de la no violencia, o de la resistencia pasiva, que rehuyen la violencia aunque sea para rechazar la violencia, los cuales se dividen a su vez, en lo que respecta a la naturaleza, alcances y límites de la violencia lícita. Además, hay discordancia respecto de la actitud de los anarquistas frente al movimiento sindical, disenso sobre la organización o no organización propia de los anarquistas, diferencias permanentes u ocasionales sobre las relaciones entre los anarquistas y los otros partidos subversivos. Justamente son estas y otras cuestiones semejantes las que requieren que tratemos de entendernos; o si, según parece el entendimiento no es posible, hay que aprender a tolerarse, trabajar juntos cuando se está de acuerdo, y cuando no, dejar que cada uno haga lo que le parezca sin obstaculizarse unos a otros. Porque, en verdad, si se toman en cuanta todos los factores, nadie siempre tiene razón."

Además del aspecto organizativo de los sindicatos combatientes, dos aspectos encararon en su propaganda los periódicos anarquistas de Buenos Aires, Rosario y Bahía Blanca en lengua italiana: la emancipación de la mujer y el antimilitarismo. Con respecto al primer tema se insistió en la organización femenina en pro de sus reivindicaciones, campaña iniciada principalmente por "La Questione Sociale".

Malatesta y el sindicalismo revolucionario

El primer periodo histórico del movimiento obrero argentino desde sus orígenes hasta la Revolución Rusa de Octubre- estuvo caracterizado en sus comienzos por dos movimientos ideológicos: uno mayoritario, anarquista; el otro, socialista. Pero a éstos iba a agregarse bien pronto el denominado "sindicalismo revolucionario" o

"sindicalismo puro", inspirado en las teorías de Georges Sorel y del italiano Arturo Labriola. El "sindicalismo puro" en la Argentina curiosamente surgió de las filas socialistas- tuvo una influencia tal que deterioró el avance tanto del movimiento anarco- comunista como del socialismo. De minoría pasará a ser poco a poco mayoría. Los anarquistas se resistieron siempre a aceptar la unidad sindical con ellos, a pesar que los unían muchos puntos comunes. La central anarquista, la FORA del V Congreso, perseguía según su preámbulo la consecución del comunismo anárquico. En este punto tenemos que regresar al pensamiento malatestiano. En la célebre polémica del pensador italiano con Pierre Monatte, en el Congreso de Amsterdam, en 1907, aquél rechazó la teoría sindicalista de que el "sindicalismo se basta a sí mismo" para hacer la revolución. Malatesta comenzará claramente diciendo que el "**movimiento obrero es una realidad que nadie puede ignorar**" mientras que "**el sindicalismo (revolucionario) es una teoría, un sistema y tenemos que cuidarnos mucho de confundir una cosa con la otra**". "**El movimiento obrero** añadirá- **ha tenido en mí un defensor decidido pero de ninguna manera ciego. Vi en él un campo de actuación que era especialmente apropiado para nuestra propaganda revolucionaria y al mismo tiempo un punto de contacto entre las masas y nosotros**". "**Deseo hoy tanto como ayer que los anarquistas participen en el movimiento obrero. Sigo siendo un sindicalista en el sentido de que soy partidario de los sindicatos. No exijo sindicatos anarquistas ya que legitimarían los sindicatos socialdemócratas, republicanos, realistas o como se llamen y así dividirían más que nunca a la clase trabajadora. No quiero los sindicatos rojos porque no quiero los sindicatos amarillos. Deseo más bien organizaciones que estén abiertas a todos los obreros, sin posibles reparos a diferencias políticas. Es decir: sindicatos totalmente neutrales. (...) Pero represento ante todo los intereses de nuestra propaganda que así ampliaría en gran medida su campo de acción. Esa participación no significa de ninguna manera renunciar a nuestros caros ideales. En los sindicatos debemos permanecer anarquistas, en toda la extensión y profundidad de ese concepto. El movimiento obrero es para mí sólo un medio, pero el mejor de los medios de que disponemos.**"

Como ya dijimos, los escritos de Malatesta siguieron ejerciendo gran influencia en el anarquismo rioplatense. De ahí que muchos

buscaron una y otra vez formar una central obrera conjunta con socialistas y sindicalistas. No se logró jamás esa unidad salvo pequeños periodos- no sólo por culpa de socialistas y sindicalistas sino también de los libertarios, que considerándose mayoría siguieron insistiendo que la FORA tuviera en los estatutos como basamento ideológico el comunismo anárquico.

Ese abandono del pensamiento malatestiano y cierto acercamiento al modelo español llevó al movimiento obrero anarquista argentino a ir perdiendo su carácter multitudinario del principio encerrándose en el camino sin salida del sectarismo. De esto último se mostraron siempre orgullosos los dos más conspicuos representantes del anarquismo argentino de la década del veinte: López Arango y Diego Abad de Santillán, los dos españoles. En su libro "**El anarquismo en el movimiento obrero**" remarcaron la necesidad de mantener una federación obrera exclusivamente anarquista independiente de las otras tendencias obreras: "**Lo que tenemos** dicen- **bueno o malo, vale tanto o más que lo que nos puedan ofrecer otros. Porque este movimiento es hijo de nuestras ideas y el producto de múltiples esfuerzos y tiene un largo proceso de gestación y de desarrollo tras sí. ¿Qué nuestra posesión en el movimiento obrero y nuestras actividades revolucionarias en relación con la acción del proletariado no se ajustan a los métodos que pasan por los clásicos en el anarquismo europeo? ¿Qué nuestra concepción del sindicalismo no es la de los compañeros de Italia, de Francia, de Portugal? ¿Y qué? Ese hecho no significa otra cosa que la confirmación de nuestra propia personalidad y la existencia de un movimiento característico, tan lógico como el que más, puesto que tiene más de un tercio de siglo de existencia real y no es la obra de un hombre ni la consecuencia de un capricho pasajero**".

Vemos que el idioma un tanto altanero y arrogante es muy distinto al de Malatesta. Llega a tanto el orgullo por el "modelo argentino" que, a continuación, los dos ideólogos hispanos en la Argentina sugieren que ese modelo tendría que ser adoptado por los europeos: "**El anarquismo europeo, pensamos, terminará por orientarse en este sentido pues las mismas circunstancias obligarán a los compañeros a definir su posición frente a las tendencias que desvirtúan la acción gremial de los trabajadores**".

Si el movimiento obrero anarquista argentino hubiera seguido

la línea que marcaba Malatesta la represión del Estado se hubiera tenido que cargar sobre todo el conjunto sindical y no casi exclusivamente sobre la FORA. Así, con una central anarquista se facilitó la represión que apuntó, por supuesto, a la más combativa de las centrales, a la iniciadora de las grandes huelgas de tres décadas. El cuadro fue casi siempre el mismo: las acciones por las conquistas se iniciaban en la FORA y las capitalizaban luego los socialistas y sindicalistas que eran los llamados por el gobierno para transar.

Queremos finalizar este corto análisis del pensamiento de Malatesta sobre el movimiento obrero transcribiendo palabras de 1907 de la citada polémica que advirtieron un peligro que luego se confirmó: se refiere a los "sindicalistas puros" y a su prescindencia de ideologías. "**Aun cuando el movimiento sindical se adorne con un atributo absolutamente inútil: 'revolucionario**' sostiene- **es y seguirá siendo un movimiento legal y conservador sin perseguir otra cosa que modificar condiciones de trabajo, y esto apenas si lo conseguirá. No buscará otro ejemplo que el que nos ofrecen los grandes sindicatos norteamericanos. Cuando todavía eran débiles presentaban una posición radical revolucionaria, pero cuando su poder y su riqueza aumentó, pasaron a ser organizaciones conservadoras que por lo único que se preocuparon era crear privilegios para sus miembros (...).**" Agregará además por eso los anarquistas tienen que entrar en esos sindicatos para luchar contra los privilegios y la corrupción de los dirigentes. "**El funcionario sindical** sostenía- **es para el movimiento obrero un peligro parecido al del parlamentario. Ambos llevan a la corrupción (...).**" Esto se confirmó plenamente en la Argentina, no sólo con el sindicalismo peronista después de 1943 sino ya antes, en las diversas tendencias de la década del treinta.

El viaje de Pietro Gori

Pietro Gori llega en 1898 a la Argentina. Buenos Aires, ciudad eurocentrista y ávida de saber de Europa, de parecerse a Europa, fue siempre escenario predispuesto para aplaudir a políticos, conferencistas, filósofos, príncipes, ex presidentes, charlatanes, tenores, sopranos, directores de orquesta europeos. Explicable, por cierto, por el origen europeo de sus habitantes y por la orientación de

sus políticos y de su sociedad, que miraban a Inglaterra en lo económico, a Francia en lo cultural y a Prusia en su militarismo. La burguesía argentina aplaudió y vivó a Blasco Ibáñez, Clemenceau, Enrico Ferri (1910), Lerroux, Jaurès, Anatole France y muchísimos otros, algunos de los cuales venían a explicar teorías que podían perturbar las digestiones pero que no pasaban de ser cosquilleos excitantes, lo importante es que procedieran de Europa y estuvieran allá de moda. El historiador alemán Max Nettlau escribirá que "**tales visitantes vendrán a cumplimentar al gobierno argentino y a admirar la prosperidad de ese capitalismo**". En cambio dice- "**Gori habló a favor de los odiados anarquistas, a favor de los más pobres de los inmigrantes, de los trabajadores organizados peligrosos para el capitalismo en crecimiento, y él supo triunfar**".

En la historia de los visitantes de la Argentina pocos ha habido que tuvieron el eco de Gori. El público obreros, literatos, liberales, garibaldinos, mazzinistas, socialistas de todas las tendencias- se apretujaban en los salones para escucharlo. Eran conferencias de más de tres horas en medio de un silencio casi religioso. Las obras de Gori se pusieron de moda, la pequeña pieza de teatro "**Primero de Mayo**" se representó centenares de veces en esa época en las zonas más alejadas del país. En su gira por poblaciones de la provincia de Buenos Aires, Santa Fe y Mendoza era esperado por bandas de música de organizaciones obreras o mutualistas en la estación ferroviaria y acompañado hasta el hotel.

Max Nettlau escribe que "**Pietro Gori abandonó Italia durante o después de los grandes disturbios de mayo de 1898 que culminaron en la insurrección de Milán, lugar de donde de cualquier manera lo hubieran deportado a una isla. Se dice que en París no se le permitió hablar públicamente y que le aconsejaron viajar a Buenos Aires a través de Barcelona. Él ya conocía el exilio londinense y en Estados Unidos y tiene que haber considerado a Buenos Aires debido a los años de la reacción en Italia- con todo derecho como la gran ciudad en la cual podía encontrar el más amplio medio y posibilidades de vida. Llega a fines de junio de 1898 y parte el 12 de enero de 1902 de regreso a Italia. Cuando el tiro de Bresci del verano de 1900 creó una nueva situación en Italia desde los últimos años de Crispi- los anarquistas, republicanos y algunos socialistas se habían aproximado entre sí en el aspecto humano a raíz de las persecuciones que cayeron sobre**

todos. Esas aproximaciones fueron siempre platónicas y Malatesta, en 1899, consideró que nunca era demasiado tarde para combatir juntos a la monarquía. Gori que no era un hombre de acción- fue un entusiasta de estos actos unitarios si bien veía claramente todo lo que separaba a las distintas corrientes políticas a las que tuvo que enfrentar también en Buenos Aires, en distintas discusiones públicas. Gori podía hacer eso porque realmente siempre mantuvo una posición y aprovechaba las ocasiones de expones las ideas libertarias con amabilidad en vez de arrojar esas ideas sobre el rostro del enemigo, con desprecio. A pesar de eso, muchos lo odiaban, en parte, porque no poseían esa capacidad de expandir ideas con simpatía y porque tenían miedo que sus propios partidarios podían ser 'convencidos'".

Tal vez la virtud predominante de Gori en la Argentina fue hacer "entrar en sociedad" a las ideas anarquistas. La opinión pública pudo comprobar que éstos no sólo eran tirabombas y "lumpenproletarier". Él pudo actuar en los escenarios más calificados. Durante el congreso obrero que llevó a la formación de la primera federación de trabajadores, en el cual Gori tuvo un papel preponderante, mostró una gran ductilidad. Por ejemplo, señaló que el arbitraje en un conflicto obrero-patronal- podía aceptarse como táctica obrera. Rompía así el mismo con un tabú anarquista y no le fue fácil convencerlos. Allí dio una prueba de cómo había que adaptarse a ciertas formas para crear plataformas comunes.

Para resumir, las visitas de Malatesta y Gori sirvieron para fortalecer decididamente la corriente organizadora contra la individualista del anarquismo argentino. Es decir, el movimiento tomaba los lineamientos que el socialismo libertario había emprendido en Italia bajo el nombre de socialismo anárquico. En el congreso anarquista de Capolago, en 1890, los argentinos habían sido representados por un delegado. La corriente organizacionista fue, a la postre, la que produjo la tendencia más revolucionaria de toda la historia del movimiento obrero argentino.

Fascismo en Italia, violencia en la Argentina.

Así como a italianos se debe gran parte de las características

anarquistas del comienzo del movimiento obrero argentino, se deberá también a italianos parte del aceleramiento de la decadencia de esa ideología en el Plata. La Argentina en la década del veinte- pasó a ser escenario de las disidencias italianas como consecuencia de la instalación del fascismo en la península y las emigraciones políticas consiguientes.

¿Que pasaba en Italia con el anarquismo? Gino Cerrito, en "**Il disorientamiento del ventennio**" señala: "*La crisis de la libertad que caracteriza el periodo entre las dos guerras, la debilidad demostrada por el movimiento anarquista frente a la difusión de los regímenes fascistas, la agudización de los conflictos de clase y un análisis superficial de la revolución soviética y de sus efectos sobre el movimiento determinan sobre los anarquistas aspectos sumamente interesantes: un breve retorno a la propaganda individualista y terrorista con manifestaciones peculiares en Italia y la Argentina, bien distintas a las que caracterizan al movimiento en España. Inmediatamente después de estos hechos generalmente característicos de todos los periodos de carencia ideológica- se reinician las polémicas ideológicas en el movimiento, que en línea general condena las manifestaciones terroristas. Obviamente distinta es la actitud de los anarquistas frente a la violencia revolucionaria de los conflictos de clase, particularmente ásperos en España y la Argentina (…), frente a las acciones contra los dictadores o directos responsables de las represiones; o frente a los atentados demostrativos, incruentos, como los realizados en Estados Unidos. Allí, mientras los grupos de lengua yiddish asumían progresivamente una orientación socialdemócrata, los grupos de lengua italiana continúan defendiendo una línea intransigente y conocen años de rigurosas persecuciones policiales. El caso Sacco y Vanzetti es el más difundido*". Y otro de esos fenómenos que se produce es según Cerrito- "*un reagudizarse de las polémicas sobre la cuestión de la organización, que se manifiesta en diversas tentativas de asociaciones federales de grupos y con propuestas frentistas, consideradas necesarias ante el extenderse de la reacción*".

Este clima llega a los anarquistas italianos en la Argentina, que será influido especialmente por los exiliados del fascismo que arriban al Plata después de la toma del poder por el Duce, y que traerá como consecuencia una profunda crisis en el anarquismo local.

Entre los exiliados italianos que llegan figuran anarquistas organizacionistas como Luigi Fabbri y Ugo Fedeli, que salvo cortas estadías se instalaron en Montevideo- e individualistas. Entre estos

últimos llegó un grupo que bien pronto demostró que, ante la radicalización del régimen político de su patria, ellos estaban dispuestos a combatirlos también con métodos radicales. El más decidido de ellos, Severino Di Giovanni (nacido en Chieti, en 1901) inaugurará en Buenos Aires un periodo de violencia tal que bien puede calificarse como el antecedente más directo de la guerrilla urbana, que volverá a repetirse en mucho mayor medida y bajo otro signo ideológico- en la Argentina de los años 70.

Sin ninguna duda, la cabeza más sobresaliente del movimiento anarquista italiano en la Argentina durante el fascismo fue Aldo Aguzzi, nacido en 1902, en Voghera, Pavía y que, según la prefectura local "se expatrió clandestinamente" a la Argentina en 1923. Ya en diciembre de ese año aparece en Buenos Aires bajo su dirección "L' Avvenire", "pubblicazione anarchica di cultura e di lotta", de tendencia comunista anárquica. Administrador del periódico será Camilo D'Aleffe, también de Voghera. Aguzzi trató de aglutinar a los anarquistas italianos de todas las tendencias que iban llegando al Río de la Plata procurando salvar las diferencias internas. Sostenía como única premisa la campaña antifascista desde todos los ángulos, para llegar posteriormente a un frente con las demás fuerzas democráticas italianas. Al principio lo logró. Prueba de ello es, por ejemplo, el acto que se realizo el 1º de mayo de 1925.

El 6 de junio de ese año comienza casi inocentemente el vertiginoso ciclo de violencia. Ese día, la colonia italiana fascista festeja en Buenos Aires el 25 aniversario de la asunción al trono de Víctor Manuel III. La gran fiesta se realiza en el Teatro Colón con la presencia del presidente de la Nación, Marcelo T. De Alvear, y del embajador italiano Luigi Aldrovandi Marescotti conde de Viano. Cuando la orquesta ejecuta el himno italiano se produce un ruidoso incidente: un grupo de anarquistas entre los cuales se destaca Severino Di Giovanni- interrumpirá el acto lanzando volantes y dando mueras al fascismo.

Ese es el punto de partida. Todos pertenecen al grupo de "L' Avvenire" menos Di Giovanni quien integra el círculo "Renzo Novatore" y publica la revista "Culmine". Días después, a propósito de la campaña pro Sacco y Vanzetti, el grupo afín a Di Giovanni comenzará una campaña con bombas contra instalaciones de empresas norteamericanas y del propio consulado. Di Giovanni mantendrá estrechas relaciones con "L' Adunatta dei Refrattari", de Nueva York, y

con las agrupaciones que siguen la línea del individualista italiano Luigi Damiani, línea a la cual pertenecía Vanzetti.

La serie de acciones violentas en Buenos Aires y Rosario llegará a su punto más alto con una bomba de alto poder puesta en el Consulado General de Italia, que lo destruirá y ocasionará 9 muertos y 34 heridos graves. Estos actos más varios asaltos a bancos tuvo como resultado una persecución policial indiscriminada contra el anarquismo italiano y local. Por eso "La Protesta" el principal periódico anarquista argentino- y la FORA, la central obrera, atacarán abiertamente al grupo de individualistas italianos autores de los hechos. El ataque llegará a tal extremo que Severino Di Giovanni dará muerte de varios balazos al director de "La Protesta", López Arango, ya que este diario lo había calificado de "agente fascista".

Di Giovanni será fusilado por la dictadura milita de Uriburu, un gobierno que llevó a cabo una represión obrera como nunca se había vivido en el Plata. Se entregaron a la Italia de Mussolini la mayoría de los anarquistas de ese origen, se expulsó a los españoles y a los argentinos se los envió al presidio de Tierra del Fuego, la Siberia argentina. Se prohibieron sus organizaciones y publicaciones. Debilitado por sus disensiones internas y su sectarismo, el anarquismo argentino comenzaba su ocaso.

Pero los anarquistas italianos en la Argentina no se dieron por vencidos. A pesar de todos los reveses sufridos, dos años después, en diciembre de 1932 aparecía el periódico "**Sorgiamo!**" (Publicazione de critica e di propaganda degli anarchici italiani nell' Argentina). Lo dirigía Aldo Aguzzi quien había logrado reunir los restos de las tres tendencias: la de "**Umanità Nova**", que inspiraba Fabbri y Treni, la propia de "L' Avvenire" y la de los individualistas. La publicación se sostuvo dos años, hasta 1934. Un año después, ilegal, apareció "**La Fiamma**", pero fue una llama que poco pudo mantenerse. Fue el último testimonio escrito de la acción de los anarquistas italianos en la Argentina.

Los más consecuentes marcharon en 1936 a la guerra civil española, entre ellos Aldo Aguzzi quien, en 1939, a través de Marsella pudo regresar a la Argentina. Allí, en Buenos Aires se suicidó el 31 de mayo de 1939.

El suicidio de Aldo Aguzzi se puede tomar como símbolo del fin definitivo del anarquismo italiano militante en la Argentina. En esos

días llegaba otra ola de emigración política: los españoles vencidos por el fascismo franquista.

Hemos tomado dos periodos claves de la influencia italiana en el anarquismo argentino. Evidentemente, los italianos que actuaron en el periodo de las décadas del veinte y del treinta fueron muy diferentes a los que ayudaron a formar ideológicamente nuestro movimiento obrero. Los antifascistas llegaron al Plata precisamente a eso, a continuar la lucha antifascista. No se integraron, salvo esporádicamente, a las luchas del pueblo trabajador argentino. No hubo ningún Gori ni ningún Malatesta, quienes también vinieron como exiliados, pero que se dedicaron a organizar, enseñar, a participar de las luchas. Estos encontraron un anarquismo que surgía; los antifascistas un anarquismo que decaía. Los primeros facilitaron su ascenso, los segundos ayudaron a su decadencia.

Actualmente el anarquismo argentino es sólo un recuerdo, una tradición, una línea histórica -tal vez la más pura en luchas y sacrificios- del movimiento obrero. Pero si bien la ideología quedó atrás, el movimiento obrero que nació con ella y después marchó por otros rumbos, sigue inalterable. Ninguna de las dictaduras militares ha podido destruirlo. La conciencia de los derechos obreros sigue permanente.

Ese tal vez es el mérito de los Malatesta, los Gori, de los inmigrantes italianos y españoles y de otras nacionalidades que llegaron al nuevo suelo y dedicaron todas sus horas libres y hasta sus vidas enteras a la politización del proletariado que se iba formando. El recuerdo de ese mérito es el homenaje a todos aquellos que fueron expulsados por leyes represivas, o fueron asesinados o sufrieron cárceles por sus ideas.

Un lugar común de nuestros políticos demagogos es repetir todos los años en el Día del Inmigrante que esos extranjeros vinieron a "hacer patria con el martillo y con el arado". Se olvida casi siempre a los que nos trajeron ideales de redención y nos enseñaron a pronunciar por primera vez la palabra solidaridad, tan valiosa como el vocablo libertad, del que habla nuestro himno nacional y que, en la Argentina actual, no es nada más que una dolorosa ironía.

El ángel exterminador

(Prólogo del libro "La Patagonia Rebelde")

"Kurt Wilckens, temple diamantino,
noble compañero y hermano…"

(SEVERINO DI GIOVANNI,
Los anunciadores de la tempestad)

Ya a esa hora las 5.30 de la mañana- del 27 de enero de 1923, Buenos Aires presentía que la jornada iba a ser calurosa. El hombre rubio tomó el tranvía en Entre Ríos y Constitución y sacó boleto obrero. Viajaría hasta la estación Portones de Palermo, en Plaza Italia. Llevaba un paquete en la mano, que bien podría ser el envoltorio del almuerzo o algunas herramientas de trabajo. Parecía tranquilo. A las pocas cuadras de ascender se puso a leer el *Deutsche La Plata Zeitung* que llevaba bajo el brazo.

Bajó en Plaza Italia y se dirigió por calle Santa Fe hacia el oeste, en dirección a la estación Pacífico. Pasó ésta y al llegar a la calle Fitz Roy se detuvo en la esquina, justo frente a una farmacia.

Son las 7.15, el sol ya pica fuerte. Hay mucho movimiento de gente, de carros, autos y vehículos de transporte. Al frente están los cuarteles del 1 y 2 de Infantería. Pero el hombre rubio no mira para ese lado: sus ojos no se apartan de la puerta de la casa de Fitz Roy 2461.

¿Podrá ser hoy? Pareciera que no. Nadie sale de esa vivienda. Los minutos pasan. ¿Habrá salido más temprano? ¿Tendrá alguna sospecha?

No, ahí está. De esa casa sale un militar. Son las 7.55. pero otra vez lo mismo: lleva una niñita de la mano. El hombre rubio hace un imperceptible gesto de contrariedad. Aunque ahora el militar se detiene y conversa con la niña. Ésta le dice que se siente mal. El militar la alza rápidamente en brazos y la entra nuevamente en la casa.

Apenas pasan unos segundos y ahora sí, el militar sale solo. Va vestido con uniforme de diario y sable al cinto. Se encamina hacia la calle Santa Fe por la misma vereda en la que está el hombre rubio. En su

paso enérgico se nota su carácter firme. Y ahora va al encuentro de su muerte en una mañana hermosa, tal vez un poco calurosa.

Es el famoso teniente coronel Varela. Más conocido por el "comandante Varela". El hombre más aborrecido y odiado por los obreros. Lo llaman el "fusilador de la Patagonia", el "sanguinario"; lo acusan de haber ejecutado en el sur a 1.500 peones indefensos. Les hacía cavar las tumbas, luego los obligaba a desnudarse y los fusilaba. A los dirigentes obreros los mandaba apalear y sablear antes dar la orden de pegarles cuatro tiros.

¿Es así el comandante Varela, tal cual dice la leyenda? Es así, a los ojos del hombre rubio que lo está esperando.

Ese hombre rubio no es pariente de ninguno de los fusilados, ni siquiera conoce la Patagonia ni ha recibido cinco centavos para matarlo. Se llama Kurt Gustav Wilckens. Es un anarquista alemán de tendencia tolstoiana, enemigo de la violencia. Pero que cree que ante la violencia de arriba, en casos extremos, la única respuesta debe ser la violencia. Y cumplirá con lo que cree un acto individual justiciero.

Cuando lo ve venir, Wilckens no vacila. Va a su encuentro y se mete en el zaguán de la casa que lleva el número 2493 de Fitz Roy. Allí lo espera. Ya se oyen los pasos del militar. El anarquista sale del zaguán para enfrentarlo. Pero no todo será tan fácil. En ese mismo momento cruza la calle una niña y se coloca sólo a tres pasos delante de Varela, caminando en su misma dirección.

Wilckens ya no tiene tiempo: la aparición de la niña echa por tierra sus planes. Pero se decide. Toma a la chica de un brazo, la quita de en medio, mientras le grita:

- ¡Corré, viene un auto!

La chica no entiende, se asusta, vacila. Varela observa la extraña escena y detiene su paso. Wilckens en vez de arrojar la bomba avanza hacia él como cubriendo con sus espaldas a la nena, que ahora sí saldrá corriendo. Wilckens queda frente a Varela y arroja la bomba al piso, entre él y el militar. Es un explosivo de percusión, o de mano, de gran poder. Las esquirlas le dan de lleno en las piernas al sorprendido Varela. Pero también a Wilckens, quien al sentir el dolor punzante vuelve al zaguán y sube instintivamente tres o cuatro escalones. Es como para rehacerse porque la explosión ha sido tremenda y lo ha dejado aturdido. Todo dura apenas tres segundos. Wilckens baja de inmediato. Es en ese momento en que el anarquista comprende que está perdido,

que no podrá huir, tiene rota una pierna (el peroné, astillado, se le mete dolorosamente entre los músculos, y el pie de la otra ha sido inmovilizado por una esquirla que le ha destrozado el empeine).

Al salir del zaguán se encuentra con Varela, quien tiene las dos piernas quebradas y que, mientras intenta mantenerse de pie aferrándose a un árbol con el brazo izquierdo, con la mano derecha trata de desenvainar el sable. Ahora los dos heridos están otra vez frente a frente. Wilckens se aproxima arrastrando los pies y saca un revólver Colt. Varela pega un bramido que más es un estertor como para asustar a ese desconocido de ojos profundamente azules que lo va a fusilar. El comandante se va cayendo pero no es de ésos que se entregan o piden misericordia. Sigue tironeando del sable que no quiere salir de la vaina. Ya sólo faltan veinte centímetros. Varela está todavía seguro de que lo va a poder desenvainar, cuando recibe en el pecho el primer balazo. No le quedan fuerzas y empieza a resbalar despacito por el tronco y tiene todavía tiempo y voz para rajarle una puteada al que lo está fusilando. El segundo balazo le rompe la yugular. Wilckens descarga el tambor entero. Todos los impactos son mortales. Varela ha quedado como enroscado en el árbol.

La explosión y los tiros han provocado el desmayo de mujeres y la huida de hombres y espantada de caballos.

El teniente coronel Varela ha muerto. Ejecutado. Su atacante está mal herido. Hace un supremo esfuerzo para llegar a la calle Santa Fe. La gente ya empieza a asomarse y a arremolinarse. Presintiendo lo peor, la esposa de Varela ha salido a la calle y la pobre ha visto a su marido muerto, así despenado en forma tan dramática.

Mientras tanto, algunos vecinos se lanzan sobre el caído y lo empiezan a levantar para llevarlo a la farmacia de la esquina. Otros siguen de cerca de ese extraño extranjero con aspecto de marinero nórdico. Le tienen recelo porque lleva todavía el arma en la mano derecha. Pero ya se aproximan a toda carrera dos vigilantes: Adolfo Gonzales Díaz y Nicanor Serrano. Cuando están a pocos pasos de Wilckens desenfundan sus armas, pero no tienen necesidad de hacer nada porque él les está ofreciendo, de culata, su propio revólver. Le quitan el arma y le oyen decir en mal castellano:

- He vengado a mis hermanos.

Por toda respuesta, el agente Serrano el “negro” Serrano, como lo conocen en la comisaría 31ª- le rompe la boca de una trompada y le

aplica un preciso rodillazo en los testículos. A Wilckens se le ha caído el sombrero, uno de esos típicos sombrerones alemanes de ala ancha, con la copa partida y el moño de cinta detrás. Así se lo llevan, con la cabeza descubierta y haciendo extraños equilibrios con las piernas heridas como un tero con las patas quebradas.

Se iniciaban así las venganzas por la represión obrera más sangrienta del siglo veinte, salvo el periodo de la dictadura de Videla. El primer capítulo se había desarrollado allá, dos años atrás, bien al sur, en la Patagonia, entre el frío y el eterno viento austral, con las huelgas rurales más extendidas de toda la historia de la tierra sudamericana.

